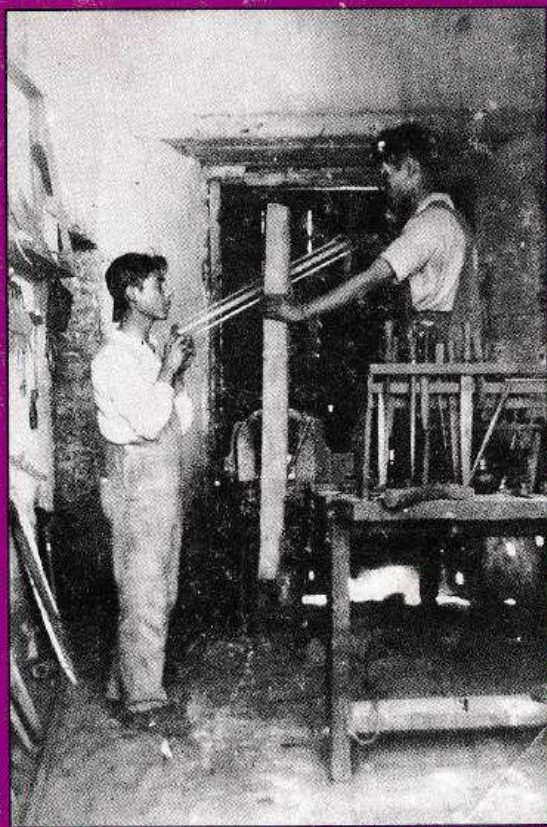


LUZ MARÍA GONZÁLEZ ESPERÓN

CRÓNICAS DIVERSAS DE ARTESANOS OAXAQUEÑOS

TRADICIONES, MEMORIAS Y RELATOS



INSTITUTO OAXAQUEÑO DE LAS CULTURAS
FONDO ESTATAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURAS POPULARES

CRÓNICAS DIVERSAS DE
ARTESANOS OAXAQUEÑOS

TRADICIONES, MEMORIAS Y RELATOS

CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION /D.G.C.P.I. U.R.H.

Colección: Divulgación

CONSEJO EDITORIAL

Instituto Oaxaqueño de las Culturas

Margarita Dalton

Gisèle Pérez-Moreno

Álvaro González

Arcelia Yañiz

Emilio Fuego

Francisco José Ruiz

Carmen Cordero

Salvador Sigüenza

FOTOGRAFÍAS DE
Mauricio Mendoza

IMAGEN EDITORIAL:
Departamento Editorial
del I.O.C.

**APLICACIÓN DE IMAGEN
Y CUIDADO DE LA EDICIÓN:**
Ari Cazés

LUZ MARÍA GONZÁLEZ ESPERÓN

**CRÓNICAS DIVERSAS DE
ARTESANOS OAXAQUEÑOS**

TRADICIONES, MEMORIAS Y RELATOS

**CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION /D.G.C.P.I. U.R.H.**

**INSTITUTO OAXAQUEÑO DE LAS CULTURAS
FONDO ESTATAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURAS POPULARES**

Trabajo premiado con mención honorífica a nivel estatal y ganador del tercer lugar nacional en el concurso *Crónicas, tradiciones, relatos y memorias de pueblos y barrios* 1996-1997, organizado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes a través de la Dirección General de Culturas Populares, el Consejo Nacional de Fomento Educativo y los Gobiernos de los Estados de la República.

1ª Edición, 1997

D. R. © Instituto Oaxaqueño de las Culturas
Reforma núm. 501
Centro Histórico, C.P. 68000 Oaxaca, Oaxaca

Este libro no puede ser reproducido
total o parcialmente,
sin autorización escrita del titular del copyright

ISBN: 968-6951-37-7

Impreso y hecho en México

*A mis padres,
a mis hijos,
a mis nietos, con amor*

*A mi estado, Oaxaca,
donde han nacido los artesanos
de manos mágicas, y a ellos
mi eterna gratitud*

PRÓLOGO

Oaxaca es uno de los estados con mayor riqueza y diversidad de expresiones culturales y artesanales, por lo que ocupa un lugar privilegiado como destino del turismo nacional y extranjero. Este prestigio se debe sin duda a los artesanos locales, gente humilde, sencilla y muchas veces olvidada. Fueron ellos quienes motivaron la presente investigación. El objetivo de estas líneas es en consecuencia el de valorar y divulgar las diferentes técnicas y condiciones de la producción artesanal, así como algunos testimonios que se consideraron de gran valor.

La manufactura de las artesanías en el estado de Oaxaca se realiza aún con técnicas primitivas o bastante precarias, que llevan a los artesanos a desarrollar al máximo su creatividad e ingenio, bajo la doble condición de artesanos y artífices. Sin asistir a ninguna escuela especializada, ellos desarrollan su sentido artístico en forma natural y espontánea y transmiten su saber y hacer a otras generaciones, dando origen a gran variedad de productos, llenos de una vitalidad extraordinaria y destinados a diferentes usos.

Todos estos hombres y mujeres nos han entregado a su debido tiempo un estilo propio e innovador que forma parte del patrimonio artístico oaxaqueño. Ellos merecen que sus nombres no desaparezcan y que les prolonguemos la vida por medio de la palabra escrita.

Estas páginas nos llevarán a conocer la variedad de sus obras, los sitios donde trabajan, las herramientas que usan, las materias primas que les son necesarias y

los complejos procesos manuales que tienen lugar para la elaboración de sus trabajos.

No es intención de esta obra agotar toda la variedad de productos artesanales que se manufacturan en el estado, sino manifestar su riqueza y hermosura, así como llevar al lector a la experiencia insustituible de presenciar personalmente la realización de estas obras, a conocer a sus autores, sus talleres, y a comprender el reconocimiento que merecen.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
Los Calvo. Tres generaciones de joyeros	13
El luminoso barro negro de San Bartolo Coyotepec	31
Lana, urdimbres y tintes de Teotitlán del Valle	45
La incomparable forja de los Aragón	57
El nacimiento de la talla en madera en San Antonio Arrazola	73
El barro policromado de Santa María Atzompa	85
La hojalatería artística de Oaxaca	97
La flor inmortal en las diestras manos de Timoteo y Delfino López Godínez	111
La historia de los sombreros de don Gregorio	125
Los laboriosos bordados de Sabina Sánchez Alonso	139
La familia Santa Anna, orgullo de la talabartería oaxaqueña	147

LOS CALVO. TRES GENERACIONES DE JOYEROS

El muy noble oficio de la orfebrería tiene sus raíces en los tiempos prehispánicos, y conoce excepcionales manifestaciones en los grandes artífices zapotecos y principalmente en los mixtecos, que causaron asombro en la corte española por su magnífico trabajo y su abundante producción de joyas de oro y plata. Las investigaciones que se han realizado acerca del origen de la orfebrería señalan a Monte Albán como un centro de aprendizaje muy singular cuyas influencias se esparcieron desde allí hacia Sudamérica, principalmente a las ciudades de Perú y Colombia.

Los mixtecos y los zapotecos fabricaban sus joyas y otros instrumentos en oro, plata y cobre y eran dueños de las más importantes técnicas metalúrgicas conocidas en la antigüedad para los metales preciosos, que abundaron en México y en especial en Oaxaca.

A su llegada, los españoles descubrieron que a la joyería elaborada por estas antiguas culturas, particularmente la de los mixtecos, se le daba un doble valor: más allá del valor intrínseco de la pieza, era muy importante para ellos cumplir el gran deseo espiritual de agradar profundamente a sus dioses, lo que los llevaba a buscar la perfección en su arte.

Resultado de la fusión de las culturas mixteca y zapoteca con la española fue la institución de gremios y corporaciones de artesanos en las principales poblaciones de la Nueva España. Así, la influencia española se mezcló con la habilidad artística de las culturas aborígenes.

De este sincretismo, por citar un ejemplo, surgió en Oaxaca la pieza conocida como Cruz de Yalalag, fabricada en plata, un símbolo de la religión católica con un diseño muy original. Otra influencia innegable es la arábiga, que da lugar a la técnica de la filigrana, tan fuertemente establecida en la región del Istmo de Tehuantepec. Esta técnica armoniza los elementos locales en sus delicados arabescos, de una forma por demás admirable.

En Oaxaca también surge el cartoneado, en el que manos hábiles fueron creando una maravillosa filigrana de oro con ornamentación a base de perlas, que se encuentran profusamente en los aretes llamados gusanos, los aretes del Jardín, las arracadas de la Eme, que lucían con tanto orgullo las garbosas —chinas oaxaqueñas—, y en los diversos arillos de una o dos bandas, soguillas, bejucos y ahogadores, y las cruces, los medallones y los guardapelos rameados. Durante la época colonial se trabajó con oro, plata y diamante, dando origen a lo que se conoció con el nombre de joyería colonial.

La gente sencilla, con escasos recursos económicos, también gustaba de lucir joyas, y en ese entonces tenía preferencia por los aretes llamados coquetas, los arillos y los anillos coachitos.

Ante este marco cultural nació, en el lejano Oaxaca, en el antiguo barrio de Juan Diego, el 7 de octubre de 1903, doña Rosa Quevedo Manzano, quien ha tenido que ver de una manera particular con una tradición milenaria, al haber sido la pionera de la venta de joyería en su ciudad natal. No obstante la carencia de instrucción escolar más allá del segundo año de primaria, Rosa tuvo, desde niña, una inteligencia natural y una clara visión de lo que quería hacer y lo que deseaba obtener en el futuro.

Se casó muy joven con don Enrique Calvo Treviño y procreó dos hijos: Santos y María Teresa. Su esposo la abandonó cuando sus hijos tenían siete y tres años de edad respectivamente. Con la energía que le era característica y el interés de resolver por ella misma su situación económica nada favorable, decidió iniciarse en el comercio de las joyas.

Para su fortuna, Rosa había tenido oportunidad de conocer años atrás, a través de sus familiares, a un distinguido orfebre, don Manuel Velasco Díaz, y a su esposa doña Clotilde García, quienes tenían su taller en una accesoria de la conocida y céntrica Casa Fuerte, entonces convertida en un gran mesón. Don Manuel realizaba un trabajo de cartoneado de refinamiento exquisito, y se distinguía porque aún al efectuar sus labores de orfebre vestía con gran elegancia: llevaba pantalones negros sostenidos por tirantes del mismo color y una inmaculada camisa blanca de manga larga.

Rosa empezó a comprarle piezas de orfebrería a don Manuel por conducto de su esposa Clotilde, quien para esa fecha ya la había hecho su comadre. Era además una buena cliente de su tío político don Carlos Calvo, también joyero, y así, poco a poco, muy hábilmente, fue logrando un sitio en la compra y venta de joyería.

Realizaba la totalidad de sus ventas en abonos y tenía una amplia clientela, compuesta por personas que habitaban preferentemente en el barrio de Jalatlaco y por el rumbo de la Iglesia de la Merced. Doña Rosa estaba perfectamente relacionada con los famosos curtidores que vivían en Jalatlaco y con sus familiares. Entre los nombres más representativos de ese barrio estaban: don Maclovio Salinas, Marcial Navarro y Jacinto Reyes. Contaba también con un gran número de clientes en el Me-

són Roncal, que antiguamente existió en las calles de la Avenida Independencia, en la esquina con Santos Degollado. Allí llegaba diariamente a cobrar sus abonos de joyería, ropa y telas, artículos que también había introducido para dar mayor opción de compra a sus clientes.

Doña Rosa lograba muy buenas ventas con los tradicionales “estrenos” —ropa nueva que las damas acostumbaban lucir, en ese tiempo, en las fiestas de los “Lunes del Cerro” y Semana Santa. Fue incrementando su capital de esta manera, al mismo tiempo que compraba joyería en diferentes talleres de la ciudad para venderla en su propio domicilio.

Con el fin de obtener el oro necesario para la fabricación de sus piezas, se iba todos los domingos en la mañana con destino al Parián, en el ferrocarril inaugurado en la ciudad de Oaxaca el año de 1892. Allí compraba el oro que clasificaba como de dieciocho quilates y que ya no se tenía que ligar para hacer el trabajo de joyería que se conoce como “rameado”. Llevaba sus bolsas de manta con el dinero suficiente para formalizar sus compras y regresaba a la ciudad por la noche. En el Parián tenía una accesoria en la que ponía una mesa y su báscula para atender a los pepenadores que le vendían pelltas de oro.

En las temporadas de Semana Santa, Lunes del Cerro y los Días de Muertos, los indígenas de San Miguel Peras venían a Oaxaca para venderle a doña Rosita el oro de excelente calidad —de veintiuno o veintidós kilates— que habían encontrado en sus tierras. Durante esas fechas, desde muy temprano hasta entrada la noche, se sentaban en grupos a lo largo del zaguán de la casa de doña Rosita. En el orden que habían llegado iban pasando a que les pesaran el oro y les dieran un papel donde se apun-

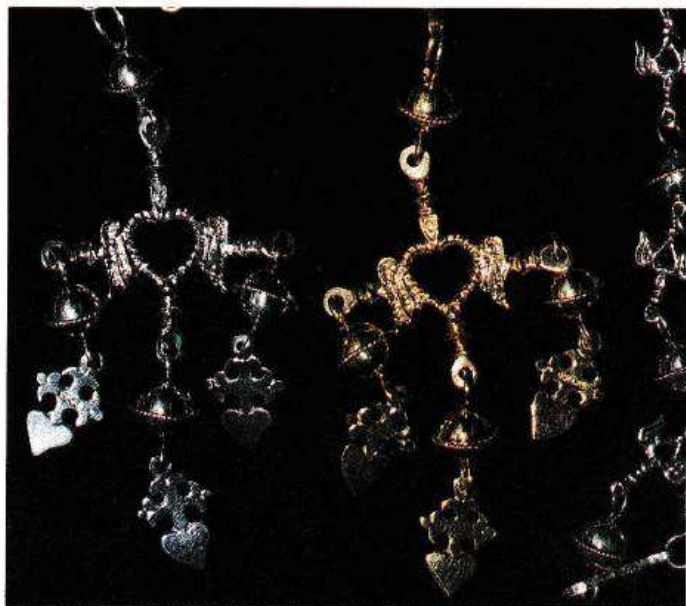


Doña Rosita Quevedo Manzano, a sus noventa años.

Página siguiente

(Arriba) Cruz de Yalalag en plata y oro.

(Abajo) Joyería prehispánica (Mictlantecuhtli y Xipetotec).



taban los gramos, para poder pagarles. Una vez que se determinaba la cantidad de oro existente en cada montón se les iba pagando. María Teresa, hija de Rosa, recuerda que en el centro del patio de la casa se colocaba para estas ocasiones un gran apaxtle rojo, lleno de ceniza, con el cual hacían una especie de fragua. En el centro ardía una lumbre de carbón de ocote, y ahí se echaban las pelltas de oro, hasta que se ponían al rojo vivo, y se sacaban después con ayuda de unas largas tenazas. Mediante esta operación se comprobaba que el oro fuera legítimo, ya que nunca han faltado los estafadores.

Posteriormente el oro era depositado en manos de los que luego fueron reconocidos como grandes orfebres oaxaqueños, y cuyos nombres son sinónimo de indiscutible mérito artístico y dominio del oficio: los hermanos José María y Carlos Ortiz. Don José María destacó en la joyería, y don Carlos visitaba las diferentes minas que existían en los pueblos situados alrededor de la ciudad de Oaxaca.

No se puede dejar de mencionar, también como destacadísimos joyeros que tuvieron relación comercial con la señora Quevedo Manzano, a don Agustín Moreno Canseco, quien tuvo su taller en las calles de la segunda de Trujano casi esquina con J.P. García, y a su hijo Ángel Moreno Castellanos, excelente grabador y especialista en realizar notables trabajos de montadura.

Durante muchos años Doña Rosita vendió su joyería exclusivamente en su domicilio. Su mercancía consistía en joyería tradicional oaxaqueña, como el cartoneado o filigrana, el rameado, las piezas de diamante y piedras preciosas y algunos diseños especiales sobre pedido. En ese entonces la ciudad de Oaxaca aún no estaba bien comunicada ni contaba con actividad turística.

ca significativa y existían únicamente dos o tres pequeños hoteles en la ciudad, así que la persona que tuviera deseos de comprar algo de joyería debía acudir directamente a casa de doña Rosita.

El 9 de enero de 1932, con el descubrimiento de las joyas de la Tumba número 7 en la zona arqueológica de Monte Albán —llevado a cabo por el equipo de investigadores que dirigía el Dr. Alfonso Caso— estas maravillosas piezas de orfebrería pudieron ser conocidas nacional e internacionalmente. Los hermanos Ortiz y su equipo de colaboradores —don Jorge Ortiz Montealegre, Saúl Pazos, Francisco Vargas y Fausto y Jorge Vargas— participaron primero en el análisis de las piezas y, después, en su reproducción, bajo la supervisión del doctor Caso. Doña Rosita fue una de las primeras personas que tuvieron la oportunidad de admirar la colección original completa.

Este importantísimo hallazgo empezó a traer turismo a Oaxaca. Los mozos de los pequeños hoteles de la ciudad llevaron a la casa de Rosita a los futuros compradores interesados en adquirir las réplicas en plata de estas piezas elaboradas por los famosos hermanos Ortiz. Vale la pena mencionar entre los más antiguos de Oaxaca, el llamado inicialmente Hotel Nacional; en la década de los veinte Hotel Alameda, y desde 1834 a la fecha Hotel Monte Albán.

Rosa vendía estas réplicas de joyería prehispánica al mayoreo, a dos clientes locales: don Octavio Figueroa, entonces propietario de la conocida tienda “La Primavera”, fundada en 1886 por don Mariano Figueroa, y la más antigua de Oaxaca; y a don Gustavo Bellón, personaje de grata memoria entre los oaxaqueños y quien fuera el dueño del establecimiento comercial conocido como “La Ciudad de México”.

Al crecer su capital y su clientela, Rosita decidió emprender viajes de negocios a las ciudades de México y Puebla. Distribuía su mercancía entre "paisanos" que trabajaban en oficinas privadas y gubernamentales en la Ciudad de México, que contaban con numerosos grupos de empleados. La mayor parte de sus vendedores en esa ciudad eran oaxaqueños que habían abandonado su ciudad natal como consecuencia del terremoto de enero de 1931. En la ciudad de Puebla, Rosa contaba con una numerosa clientela en el mercado de Los Gallos. También vendió su mercancía en prestigias joyerías de ambas ciudades, lo que le permitió ir construyendo magníficas relaciones comerciales y de amistad con personalidades importantes del ramo joyero.

En uno de sus viajes a la Ciudad de México, Rosita conoció a Isabel y Galdina Arenas, originarias de Ocotlán de Morelos, Oaxaca, quienes vendían joyas muy exclusivas con brillantes de corte antiguo. Fue ella quien introdujo en Oaxaca la joyería conocida como brillantería, y los hilos de perlas naturales que compraba a las hermanas Arenas.

Rosa disponía de un selecto grupo de vendedoras locales y foráneas, que visitaban en sus domicilios a varias damas oaxaqueñas para mostrarles en hermosas cajas, que anteriormente habían guardado chocolates, los surtidos lotes de alhajas que fácilmente lograban motivar al cliente. Eran famosas entre sus vendedoras: Luchita Delgado, Lucecita Castañeda, Cenobita Márquez y Josefinita Delgado. Estas mujeres vendían preferentemente collares de perlas naturales de uno o dos hilos, rosetas de brillantes de tipo antiguo, y collares y aretes de coral. Sin embargo, la joyería colonial de oro o plata decorada con diamante rosa de talla holandesa siguió gozando de gran aceptación.

Para no seguir dependiendo exclusivamente de los talleres que atendían sus pedidos de joyería, doña Rosa estableció su primer centro de trabajo en Avenida Hidalgo número cuarenta y dos, casa que era propiedad de la conocida señorita Concepción Urrutia. Ahí, Rosa tuvo a su cargo a varios trabajadores. Actualmente su hija María Teresa tiene conocimiento de que el único que sobrevive es don Ramón Reyes, quien cuenta con ochenta y cuatro años de edad y cuyo domicilio se encuentra ubicado cerca de la Basílica Menor de Nuestra Señora de la Soledad. Rosa empleó además a otros artesanos que habían trabajado con los hermanos Ortiz y tenían gran habilidad para la reproducción de las piezas encontradas en la zona arqueológica de Monte Albán. Estos artesanos trabajaron también en este lugar el cartoneado o filigrana y el rameado.

Siguiendo el ejemplo de doña Rosita, proliferaron los talleres para la producción de joyería en la ciudad de Oaxaca, y ella misma pronto abrió un segundo taller. La señora María Domínguez, otra precursora de la venta de la joyería en esta misma ciudad, abrió el suyo por las calles de 20 de Noviembre. En todos los casos Rosita proveía el oro, pagaba la mano de obra y recibía las piezas sin montar. Sus hijos María Teresa y Santos montaban las piedras preciosas y las perlas y daban el acabado final a todas las piezas.

En el taller se trabajaba únicamente por las tardes. La hija de Rosita recuerda que le daban uno o dos centavos para que cortara limones o pedazos de soldadura y soplara la fragua, con el fin de que se mantuviera ocupada. Durante las mañanas Doña Rosa se dedicaba a realizar sus ventas en su casa y a recoger los abonos correspondientes.

Pasados varios años, Rosita, en unión con su comadre Clotilde García, casi llegaron a acaparar toda la perla que se entregaba en Oaxaca por conducto de los señores Samaniego y Arredondo, ambos originarios de la ciudad de Puebla; y del señor Uciel, de origen judío y habitante del Distrito Federal.

Ni Rosita ni su hija María Teresa tuvieron oportunidad de que alguien les enseñara lo relativo a las propiedades de los metales, o a conocer las perlas o piedras preciosas para poder diferenciar su calidad y pureza. Esta experiencia la fueron adquiriendo a través del tiempo, en forma autodidacta. Rosa aprendió a trabajar el oro tal como se extraía del mineral; sabía cómo "endulzarlo" pasándolo por azogue. Ella en su taller logró identificarse cada día más con sus trabajadores, y ellos le respondieron demostrándole sus conocimientos y la habilidad que tenían para realizar la filigrana, reproducir las joyas encontradas en Monte Albán o realizar los diseños que les solicitaban sus clientes. Así, doña Rosita y María Teresa nunca se limitaron a producir exclusivamente joyería regional oaxaqueña.

El 7 de mayo de 1946, María Teresa Calvo Quevedo y doña Rosita establecieron la primera joyería con venta al público en la ciudad de Oaxaca. María Teresa decidió que era el momento propicio para abandonar la venta de joyería en la casa de su madre, y que debían optar por formalizar su negocio mediante el establecimiento de un local comercial dedicado a la venta de joyería. En un principio doña Rosita no aprobó esta idea, por considerar que involucraba nuevos riesgos y sobre todo que daría lugar a ciertos signos de liberación y superación que de acuerdo con la época no consideraba adecuados para la educación de su hija, que permanecía

soltera. María Teresa alcanzó su objetivo y finalmente se abrió la "Joyería Rosita" en la calle de Dr. Aurelio Valdivieso, en un zaguán contiguo a la que fuera la conocida tienda de ropa Casa Jaime. El local donde se ubicó la joyería pertenecía al acaudalado español don Vidal García, pagando María Teresa la renta acordada de 25.00 viejos pesos.

El primer día de trabajo de este establecimiento ingresó la cantidad de 90.00 pesos, importe de un par de aretes, los llamados coquetas, muy usados por la gente del pueblo, unos anillos coachitos y una medalla. Pronto creció la clientela de la Joyería Rosita y hubo necesidad de tomar un local más amplio, por lo que ocuparon en esa misma calle el lugar que había desalojado la señorita María Azcona al clausurar su tienda de regalos.

Posteriormente, en el año 1951, la señora María Luisa Doorman de Rule, esposa del propietario del Hotel Marqués del Valle y clienta de Rosita y María Teresa, las animó para que rentaran un local en la planta baja de ese hotel. Allí se establecieron en el año de 1951 y permanecieron hasta el mes de junio de 1995. Este negocio se clausuró debido al deceso de doña Rosita, a sus noventa y dos años, el 9 de septiembre de 1994.

La Joyería Rosita estuvo atendida siempre con esmero por María Teresa. Como dato curioso citaremos que la joyería era frecuentemente fotografiada por los turistas que se hospedaban en el hotel, ya que cada día para cerrarla tenía lugar todo un espectáculo. De sus puertas de madera maciza colgaba una gruesa cadena que era asegurada con nueve candados.

Doña Rosita apoyó a su hija en este establecimiento, con su capital y sus consejos. Ella decidió conservar su taller en las calles de Porfirio Díaz con su grupo de

trabajadores, continuar sus viajes a Puebla y a la Ciudad de México y atender y surtir de materia prima a sus variados clientes en sus propios domicilios de la manera en que lo venía haciendo desde años atrás.

A través del negocio de la joyería María Teresa conoció a quien en el año de 1949 se convertiría en su esposo, el también joyero don Rogelio Rojas González, y juntos continuaron esta actividad hasta que él falleció en el año de 1959.

El matrimonio había comprado la Joyería Rosita, y durante los diez años que permanecieron unidos siguieron visitando la ruta establecida por doña Rosita. Incluso extendieron el itinerario hasta las ciudades de Tehuacán, Orizaba, Jalapa, Córdoba y Veracruz, en donde realizaban ventas en domicilios particulares y a joyerías.

Después de la muerte de don Rogelio Rojas González, su hijo mayor, también de nombre Rogelio, empezó a ayudar a su madre en la joyería mientras ella visitaba a sus clientes en diferentes partes de la República. Él era el encargado de recibir la mercancía, revisarla y pesarla y hacer para su madre los reportes correspondientes. Si bien el hijo menor, Alberto, no estaba entusiasmado con la idea de tener que pasar las tardes y las vacaciones trabajando en la tienda, con los años afloró su verdadera vocación, llegando a ocupar un lugar destacado en esta misma actividad.

Mientras todo esto sucedía en la vida de la familia Rojas Calvo, en el taller de Rosita se seguían haciendo réplicas de las piezas encontradas en Monte Albán, pero ya no se fabricaban exclusivamente en plata. Se habían empezado a producir en oro y también en plata dorada, según los pedidos de los clientes. Rosita siempre cuidó que estos trabajos fueran copias fieles de las piezas ori-

ginales, por lo que conservó para su elaboración la anti-gua técnica de la "cera perdida".

En el año 1963, María Teresa Calvo Quevedo decidió independizarse y con su propio capital estableció la "Joyería Tere" en las calles de 20 de noviembre. Ubicó su propio taller en el Edificio Collada, situado en la esquina de las calles de García Vigil y la Avenida Morelos. Tiempo después trasladó su joyería al sitio que actualmente ocupa en la sexta calle de la Avenida Hidalgo letra "W".

Con el fin de ampliar su taller y complementarlo con una tienda de artesanías, lo trasladó a la cercana esquina de Hidalgo y 20 de Noviembre, en el edificio colonial que fuera la residencia de don Benito Juárez, durante su periodo como gobernador del estado, según reza la placa conmemorativa que ahí se encuentra, y que se convirtió en centro de elaboración de trabajos de joyería y venta de artesanías muy variadas. Llegaron a visitarlo grandes personalidades que venían a la ciudad de Oaxaca, como el Sha de Irán y su esposa la princesa Farah Divah o los reyes de Inglaterra.

En la época en que Rogelio y Alberto Rojas Calvo realizaban sus estudios fuera de Oaxaca, la supervisión del taller recayó en personas que no tenían gran interés por lo que ahí sucedía, y fue así que en el año de 1975, cuando regresó Alberto a la ciudad, se dio cuenta de que el negocio había decaído y se encontraba prácticamente paralizado. Él decidió dar nueva vida a este comercio familiar, y tomándolo como un reto personal, renunció a la oportunidad que se le presentó para estudiar una maestría en el extranjero. Alberto pronto logró establecer un nuevo taller en el cuarto de una bodega en los bajos del Edificio Collada, contando únicamente con nueve trabajadores.

En el año 1977 igualmente logró obtener una autorización oficial por parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia para elaborar la reproducción de las joyas encontradas en Monte Albán, algunas de cuyas piezas originales se exhiben en el Museo Regional de Antropología, ubicado en el Ex Convento de Santo Domingo de Guzmán.

En el año 1985, tras afrontar severos riesgos e intensos trabajos, el señor Rojas Calvo fundó con los mismos trabajadores la empresa Oro de Monte Albán, S.A. de C.V., con domicilio en Adolfo C. Gurrión letra "C", conservándose además la Joyería Rosita y la Joyería Tere. Durante algún tiempo la familia participó y colaboró de diversas maneras y con ejemplar unión en estos tres negocios.

Desde la apertura de esta nueva firma, su objetivo ha sido el producir una joyería con diseño propio, diferente de las piezas que se producen en los demás estados del país. Es decir, joyería exclusivamente oaxaqueña, con un alto nivel de calidad, privilegiando los ejemplares representativos de los orfebres mixtecos, que han dado a Oaxaca un lugar tan destacado en esta actividad.

A partir de ese año de 1985, con el pleno convencimiento y la solidaridad brindada por los trabajadores de la casa, se buscó alcanzar la excelencia en la realización de cada una de las piezas —respetando siempre para su elaboración la complicada técnica de la fundición a la "cera perdida"—, con el mismo deseo de perfección que guió a las culturas mixteca y zapoteca.

Alberto Rojas Calvo estableció una escuela-taller con el fin de preparar a nuevas generaciones de orfebres y actualmente Oro de Monte Albán S.A. de C.V. cuenta con cuarenta trabajadores. Ésta es una de las pocas casas de orfebres del país que mantienen la elaboración de joyas con modelos de origen prehispánico.

Entre los trabajadores que se encuentran activos, catorce se han formado en esta escuela-taller y solamente uno de los nueve trabajadores antiguos que iniciaron la organización se ha jubilado. El jefe del taller es el señor Luis Morales, quien antes de descubrir su vocación de joyero había cursado la carrera de licenciado en Derecho en la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.

El logotipo de esta empresa es de forma circular y está decorado al centro con la representación del glifo del oro. A continuación aparece el glifo correspondiente al calendario mixteco. La circunferencia está rematada con los mismos adornos de filigrana que aparecen en la conocida pieza de joyería llamada Chimalli. El significado contenido en esta combinación de símbolos podría ser interpretado como "el desafío al tiempo por el hombre, para poder permanecer en él, por medio del trabajo fino del oro".

Esta empresa netamente oaxaqueña ha logrado expandir masivamente la venta de su joyería en todo el estado de Oaxaca. A través de sus establecimientos en los puertos de Santa María Huatulco y Puerto Escondido y sus tres establecimientos en esta también turística ciudad de Oaxaca, estas obras de arte han llegado a muchos destinos donde son altamente apreciadas por su belleza y por el alarde de técnica que contiene su elaboración.

Así, a través de sus representaciones en metales preciosos, Xipetotec, dios de los joyeros; Mictlantecuhtli, dios de la vida y la muerte; Chimalli, el escudo guerrero; Ehécatl, dios del viento, y el Tlachtli o juego de pelota, que representa la sucesión y la lucha entre los dos poderes cosmogónicos, el día y la noche, han llenado de asombro a hombres de tierras lejanas.

Rogelio Rojas Calvo también ha contribuido al crecimiento de la firma al promover la producción, pues es el encargado de viajar y abrir nuevos mercados. Actualmente participa con su producto de tradición y alta calidad en diversas ferias de joyería a nivel nacional e internacional. Hoy Oro de Monte Albán S.A. de C.V. exporta a los Estados Unidos, Japón, Tahití, Alemania y España y día con día se abre a nuevos mercados.

Para Alberto Rojas Calvo es motivo de orgullo y satisfacción haber contribuido a la etapa que vive su industria. En ella, gracias a la creación de la escuela-taller, los trabajadores elaboran todas las piezas a mano, conservando técnicas antiguas. En esta ardua labor, lo más importante es la mística que los artesanos ponen en sus trabajos y el inapreciable estímulo y satisfacción que experimentan cuando los turistas de diferentes países del mundo elogian la calidad y fino terminado de sus piezas de orfebrería.

El 15 de enero de 1997, el señor Alberto Rojas Calvo fue designado representante del Grupo Piloto Amagold México, del Programa Internacional Sistema de Control de Calidad, auspiciado por el Consejo Mundial del Oro (Gold World Council), que aplica las normas para la eficiencia del proyecto y busca ser una garantía para los compradores de estas piezas de oro en el continente americano.

Esta distinción le fue otorgada en reconocimiento a su experiencia, liderazgo y representatividad en la industria nacional, demostrada por conducto de su empresa Oro de Monte Albán, S.A. de C.V., y por ser la de mayor representatividad entre las diez industrias más importantes del ramo joyero en el país.

Motivo de gran contento ha sido para esta familia de joyeros haber recibido esta distinción, la cual se herma-

na con la que a nivel nacional recibiera en vida, el día 8 de octubre de 1988, en la Ciudad de México, doña Rosa Quevedo Manzano, mediante un sentido homenaje patrocinado por Banca Cremi, institución encargada en su tiempo de proveer la materia prima al ramo joyero. Doña Rosa fue reconocida por esta institución como la pionera de la joyería en la ciudad de Oaxaca, e igualmente por haber mantenido una línea ascendente en su trabajo a través de tres generaciones de joyeros.

La inapreciable reproducción de piezas de nuestras antiguas culturas desarrollada en esa escuela-taller de Oro de Monte Albán, y la preparación de nuevas generaciones de orfebres, sólo podían ser concebidas por los herederos directos de la tradición artística a través de los Calvo, considerados como los mejores artífices de la joyería en Oaxaca.

EL LUMINOSO BARRO NEGRO DE SAN BARTOLO COYOTEPEC

Cuando visitamos el poblado de San Bartolo Coyotepec, ubicado a 15 kilómetros al sur de la ciudad de Oaxaca, capta nuestra atención un anuncio de regular tamaño que dice: *Alfarería Doña Rosa*, el cual efectivamente logra su objetivo y nos obliga a virar a la izquierda para visitar este interesante espacio.

En uno de los corredores de la casona familiar y centro de trabajo, rodeado de flores frescas, está un busto con la efigie de doña Rosa Real Mateo de Nieto, quien llegó a ser la más famosa artesana de San Bartolo Coyotepec y cuya vida se extinguió el 12 de julio de 1980. Ella es reconocida como la descubridora de la nueva técnica para dar el color negro y el hermoso brillo a ese barro único e inigualable que se produce exclusivamente en esta región de nuestro estado y que es mundialmente conocido.

En una de esas visitas que tenían por único objetivo disfrutar con la vista las obras de arte que allí se producen, hubo oportunidad de platicar sin prisas ni interrupciones con Valente Nieto Real, destacado artesano e hijo menor de doña Rosa, quien permaneció al lado de su madre hasta el último de sus días y ha sido fiel seguidor de sus pasos.

Después de algún tiempo de charla, Valente accedió a comunicar varios de los secretos familiares relacionados con esta artesanía.

Empezaremos por situarnos muchos años atrás, en un San Bartolo Coyotepec que carecía de luz eléctrica, suministro de agua potable y vías carreteras. Las casas

EL LUMINOSO BARRO NEGRO DE SAN BARTOLO COYOTEPEC

Cuando visitamos el poblado de San Bartolo Coyotepec, ubicado a 15 kilómetros al sur de la ciudad de Oaxaca, capta nuestra atención un anuncio de regular tamaño que dice: *Alfarería Doña Rosa*, el cual efectivamente logra su objetivo y nos obliga a virar a la izquierda para visitar este interesante espacio.

En uno de los corredores de la casona familiar y centro de trabajo, rodeado de flores frescas, está un busto con la efigie de doña Rosa Real Mateo de Nieto, quien llegó a ser la más famosa artesana de San Bartolo Coyotepec y cuya vida se extinguió el 12 de julio de 1980. Ella es reconocida como la descubridora de la nueva técnica para dar el color negro y el hermoso brillo a ese barro único e inigualable que se produce exclusivamente en esta región de nuestro estado y que es mundialmente conocido.

En una de esas visitas que tenían por único objetivo disfrutar con la vista las obras de arte que allí se producen, hubo oportunidad de platicar sin prisas ni interrupciones con Valente Nieto Real, destacado artesano e hijo menor de doña Rosa, quien permaneció al lado de su madre hasta el último de sus días y ha sido fiel seguidor de sus pasos.

Después de algún tiempo de charla, Valente accedió a comunicar varios de los secretos familiares relacionados con esta artesanía.

Empezaremos por situarnos muchos años atrás, en un San Bartolo Coyotepec que carecía de luz eléctrica, suministro de agua potable y vías carreteras. Las casas

eran de adobe o jacales con techo de palma y estaban resguardadas por cercas de altos órganos o frágiles carrizos y todas sus calles eran de terracería. En esa época y hasta el año 1952, la loza que se producía en el lugar era rústica, de color gris y carente de brillo.

Rosa Real Mateo y su esposo, Juventino Nieto Alvarado, compartieron en su hogar muchas experiencias en el trabajo de esta artesanía y juntos fueron desarrollando su creatividad e imaginación.

En el año 1920 este matrimonio ya producía los famosos cántaros de ombligo para envasar el mezcal, con capacidad de 40 litros, que se apoyaban en cuatro pequeñas extremidades en forma de cabeza de tigre. Estos cántaros contaban con un agujero y una llave que permitía servir el mezcal por copeo en los expendios dedicados a su venta. Asimismo, producían ánforas y recipientes en forma de tecolote, también para envasar mezcal; el cántaro de boca chica para su añejamiento, cerrado con tapón de quiote de maguey o de olote de maíz; el cántaro "nigua", nombrado así en recuerdo de una plaga que azotó en cierto tiempo al pueblo; y los cántaros chatos para almacenar mezcal, que gracias a su reducido tamaño se escondían fácilmente dentro de un canasto y se cubrían con maíz o tortillas para introducirlos en diversos sitios sin ser detectados.

Los poblados de Zaachila, San Antonino Castillo Velasco, Santa María Guelazé y Zimatlán eran consumidores obligados de la variada producción de cántaros, que muchas veces eran insuficientes para surtir a los pueblos del valle. Esto dio origen a la fabricación de los famosos "cántaros 40", para transportar agua —llamados así porque sobre el lomo de la mula de carga se colocaban veinte de cada lado—; y el "cántaro hortelano",

con el cual los agricultores regaban sus plantíos de flores, árboles frutales, legumbres o plantas forrajeras.

Las famosas y concurridas ferias religiosas de los pueblos de Juquila, San Miguel Minas, Villa de Etlá y Tlacolula, eran sitios adecuados para una buena venta de cántaros, especialmente San Miguel Minas, ya que la imagen de la Virgen de la Asunción que ahí se venera se encuentra cerca de un manantial y esto motivaba a los devotos de ese tiempo a comprar su cántaro y llenarlo de ese preciado líquido para traerlo de regreso a sus hogares como reliquia.

La producción de apaxtles fue también muy importante; los mejores consumidores eran los habitantes de Tlacolula, ya que un gran apaxtle de San Bartolo Coyotepec era el regalo más codiciado que una novia del pueblo esperaba recibir de sus amistades el día de su boda. También en Zaachila tuvieron gran demanda para utilizarlos en los trabajos de la tocinería. Los apaxtles servían para poner a cuajar la manteca, y luego fueron sustituidos por latas de lámina.

Se fabricaban también las ollas caladas o pichanchas, que antes servían para lavar y escurrir el nixtamal (maíz cocido con el que se elabora la masa para tortillas). Estas pichanchas también eran usadas por las mujeres del lugar para “descabezar” el maíz con un tejolote y obtener después el polvo para preparar el “pinole”, bebida que se consume en las fiestas titulares del pueblo y en las bodas.

Posteriormente, el matrimonio Nieto Real empezó a fabricar nuevas figuras (caballos, pajaritos, muñecos, gran variedad de candelabros, sirenas y peces), estos últimos fueron, según palabras de la difunta Doña Rosa, diseños de su esposo. Por ser este barro tan musical y sonoro, se fabricaron también silbatos de agudas voces,

campanitas de vibrante tintineo y flautas con sonido más grave.

Mención especial merece una figura formada por cuatro campanas, conocida como "esquilas", la cual está hecha para adornar puertas. Originalmente fue creada para usarse como campana del altar en las iglesias católicas, siendo un interesante ejemplo de la influencia española en la alfarería oaxaqueña.

Hacia el año 1934, el turismo empezó a interesarse por los trabajos hechos en barro de Coyotepec. Al no contar este poblado con una carretera, los primeros clientes llegaban a caballo a realizar sus compras; así, la promoción de esta artesanía era muy escasa y se hacía únicamente de boca en boca.

Según testimonio de Valente Nieto Real, el escritor Paul Van de Velde visitó este taller en el año 1935 con un grupo de colaboradores, siendo la primera persona extranjera que llegó al lugar. Admirado por la calidad y belleza de lo que entonces se producía allí, puso todo su interés para que posteriormente se montara una exposición de estas piezas en la ciudad de Los Ángeles, California, en el South West Museum. Por primera vez fueron exhibidos en el extranjero los rústicos cántaros grises y sin brillo de San Bartolo Coyotepec, en sus diferentes tamaños. Al admirarlos recordaban la loza zapoteca que se fabricaba unos dos mil años atrás.

Entre 1938 y 1940, cuando ya se habían iniciado los trabajos de la brecha para la construcción de la carretera a Ocotlán de Morelos, empezaron a visitar el taller los primeros guías de turistas locales con sus correspondientes grupos: don Federico Holm, quien era propietario de una agencia de viajes, el profesor Rafael Ricárdez, Mariela Morales Páez, Carlos Corres Innes, José Moreno

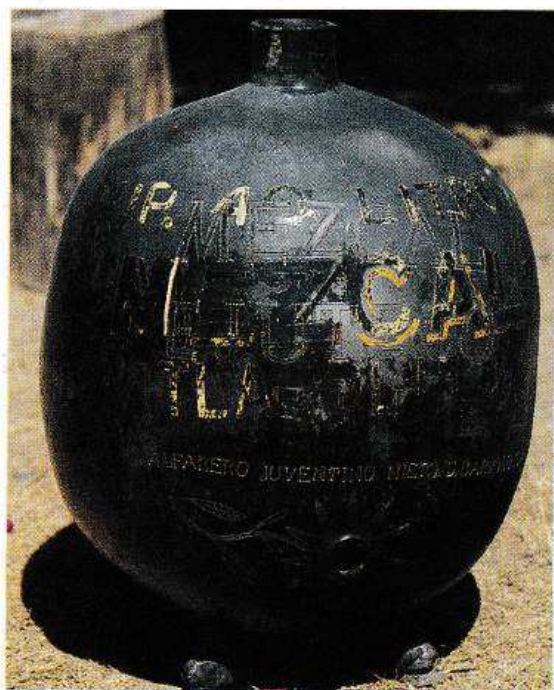
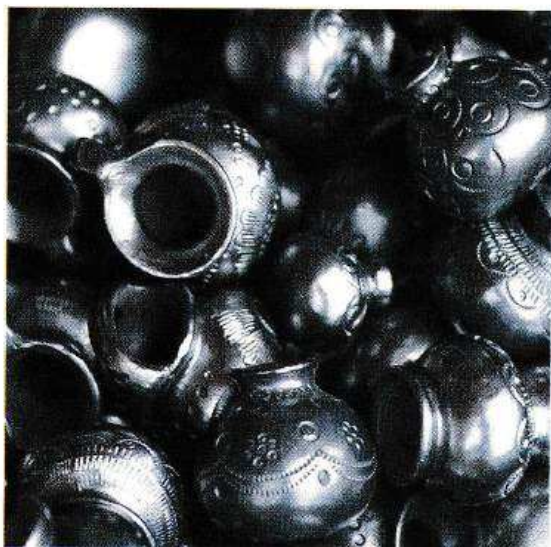


Don Valente Nieto Real.

Página siguiente

(Arriba) Ollitas de barro negro.

(Abajo) "Cántaro de ombligo" fabricado por el padre de don Valente Nieto.



Innes, Carlos Felguérez, Fernando Coronado, Jorge y Víctor González Sánchez, por nombrar sólo a los más recordados.

En el año 1952, el Dr. Daniel Rubín de la Borbolla encargó a Rosa Real de Nieto algunas piezas para exhibirlas en el Museo de Arte Popular en la Ciudad de México. Durante la quema o cocción de esas piezas, una sirenita permaneció mucho tiempo en el horno y adquirió el color negro y un brillo notable en la parte que accidentalmente se había "alisado". Fue entonces que, por azar, descubrieron que si las piezas se pulían muy bien adquirirían el hermoso brillo negro que hoy les es característico. Este descubrimiento, al pasar los años, le valdría a doña Rosa múltiples reconocimientos, medallas y diplomas.

Este hallazgo que el destino brindó a la madre de Valente, le dio auge al pueblo de San Bartolo Coyotepec, que gracias a su nueva artesanía empezó a contar con mayor afluencia turística. Y lo más trascendente de este suceso fue el haber dado nueva vida a esta producción, que había atravesado ciertamente por una etapa crítica, ya que al ser principalmente utilitaria y debido a la invasión de artículos modernos fabricados con material plástico, estos últimos habían tomado el sitio que tenían los productos del lugar en los hogares oaxaqueños, al punto que en cierto momento esta artesanía corrió el riesgo de desaparecer.

En 1953 se empezó a trabajar y a pulir con piedra de cuarzo los objetos de barro, para darles una pátina brillante y transformarlos en lo que hoy conocemos como barro negro y brillante. Originalmente se trabajaron con este prodigioso proceso únicamente los cántaros globulares de cuello estrecho, sin base, de diferentes formas y

tamaños, libres de todo diseño, y los tradicionales silbatos con variadas formas de animales y ángeles.

En ese mismo año, al estarse elaborando las piezas con la pátina brillante, el arqueólogo don Lorenzo Gamio González, director del entonces Museo Regional de Oaxaca, quien acostumbraba visitar el taller artesanal de la familia Nieto Real, acudió encargado de seleccionar las muestras que serían presentadas en una exhibición que el doctor Daniel Rubín de la Borbolla había programado en el Museo de Arte Popular en la Ciudad de México con el fin de que el turismo nacional y extranjero pudieran conocer la nueva técnica descubierta por doña Rosa.

Durante el gobierno interino del general de división Manuel Cabrera Carrasquedo (1952-1955), del 16 al 27 de septiembre de 1954, tuvo lugar en nuestra ciudad una gran feria industrial, comercial, agrícola y ganadera, en la que el ingeniero Jacobo Aragón Aguillón, entonces a cargo de las oficinas de la Secretaría de Agricultura y Ganadería en el estado, invitó muy especialmente a Rosa y a su hijo Valente a que expusieran sus trabajos. Esta feria fue un digno marco para dar a conocer a los propios oaxaqueños la técnica innovadora mediante la cual el barro pierde su opacidad y adquiere un nuevo color, aumentando así su belleza.

Los habitantes del pueblo que también eran productores mostraron gran interés porque la familia Nieto Real les dijera cómo obtenían este brillo en las piezas de barro. Los Nieto jamás revelaron su gran secreto, que no fue descubierto hasta 1960, cuando los artesanos del lugar comenzaron a imitar el procedimiento.

Desde que el artesano personalmente acude al sitio señalado por sus ancestros, donde se encuentra el nacimiento del barro, en el mismo poblado de San Bartolo

Coyotepec, hasta el momento de poner las piezas a la venta, transcurren de veinte a treinta días. Este largo proceso se inicia con el apizado y el amasado del barro. Antiguamente, para conservarlo húmedo y poder trabajarlo se cubría con hojas de higuera; hoy se cubre con plástico. A continuación tiene lugar el modelado, a mano libre, sobre el tradicional torno sin rueda que consiste en dos platos cóncavos rudimentarios, colocados uno sobre otro, que es una técnica de origen prehispánico. El alisado o adelgazado se realiza con la ayuda de un instrumento rústico en forma de media luna. Luego se dejan secar las piezas durante varios días, y se decoran con alguna de las variantes que se detallarán más adelante. Previo al pulido con piedra de cuarzo y a la quema en el horno, las piezas son "templadas", lo que consiste en colocarlas bajo un árbol de ramaje disperso, preferentemente un árbol de mezquite. Después se "tienden" directamente al sol por un periodo de tres horas, para que entren al horno bien calientes.

Para aclarar la confusión respecto al color negro de la producción de San Bartolo Coyotepec, hay que señalar que éste se obtiene durante la quema: en un momento determinado de la cocción se sellan con lodo fresco todos los orificios de los rústicos hornos a flor de tierra. De este modo se forma en su interior lo que se conoce como "atmósfera reductiva" con la que se consigue elevar la temperatura hasta 800° o 900° C y producir un humo denso que impregna firmemente el carbón en los objetos de barro, dándoles el color negro característico. El tiempo de quema debe ser observado rigurosamente, de acuerdo con la cantidad de piezas colocadas en el horno, oscilando entre las ocho y las diez horas. Si este tiempo es excedido, las piezas adquieren un tono grisáceo y aun

blanquecino. Para el sellado de los hornos los artesanos suelen trazar una cruz a un lado de éstos, en manifiesta petición a Dios para que la loza salga de buena calidad. El acabado brillante se logra puliendo cada pieza con una piedra de cuarzo antes de meterlas al horno.

Contrariamente a lo que observamos en las demostraciones artesanales que tienen lugar para complacer a los visitantes, en el taller de los Nieto Real el barro debe trabajarse en un lugar cerrado, al abrigo de las inclemencias del tiempo, ya que los cambios de temperatura hacen a los objetos muy vulnerables, provocando que se rompan con facilidad. Para obtener una alta calidad y resistencia, el proceso de secado de este barro debe ser lento, y de ninguna manera puede ser acelerado por exposición a los rayos del sol.

Afortunadamente no existe aquí la producción en serie, que mataría el espíritu creador del artesano. Si bien suele repetirse muchas veces un modelo original, cada vez se realiza con una ligera variación. No importa que sea la misma persona o la misma técnica, cada artista imprime su sello personal a cada pieza de acuerdo al momento especial que vive. Esto es lo valioso y admirable de los artesanos que hacen que cada pieza sea única.

Esta artesanía ha tenido varias innovaciones en el taller de los Nieto Real. Los hábiles artesanos han desarrollado su imaginación y creatividad transformando esta artesanía de utilitaria en ornamental. Puesto que el barro negro no puede almacenar agua, también se elaboran algunas piezas con la antigua coloración gris, que requiere mayor tiempo en el horno. En estos recipientes sí es posible almacenar agua o mezcal.

Algunas técnicas que permiten dar variedad a las vasijas surgieron en este mismo taller: el "calado", reali-

zado mediante cortes con cuchillo fino y a pulso, con las formas tradicionales de grecas o con una interminable variedad de dibujos que “salen solos” al dar rienda suelta a la imaginación; el “bordado”, añadiendo pedazos de arcilla con figuras florales a la superficie de la vasija, lo cual resulta en diseños de mayor relieve; o el “esgrafiado”, que es la acción de grabar la pieza con un instrumento afilado, para darle un toque fino de decoración en bajorrelieve.

Allí nacieron también las figuras religiosas en barro negro: los crucifijos, las Vírgenes de la Soledad y de Guadalupe, con sus hermosos vestidos calados. También son famosas las lámparas de mesa y las bombillas para armar lámparas de techo, muy usadas en la decoración; los collares de barro negro, creación original de Valente Nieto Real, imitados después por los demás artesanos; los cántaros decorados con pintura de aceite con floridas estampas multicolores, idea que se retomó y actualizó, teniendo su origen desde los años treinta, cuando de una manera más simple se decoraban con pintura de aceite los cántaros para envasar el mezcal, con el diseño de un maguey pintado en color verde y la leyenda “Recuerdo de Oaxaca” en color blanco.

En 1995, con el fin de dar una vista más actual, exótica y lujosa a esta artesanía, Valente inició el trabajo de incrustaciones. Primero lo hizo en latón, rematando bordes y bases, y después en hoja de oro y cobre, con diseños florales, algunos intercalados con formas de aves exóticas. Destacan por su hermosura entre estos recientes trabajos los grandes jarrones, que tanto por sus dibujos como por su fino acabado están a la altura de lo que se hace en los lejanos países de oriente siguiendo tradiciones milenarias.

Hoy en día siguen saliendo del horno de la casa familiar un sinnúmero de figuras de barro para embellecer lo cotidiano, objetos creados por el ingenio y la magistral habilidad de Valente, quien es depositario de los secretos para amasar y modelar el barro. Él, su esposa Rafaela Castillo y sus hijos Erasmo, Jorge, Javier, Fernando y Rocío prolongan esta tradición, brindándonos múltiples objetos, los cuales exhiben en los amplios corredores y habitaciones de su hogar y centro de trabajo, ubicado en la calle de Benito Juárez número 24.

En este sitio aún se pueden contemplar, como testimonio de remota sabiduría y creatividad, dos "cántaros de ombligo" que fueron elaborados por el padre de Valente, don Juventino Nieto Alvarado.

Desde el año 1995 se han abierto las puertas de la Alfarería y taller Doña Rosa a la visita de grupos escolares de la ciudad. Valente hace una demostración para que observen cómo se elaboran estas piezas y contesta todas sus preguntas. A continuación los deja trabajar por sí mismos con el barro, para que al sentirlo entre las manos empiecen a tenerle cariño y poco a poco vayan dejando volar su imaginación creativa. Él desea que de entre estos visitantes lleguen a surgir algunos alfareros.

Este barro negro, único e inconfundible, inspiró el célebre poema del oaxaqueño Juan G. Vasconcelos, musicalizado por Samuel Mondragón y que empieza diciendo:

*Barro de fe, barro de amor
vibrando en santa melancolía,
símbolo fiel del dolor
que canta la raza mía.*

Los antiguos del lugar creían que el cielo diurno es una jícara azul, y la noche un gran cántaro negro, y que al aparecer las estrellas se transformaba en una gran pichancha.

Sirva lo que aquí se ha escrito para aquilatar el arduo y valioso trabajo que han realizado estos artesanos y sirva también para intuir lo que nos pueden aportar más tarde. En el presente, un joven de treinta años de edad, de nombre Carlomagno Pedro Martínez, está dedicado a elaborar esculturas de tamaño natural en barro negro, en las que predomina la idea de la muerte.

Pertenece a Coyotepec un lugar llamado Zoapeche, tierra del músico del siglo XVII, Juan Matías, autor del *Stabat Mater* que los oaxaqueños escuchamos el Viernes Santo en el tradicional Pésame de la Santísima Virgen de la Soledad. San Bartolo Coyotepec es hoy, como su artesanía, muy diferente de lo que vislumbramos al inicio de este relato. Además de la carretera pavimentada, hoy cuenta con agua potable (desde 1962) y luz eléctrica (desde 1968) —esto último se logró durante la gestión de don Valente Nieto Real en la Presidencia Municipal. Nos ofrece además un hermoso templo, donde con frecuencia se interpretan selectas obras musicales; un amplio y bien cuidado zócalo, un digno Palacio Municipal y múltiples talleres artesanales.

El Mercado de Artesanías fue construido con el apoyo de los artesanos, autoridades federales y estatales e inaugurado el 9 de marzo de 1989, siendo gobernador del estado el licenciado Heladio Ramírez López y presidente municipal de San Bartolo Coyotepec don Julio Gómez. Su recién inaugurado Museo de Arte Popular, cuya gestión se había iniciado desde el año 1986, se consolidó con el esfuerzo conjunto del Gobierno del Estado,

del Consejo Indígena, y del H. Ayuntamiento, y abrió sus puertas el 20 de junio de 1996, siendo gobernador constitucional del estado el Lic. Diódoro Carrasco Altamirano y presidente municipal en funciones don Abraham Mateo Reyes.

En este sitio encontramos las raíces de la artesanía del barro negro, enterradas en el suelo del pasado, para que las difundan y se alimenten de ellas propios, extraños y generaciones futuras.

LANA, URDIMBRES Y TINTES DE TEOTITLÁN DEL VALLE

Teotitlán del Valle, situado a 32 km de la ciudad de Oaxaca, es síncopa de la palabra Teocatitlán, que significa “la casa de Dios” (*teo-dios, calli-casa y titlán*, entre). Es un poblado tradicional en sus costumbres, en sus festividades y en el carácter de su gente.

Los zapotecos fundaron Teotitlán del Valle y más tarde se expandieron a Macuilxóchitl, Tlacolula y Zaachila, hasta llegar al Valle de Etna. No se sabe exactamente en qué año fue poblado, pero de lo que sí se tiene prueba fehaciente, es que por muchísimos años ha sido un pueblo de tejedores de lana.

El mayor atractivo turístico de esta localidad es la compra de sarapes, tapetes y tapices tejidos en telares domésticos y teñidos con técnicas antiguas. Allí se desarrolla también la agricultura, pero la actividad del tejido de lana es la que reporta al pueblo mayores beneficios. Gran parte de la producción se exporta a otros países, aunque también tienen gran demanda en la ciudad de Oaxaca y en el resto de la República.

En el año de 1960, el famoso pintor Francisco Toledo decidió radicar por cerca de cuatro años en Europa. Pasado ese tiempo y teniendo ya éxito en París, regresó a su natal Juchitán. Más tarde se mudó a Teotitlán del Valle, para hacer tapices con sus propios diseños y experimentar algunas variaciones en los colores tradicionales.

La fama de este lugar motivó el honor de que sus habitantes recibieran la visita de los reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía —el día 13 de enero de

1990. Ellos quedaron maravillados con los trabajos que ahí contemplaron.

Los viejos pobladores del lugar tienen conocimiento de que en el año 1538, el primer Obispo de la Diócesis de Oaxaca (1535-1555), fray Juan López de Zárate, interesado en favorecer a los indígenas zapotecos, fundó el oficio del tejido de sarapes de lana, introduciendo el telar de pedales de madera rústica y haciendo que los habitantes del lugar abandonaran el rudimentario telar de cintura.

Este antiguo telar, ahora en desuso en esta población, consta de dos barras. Una en la parte superior y otra en la parte inferior. Entre ambas se colocan los hilos longitudinalmente. La barra superior se ata en cada uno de sus extremos con una cuerda que sirve para sujetar el telar sobre un punto de apoyo. La barra inferior tiene un cordel que la tejedora se sujeta a la cintura, para mantener los hilos del tejido tensos y firmes. El telar cuenta además con una tira de madera o carrizo que sirve para separar los hilos del tejido y con una lanzadera para realizar el dibujo o tramado. Las tejedoras se auxilian también con otro aditamento rudimentario de madera que se llama espada o machete.

En diversas comunidades indígenas del estado de Oaxaca se sigue empleando el telar de cintura. En el centro de la ciudad capital, en el Mercado de Artesanías y en la plazuela Leona Vicario, por los rumbos del Carmen Alto, se puede observar diariamente a mujeres de la región triqui tejiendo sus prendas con este telar: huipiles, ceñidores o fajas y la tela para las faldas de enredo.

Al visitar Teotitlán del Valle algunos artesanos nos dirán que por muchas generaciones sus familiares han sido tejedores y por ello continúan con esta tradición.

Hace varios años tuve la fortuna de conocer a Salvador González Martínez, destacado tejedor de tapetes y originario del lugar, cuya historia merece sin duda un espacio en estas páginas.

Él mismo relata que a la edad de seis años empezó a darse cuenta cuál era el trabajo que realizaban sus padres, y a partir de los siete u ocho años comenzó a cardar la lana y después aprendió a hilarla. Cuando contaba con diez años, guiado por sus progenitores, se inició en el tejido en el telar de pedales, realizando trabajos pequeños y sencillos. Durante los años siguientes fue perfeccionando su labor y trabajando diseños más elaborados, pero su mayor interés era llegar a conocer y dominar las antiguas técnicas para dar color a la lana.

Los que se consideran artistas conservadores y puros han decidido abandonar el uso de los colorantes y tintes artificiales y regresar a los colorantes naturales, como lo hacían sus antepasados.

Existen cuatro colores básicos que fueron usados por los mixtecos y los zapotecos: la cochinilla para el rojo, el índigo para el azul, el huisache para el negro y el musgo de las rocas para el café y el amarillo. Con estos cuatro colores básicos se pueden obtener muchos tonos más.

La naturaleza nos ha dado además una variada gama de colores en árboles, flores y frutas, pero aunque se puede decir que de casi todas las plantas se pueden obtener matizadores, hay que aprender cuáles son las que dan mejores tintes. La gente de este lugar ha aprendido a descubrir maravillosos colorantes en la corteza de diferentes árboles, como el encino, en la cáscara de nuez y la hoja del nogal, en las cáscaras de naranja y la grana-da, en la flor del cempasúchil y en la planta que lleva el nombre zapoteco de *guegin*, y muchas otras más que, si

bien han llegado a olvidarse, seguramente volverán a retomarse gracias a la constante búsqueda de los artesanos. El teñir con los colorantes o anilinas que la química inventó en Alemania simplifica el proceso y ahorra trabajo y tiempo, pero sólo se emplea cuando el mercado demanda colores brillantes, como el rojo subido, el verde bandera o el azul rey, que no pueden obtenerse con colores vegetales, ya que éstos casi siempre dan tonos opacos, oscuros o suaves.

Hace pocos años se estableció en la Ciudad de México un laboratorio suizo que distribuye anilinas de alta calidad, aunque a un precio muy elevado, lo que ha permitido a las personas dedicadas a esta labor realizar trabajos de calidad con mayor firmeza en sus tintes.

Deseoso de compartir sus experiencias, Salvador nos habla del cultivo y tratamiento de la cochinilla, ese precioso insecto coludo, elegante, que viste de gris y púrpura y vive y se alimenta del nopal; de él se extrae la grana, materia prima muy codiciada en las industrias textil, farmacéutica, dulcera, refresquera y cosmética.

Desde tiempos remotos la cochinilla o *nocheztli* era conocida en México, y se cultivaba mucho antes de la llegada de los españoles. Fue un producto de enorme importancia en la historia del estado de Oaxaca en los siglos XVII y XVIII, pues generó una enorme riqueza.

En la actualidad la industria de la grana ha decrecido considerablemente a causa de los productos químicos similares con que se le sustituye. Se están haciendo nuevos intentos encaminados a revivir esta industria, mediante la siembra de nopaleras en algunos pueblos de los Valles Centrales y en Nochixtlán, en la región mixteca. Para el mercado local sería muy importante que se reactivara el cultivo de la grana, porque la artesanía en

la rama textil la usa permanentemente, y de esta manera los productores tendrían materia prima más barata.

En Teotitlán del Valle los mismos tejedores son pequeños productores de cochinilla, ya que cuentan con algunas nopaleras; esto les asegura al menos una cierta cantidad para su propio uso. Actualmente la cochinilla puede adquirirse en el rancho "La Nopalera", ubicado en el poblado de Santa María Coyotepec, así como en otros sitios, como la Villa de Díaz Ordaz, Guelaá, Chichicapan o en algunos poblados del rumbo de Ocotlán de Morelos.

De la manera de matar la cochinilla dependen su calidad y su clase, por lo que esta operación constituye un punto importante. La técnica apropiada es ponerla a secar por una semana, evitando los rayos del sol y moviéndola constantemente para que el secado sea parejo. Ya seca se muele en el metate hasta convertirla en un polvo fino. Enseguida se pone a fermentar por una semana en una olla de barro con agua. La porción de polvo se toma de acuerdo al tono deseado y la cantidad de lana que se vaya a teñir. A continuación se hierve y se agrega limón, como fijador, y un puñado de hojas de tejute. La lana que se desee teñir se pone de una sola vez, y se deja hervir durante 45 minutos o una hora, sin dejar de mover. Si se desea un color más oscuro se deja hervir una hora más. Una vez teñida, la lana se lava con la ralladura de un camote amargo del campo o *vietao*, también con el fin de fijar el color.

Los demás tintes naturales también se fermentan y se hierven más o menos por 45 minutos o una hora. Al lavarse y hervirse la lana varias veces durante el proceso, se garantiza que los tapetes conserven por siempre su medida original.

El huisache es otro tinte vegetal usado frecuentemente. Este árbol crece en los campos de Teotitlán del Valle y da una fruta en forma de vaina que contiene unas semillas en forma de frijolitos, con las cuales se obtienen tonos negros y cafés.

Los preparativos para realizar el laborioso teñido se inician con la compra de la lana, labor reservada a personas del sexo masculino. Las demás actividades se ejecutan sin distinción de sexos por los diferentes miembros de la familia. Únicamente los adultos o los hijos mayores llevan a cabo las labores de teñido, debido al peligro que existe de sufrir serias quemaduras.

La lana puede adquirirse en los tianguis de Zaachila, Tlacolula de Díaz Ordaz y Ocotlán de Morelos, en donde se concentra esta materia prima proveniente de poblados vecinos. También es posible conseguirla en Nochixtlán y Tlaxiaco pues ambos lugares cuentan con suficientes rebaños de ovejas y carneros.

Se separa la lana virgen y se limpia de espinas o animalitos que puedan habersele adherido en el campo. Se pone en canastos y se lleva al río para lavarse con agua únicamente. Se carda con un cardador manual, procediendo al hilado en un banco con redina, que tiene una cuerda torcida de la misma lana, y a continuación se hacen las madejas.

Se procede con el teñido y lavado que ya fue descrito con anterioridad y después se pone a secar directamente al sol. Enseguida se pasa al "canuteado", con los colores y cantidades necesarias de acuerdo al diseño que se vaya a realizar. Por su gran experiencia los tejedores hacen estos cálculos a simple vista.

El telar de pedales se compone de un armazón de madera en el cual se encuentran montados dos carretes;

en uno de ellos se enrolla la lana y en el otro el tejido que se va produciendo. Los pedales mueven dos poleas, mismas que hacen subir y bajar dos pares de palos. Cada uno de estos pares está unido mediante hilos entrecruzados con el fin de separar los hilos del tejido, lo que hace posible introducir las lanzaderas con hilos de diversos colores para ir elaborando el diseño seleccionado. Con el fin de obtener un tejido cerrado y uniforme, el artesano va apretando cada uno de los hilos de la trama, moviendo hacia él el marco cerrado con hilos verticales que está colocado en la parte superior del armazón. El tejedor se para sobre los pedales para irlos moviendo alternadamente y al mismo tiempo, con una mano acciona el marco y con la otra va pasando las lanzaderas.

Los sarapes, tapetes y tapices que se producen con el telar de pedales son realizados exclusivamente por hombres, a diferencia del telar de cintura que es manejado exclusivamente por mujeres.

El tiempo para el proceso del tejido es variable y está en relación directa con el diseño y tamaño del tapete que se pretende hacer. Puede tomar desde un par de días hasta una, dos o cuatro semanas. Algunos trabajos pueden llevar de cuatro a cinco meses, o incluso un año y medio si se trata de un tapete de gran tamaño con dibujos muy elaborados.

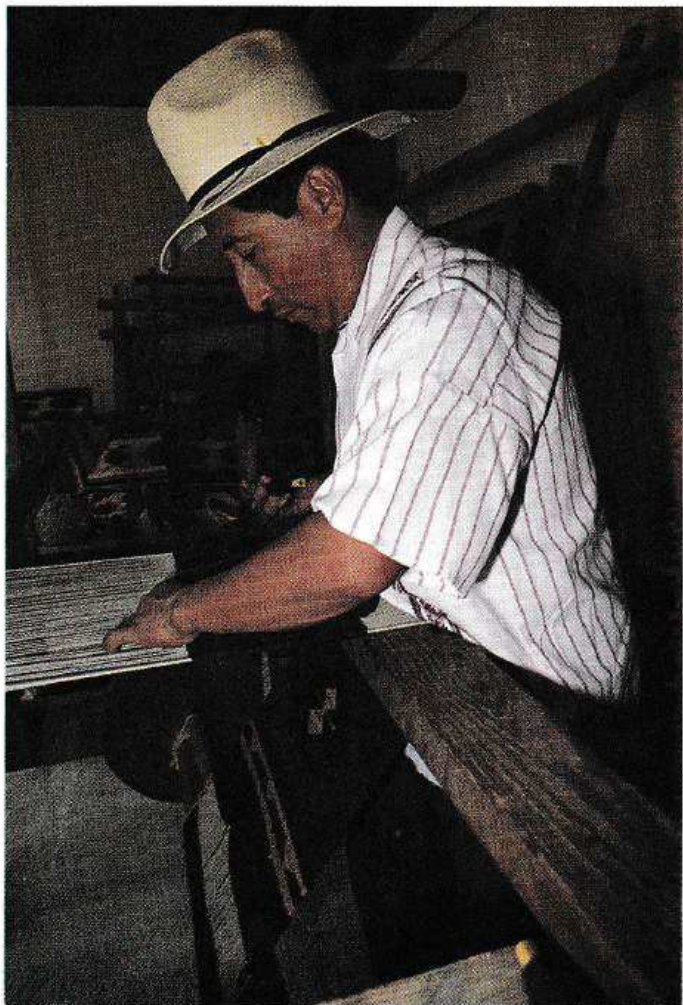
Una vez terminado el tejido, se saca del telar para después realizar el trabajo de empuntado, y por último se le da una última limpieza quitándole las pequeñas espinitas o basuritas que pudieran haber quedado entre la lana.

Llegado este momento, los tapetes están listos para la venta, y son colocados para su exhibición en las paredes de las salas de venta o cuartos de trabajo que tienen los tejedores en sus hogares.

Los famosos sarapes de Teotitlán del Valle aúnan a su inmejorable calidad una presentación artística que llama la atención de los visitantes. Sus proyecciones están basadas en dibujos geométricos, diamantes, triángulos y rectángulos que se han realizado por muchos años. También para mostrar la relación que existe entre el hombre y la naturaleza, podemos encontrar formas de mariposas, flores, jaguares y pájaros. Otros llevan representaciones de códices prehispánicos con figuras estilizadas de dioses, personas, animales, astros y objetos con colores y simbologías convencionales. Muchos de los tejedores han incluido en su vasto repertorio diseños de otras culturas indígenas, como los navajos, que han copiado de ilustraciones en los libros.

Actualmente llegan a realizar notabilísimos trabajos al trasladar al tejido con asombrosa fidelidad reproducciones de pinturas como las famosas *Vendedoras de flores* del gran pintor guanajuatense Diego Rivera; *Los girasoles* de Vincent Van Gogh, y varias reproducciones de cuadros de Pablo Picasso y de Miró. También se reproducen imágenes religiosas como la Virgen de Guadalupe o la de nuestra Patrona la Virgen de la Soledad, así como efigies de presidentes de nuestro país y de famosos actores del cine nacional. Parece inverosímil que a través de la urdimbre de los hilos el tejedor pueda trasladar con tanta exactitud a sus obras la proporción de los rasgos fisonómicos y la expresión natural de las imágenes seleccionadas.

Al hacer por primera vez un nuevo diseño, previamente se hace el dibujo en papel y se repite dos o tres veces, hasta que queda perfectamente grabado en la mente del tejedor; únicamente de esta manera estará en posibilidad de empezar a elaborarlo.



Salvador tejiendo en el telar de pedales.

Página siguiente

(Arriba) Hilado de lana en un banco con redina.

(Abajo) Figura terminada de "diamante centro".



Cuando se trabajan las grecas no se puede cambiar el diseño que se había elegido previamente por otro de grecas diferentes. En los paisajes u otro tipo de dibujos hay más libertad para hacer modificaciones durante el tejido, pero en los dibujos geométricos no pueden hacerse cambios.

En el ambiente familiar los padres aprovechan el tiempo libre de sus hijos para iniciarlos desde pequeños en las diferentes etapas de la preparación de la lana. Algunos empiezan a los siete años, aunque es más común que lo hagan entre los ocho o diez años de edad.

Deseoso de darse a conocer fuera de nuestras fronteras, Salvador ha realizado exitosas presentaciones en el extranjero en las ciudades de Los Ángeles, California y en Arizona, así como en Toronto, Canadá, en donde ha podido dar testimonio de la calidad y belleza de sus tejidos.

En su domicilio y taller ubicado en la calle de Cuauhtémoc número 25, se atiende a los visitantes ofreciéndoles interesantes demostraciones que comprenden muestras de la cochinilla y plantas de las que se obtienen los tintes naturales; el cardado, el hilado y el teñido de la lana; el tejido en los telares de pedal, en toda su complejidad, con el fin de que los visitantes tengan una idea del proceso y el tiempo requerido para la elaboración de estos trabajos.

Interesados en presentar una mejor imagen al visitante nacional y extranjero, Salvador y su hermano Juan trabajan activamente en la realización de un ambicioso proyecto, localizado a la entrada del pueblo, que consiste en la construcción de un edificio con diseño totalmente zapoteco: construido con el adobe rojo que se produce en la región, combinado con pilastrones de cantera y techo de madera, cubierto de tejas, y que será decorado en su interior con cerámica zapoteca.

Este edificio contará con salas de exposición y ventas, oficinas y amplias áreas para la demostración organizada de los procesos que se siguen en la elaboración de los tapetes, sarapes y tapices. Además, ofrecerá todos los servicios necesarios para que el visitante pueda disfrutar plenamente de esta experiencia.

Salvador y su esposa Eulalia Ramírez, conscientes de que producen tapetes de alta calidad basándose en los métodos que heredaron de sus antepasados, han trabajado arduamente para superarse cada día.

Sus hijos Elizabeth, Demetrio Salvador y Erick Antonio, ocupados en sus estudios de administración, bachillerato y secundaria respectivamente, conocen y practican en sus ratos libres el teñido y el tejido de la lana. Ellos son el nuevo peldaño en que se sustentará la tradición familiar.

Teotitlán del Valle es sin duda alguna, un pueblo cuya historia está escrita en sus telares, en sus artesanos y en sus sarapes, tapetes y tapices, que viajan por todo el mundo.

LA INCOMPARABLE FORJA DE LOS ARAGÓN

El oficio de la herrería, introducido en los días de la Colonia en los estados de Jalisco, Guanajuato, Zaca-tecas, Puebla y nuestra antigua provincia de Antequera, llegó a contar con hábiles artesanos. Quienquiera que hable de la forja oaxaqueña, dentro o fuera del país, deberá mencionar a los Aragón, quienes a través de seis generaciones han constituido un sólido prestigio para Oaxaca, especialmente por el temple y diseño de las armas de acero, como cuchillos, machetes, dagas, espadas y sables.

Esta tradición familiar se inicia en el año 1750, en la ciudad de Ejutla de Crespo, Oaxaca, situada aproximadamente a 68 km al sur de la ciudad capital, donde don Hernán Aragón (1750-1802), pionero de esta producción, nació y vivió hasta el último de sus días.

Estos trabajos de carácter excepcional tuvieron su origen en la fabricación de cerraduras, cuyos chapetones, al igual que todo su mecanismo, eran cincelados y trabajados a mano. Las frecuentes roturas que sufría el muelle que debía botar el pasador para abrir o cerrar las puertas motivó que don Hernán enfrentara serios problemas. Éstos lo llevaron a concluir que el defecto radicaba en el temple del acero, por lo que puso todo su empeño y conocimiento para lograr el temple exacto y hacer más resistentes las chapas.

Además de las cerraduras se fabricaba en esa época lo que se conoce como "obra negra": sencillas herramientas para el trabajo en la agricultura, marquesotas, barretas, coas, puyas y rejas de arado, así como las

herraduras, fierros marcadores, goznes, aldabas y alcayatas. Ocasionalmente, en nuestros días, uno llega a encontrar algunos de estos viejos artefactos en puestos que venden artículos de segunda mano, o en alguna tienda de antigüedades.

Don Hernán Aragón, años después, decidió iniciarse en la fabricación de la cuchillería, a la cual le dio desde el principio una marca de golpe y la fabricó usando el temple de su invención, un secreto familiar que ha pasado de una generación a otra hasta llegar a nuestros días.

De 1802 a 1855 fue don Cipriano Aragón quien prolongó el trabajo iniciado por su padre. Se especializó en la cuchillería llamada de campo, necesaria para cazar y acampar. Fabricó también los cuchillos usados en la carnicería, indispensables para poder separar con facilidad el hueso de la carne, y una gran variedad de cuchillos útiles en la cocina, y el famoso cuchillo cebollero.

Entre los años de 1855 y 1890 otro exponente de la familia, Hermenegildo Aragón, descubrió un método para templar el acero de manera que pudiera ser muy flexible; que pudiera doblarse para formar un medio círculo, y en algunos casos un círculo completo, y que al soltarlo volviera a su forma original. Con el cambio de la dureza del acero logró fabricar machetes más rígidos, y a la vez flexibles, que no corrían el riesgo de romperse.

Por iniciativa de don Hermenegildo se empezaron a mandar por primera vez piezas de concurso a diferentes ferias de la República: en el Distrito Federal, Zacatecas, Guanajuato y Guadalajara se lograron considerables ventas de machetes durante las exposiciones que tenían lugar en esas ferias.

Según testimonio familiar, en el año 1884 don Hermegildo obsequió uno de estos machetes al general

Porfirio Díaz, entonces presidente de la República. Le fue entregado en una pequeña caja, de las que se usaban para guardar las pecheras de las antiguas camisas alforzadas de etiqueta. La caja era de forma circular, con el fin de que al colocarlo el machete siguiera esta figura, como prueba fehaciente de su flexibilidad. El señor Guillermo Aragón afirma que esta arma se encuentra actualmente en exhibición en un museo de la ciudad de París en el que se resguardan los objetos personales de don Porfirio Díaz Mori.

Desde el año 1884, esta pieza, representativa de la alta calidad de la armería oaxaqueña, es regalo que se hace frecuentemente a los presidentes de nuestro país o a mandatarios de países extranjeros.

El general Pancho Villa también usó un machete de los Aragón, quienes aseguran que la señora Luz Corral Vda. de Villa lo conservaba en la "Quinta Luz", museo que ella misma sostuvo en la ciudad de Chihuahua hasta el día de su fallecimiento.

Estos machetes flexibles son en cierta forma piezas de colección, ya que son tan finos que no pueden ser usados como una herramienta de trabajo, y representan el arte de un gran maestro que hizo una brillante aportación dentro de esta tradición familiar.

En la generación de don Hermenegildo, la tercera de los Aragón, se iniciaron con gracia exquisita los grabados en cuchillos y machetes. Se hicieron a cincel y a mano, usando paisajes campiranos, combinados con versos o refranes. Debido al grado de dificultad que requería este procedimiento, don Hermenegildo empezó años después a incursionar en el grabado al ácido.

Este destacado personaje de la dinastía familiar fue un hombre de gran creatividad, que disfrutaba mucho

de la lectura y estaba ávido de conocimientos relacionados con los metales; desgraciadamente se llevó a la tumba valiosos secretos.

De 1890 a 1920, don Austreberto Aragón García perfecciona el grabado al ácido y se interesa por enviar estas piezas a las exposiciones internacionales, llegando a exhibirlos en las ciudades de Saint Louis y Dallas en los Estados Unidos; Río de Janeiro en Brasil, y en la ciudad de Sevilla, España, para la exposición de un concurso toledano. En este último sitio los machetes "Aragón" obtuvieron por su impecable presentación artística y la calidad de su temple —secreto que se consideraba exclusivo de los viejos armeros castellanos—, una medalla de oro y un inexplicable segundo lugar, avalado con un diploma. De todos los premios que han obtenido durante su larga trayectoria, éste es el que consideran más importante, por haberlo obtenido en el país que es la cuna de las hojas de Toledo.

En el año de 1905 la familia Aragón decide radicarse en la ciudad de Oaxaca, abandonando su natal Ejutla, que para esas fechas ya no contaba con el servicio de ferrocarril, razón por la que habían decaído sus actividades comerciales y por consiguiente su economía. Se habían clausurado también la fábrica de jabón y la embotelladora de aguas gaseosas con tapón de canica, perdiendo este poblado el destacado lugar que había llegado a ocupar en el estado.

De 1920 a 1966 don Austreberto Aragón Maldonado se hizo cargo del negocio de su padre. Perteneciente a una generación más cercana, se le recuerda como un hombre delgado, con cejas y bigotes muy tupidos, cuyos ojos lucían brillantes a través de sus lentes. Le gustaba hablar acerca del profundo orgullo que sentía por su tra-

bajo y de lo importante que era para él conservar la prestigiada calidad de sus productos. Establecía claras diferencias entre los cuchillos que se vendían en el mercado a menor precio y los que él producía. Siempre insistió en firmar sus piezas.

Al llegar a Oaxaca la familia Aragón se estableció en el mismo domicilio que conserva actualmente, cerca del mercado Benito Juárez Maza, en la calle de J.P. García no. 15, hoy número 503. Entonces su establecimiento comercial y taller llevaba el nombre de "La Espada"; hoy ostenta con orgullo el de "Casa Aragón".

Cuando don Austreberto empezaba a trabajar un machete, pasaba medio día forjando una hoja y le tomaba cinco días más terminarlo a su entera satisfacción. Él acostumbraba empacar sus finos y flexibles machetes en las cajas circulares que preparaba especialmente. Le gustaba convencer a sus clientes de la calidad de sus trabajos, para lo cual ante su vista perforaba una moneda antigua con uno de sus cuchillos, golpeándolo con un martillo, y demostrando después que la punta se conservaba intacta.

La industria familiar tuvo gran desarrollo durante los años en que don Austreberto Aragón Maldonado estuvo al frente de ella. Se dedicó a ampliar la rama de la cuchillería para el servicio de la mesa, tanto con los cubiertos de uso diario, como con los hermosos juegos para trinchar el pavo, para servir el pastel, las ensaladas y las verduras, y una gran variedad de cucharas y cucharones. Eran famosos sus machetes, dagas y cuchillos de caza grabados por ambos lados de la hoja. Su esposa, doña Aurelia Guzmán de Aragón, era la encargada de grabar las piezas con paisajes campiranos, combinados con el verso popular, el sabio refrán o el reto valiente.

Al Señor Aragón Maldonado le era muy difícil seleccionar a los trabajadores que deberían cooperar con él en sus tareas. Siempre exigía personal responsable, que amara la profesión, para poder continuar con el alto control de calidad y prestigio de sus trabajos.

En el año 1929 obtuvo el premio más importante en el país, al producir la mejor manufactura. Le fue entregado en la Ciudad de México con motivo del concurso patrocinado por el diario *El Universal*.

En los años 1947 y 1952 don Austreberto Aragón Maldonado, oaxaqueño de pura cepa, participó en forma directa en acontecimientos políticos de gran importancia. Se requería que el pueblo oaxaqueño, cansado de abusos y conocedor de su propia fuerza y sus aspiraciones, se uniera para hacer respetar sus derechos y liberarse de los malos gobiernos.

En el primer movimiento de protesta, don Austreberto surgió como un auténtico líder, apoyado por don Daniel Muñoz Estefan, Manuel Hernández, de oficio pintor y Chelito Flores, conocida carnicera que tenía su puesto en el mercado del Carmen Alto.

En el año de 1952 dirigió el movimiento en unión con Manuel Hernández, *La China Frutera*, Chelito Flores y la inolvidable Casilda Flores Morales. En esta acción la vida de Austreberto y las de sus familiares corrieron serios peligros, pero no se amedrentó y luchó al igual que sus compañeros, con valentía, sin ningún interés personal, buscando únicamente el bienestar de Oaxaca.

En el año de 1961, don Austreberto Aragón registró el negocio de "La Espada" ante la Secretaría de Hacienda y Crédito Público a nombre de su hijo Guillermo Aragón. Y en el año 1966 lo dejó como único responsable, desligándose desde ese momento de toda actividad.

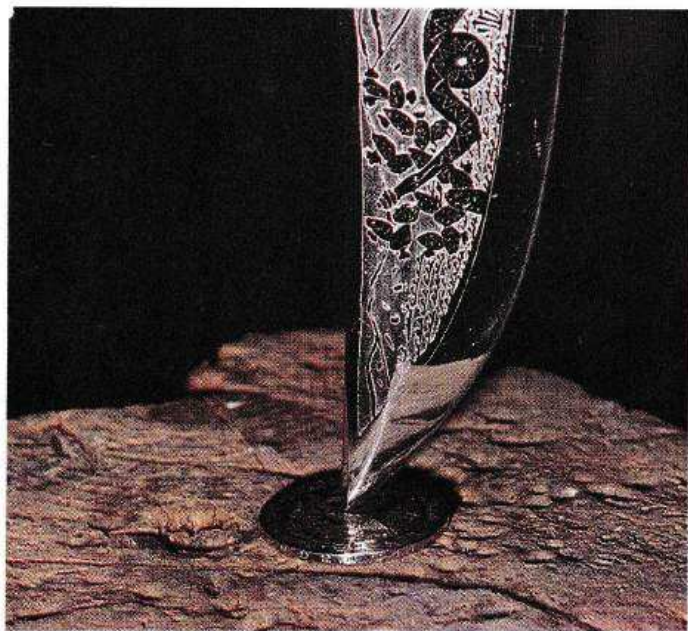
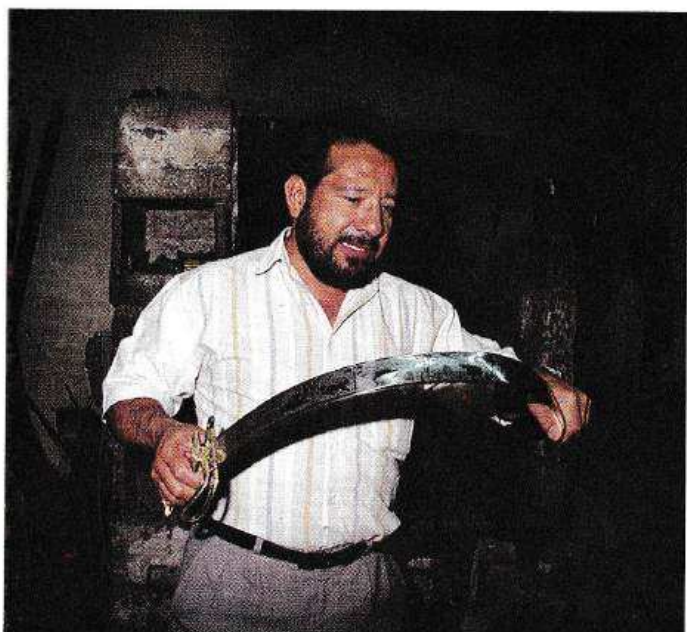


Don Hermenegildo Aragón (en el cuadro) y don Austreberto Aragón.

Página siguiente

(Arriba) Guillermo Aragón demuestra la flexibilidad de sus armas.

(Abajo) Demostración de la dureza del acero.



En el año 1971, decidió irse a radicar nuevamente a su querida Ejutla, con la firme idea de dedicarse al descanso. A su llegada todo fue novedad, y después de cierto tiempo, al no poder permanecer inactivo, estableció un negocio de baños y alberca públicos. Trabajó con gran entusiasmo en este nuevo proyecto, pero después de unos seis meses lo encontró rutinario y aburrido y resolvió mandar traer de Oaxaca sus herramientas para volver a trabajar la cuchillería.

Durante su estancia en Ejutla le detectaron *diabetes mellitus* y serios problemas en las arterias coronarias. En 1980 regresó nuevamente a la ciudad de Oaxaca. Acostumbrado al trabajo, al regresar a su taller don Austreberto empezó a elaborar la cuchillería. Nunca aceptó, pese a su delicado estado de salud, dejar de trabajar en la forja de los cuchillos. El esfuerzo físico que tenía que desarrollar al golpear el acero constantemente con el marro lo exponía a serios riesgos de los que ya estaba advertido. Sin embargo continuó trabajando hasta el último de sus días, el 10 de mayo de 1981.

De la sexta generación de esta familia es el señor Guillermo Aragón Guzmán, quien ha seguido aportando sus conocimientos, ampliando la producción y dándole un toque de refinamiento. Recuerda que a los doce años de edad este trabajo no despertaba en él ningún interés. Su padre procuró mantenerlo siempre a su lado para que le ayudara y se familiarizara con el trabajo. Poco a poco empezó a interesarse en lo que se hacía en el taller y realizó sus primeras piezas, que eran muy sencillas. Encontró gran motivación cuando su padre le entregaba íntegro el dinero de las ventas de todo lo que él fabricaba.

A la edad de doce años Guillermo empezó a trabajar formalmente en el taller paterno con la categoría de

medio oficial, después fue oficial y finalmente llegó a maestro. Le disgustaba mucho que ya siendo oficial no le hubiera sido revelado el secreto familiar del temple del acero. Fue hasta que tuvo dieciocho años de edad, ya como maestro del taller, cuando su padre decidió confiarle el secreto que es la base de estos trabajos, el famoso temple de los Aragón, y que los ha llevado a rivalizar incluso con la producción de Toledo.

Al sentirse depositario de este secreto, se interesó por estudiar e investigar más acerca de las propiedades de los metales, las diferentes temperaturas que se deben manejar, las sustancias que deben emplearse... Desde ese momento se dedicó formalmente a aumentar sus conocimientos para lograr una mejor y más variada producción.

A la muerte de su padre en 1981, continuó como único responsable tanto del establecimiento como de la manufactura, ya que ninguno de sus tres hermanos tuvo interés en continuar la obra de su padre.

Don Guillermo Aragón Guzmán ha ampliado su industria fabricando diferentes tipos de cuchillos y tenedores. Los hay para degustar el pescado, el cuchillo mantequillero, el rebanador de pan y el mondador de fruta. Su interés fue dejar cubierta toda la cuchillería que se requiere para un servicio completo de mesa.

También inició la fabricación de sables para la práctica de las artes marciales, como el sable samurai o catana; los floretes de adiestramiento para esgrima y los estoques para las lidias de toros.

Su producción se amplió también con los cuchillos para lanzar en espectáculos y demostraciones de puntería, y las espadas flexibles que desaparecen en la boca de los fakires, y que sí son de acero, aunque más delgadas de lo usual.

Amante de la investigación, don Guillermo se aficiona a copiar de los libros diferentes tipos de cuchillos que se usaron en épocas remotas, como el cuchillo que utilizaron los cristeros y el cuchillo que se empleó durante la Revolución. Aunque ese tipo de armas se utilizaban para terminar con la vida de las personas, hoy se fabrican como piezas de colección u ornato.

Las empuñaduras de las piezas se tallan en cuerno de toro o en maderas tropicales, conservando el brillo natural, ya que estas maderas no permiten el paso del agua y tampoco se pican. También se fabrican finos puños de latón o aluminio, y se hacen, sobre pedido, reproducciones muy especiales con lujoso puño de plata sólida.

En cuanto a la decoración de las láminas, actualmente se graban al ácido ambas caras de la hoja, alternando paisajes, dos diferentes estilos de grecas, así como versos o refranes. Inicialmente las grecas que se usaron fueron las de Mitla. A partir del descubrimiento de Monte Albán en el año de 1932 se empezaron a usar grecas de forma triangular como las que se encuentran en la tumba número siete.

Un diseño que gusta mucho a los turistas es el que lleva de un lado de la hoja las grecas de Mitla y del otro lado las grecas de Monte Albán. Les agrada mucho tener el recuerdo perenne de estos dos bellos sitios arqueológicos grabados en una pieza de los Aragón.

Los versos son ejemplo del humor mexicano, cuyo origen proviene de la literatura picaresca española. Los hay también tradicionales que dicen:

*Lucharé si mi dueño lo reclama,
por su Dios, por su honor y por su dama.*

No me saques sin razón, ni me guardes sin honor.

Ni me presto ni me doy, sólo de mi dueño soy.

o picarescos como:

El amor es como el café, hay que tomarlo caliente.

Ábranse ya, gavilanes, que el águila real llegó.

El registro de la marca en las piezas elaboradas por los Aragón ha sufrido varias modificaciones. Al perfeccionarse el grabado con ácido en los años de don Austreberto Aragón García, se podía leer en sus cuchillos. "A. Aragón e Hijo". Durante el periodo de don Austreberto Aragón Maldonado se grababa en cada pieza: "A. Aragón e Hijos - J.P. García # 15, Oaxaca". Hoy con Guillermo Aragón Guzmán se lee: "G. Aragón. Oaxaca-México", y se registra la fecha de fabricación de la pieza y el modelo correspondiente.

Avalado el absoluto dominio del oficio, calidad y riqueza de la producción, los Aragón han obtenido además de premios internacionales, señaladas distinciones en las ciudades de León, Guanajuato (1923), Zacatecas, (1926), Hidalgo (1934), Tehuacán, Puebla (1961) y Tamaulipas (1961). Así también cuentan con ocho premios estatales obtenidos a partir del año de 1926 y hasta el año de 1965.

Las fundas que guardan esta fina armería oaxaqueña son fabricadas en tres diseños y materiales diferentes: la tradicional, de piel de vaqueta, cincelada a mano en los talleres de los Aragón, producto oaxaqueño que se adquiere en el añejo barrio de curtidores en Jalatlaco y

en los poblados de Ocotlán de Morelos, o en Ejutla de Crespo; la funda de piel con puntera y conterón de latón o cobre, en bella combinación con la piel de vaqueta, y finalmente la funda de madera, que se empezó a fabricar recientemente, al crecer el número de personas que practican las artes marciales, con diseño similar al que se usa para guardar el sable samurai. Esta funda se hace con dos hojas unidas o también en una sola pieza, vaciada con herramienta manual.

Los elegantes y finos estuches en los que se guardan los cubiertos y los diferentes servicios de mesa son creaciones de Guillermo Aragón Guzmán y se manufacturan en el propio taller. Consisten en cajas de madera forradas de piel de vaqueta en colores oscuros, cincelada a mano, con diferentes figuras, las cuales pueden representar ya sea el escudo guerrero de los mixtecos o Chimalli, o los dioses zapotecos Mictlantecuhtli, dios de la muerte; Xipetotec, dios de los joyeros; Tonatiuh, dios del viento; Xochipilli, dios de la fertilidad y de las flores. La figura seleccionada se combina con las tradicionales grecas que dan un toque de mayor elegancia al estuche, que se remata con un bello broche de seguridad elaborado en latón.

El trabajo se realiza en el taller establecido en el mismo domicilio de J.P. García número 503, con un total de 12 personas. Se capacita individualmente a cada empleado para una parte específica del trabajo de acuerdo con sus habilidades personales. Algunos se dedican a la elaboración del óvalo, guardamonte o gavilán, pieza que divide o separa a la hoja de la empuñadura. Entre todos se turnan para la forja del acero, por ser un trabajo que requiere de un gran esfuerzo físico, por el constante golpeteo con el marro. El temple del acero, secreto de la

familia Aragón, lo realiza únicamente Guillermo Aragón Guzmán. Actualmente los grabados al ácido los realiza el señor Aragón con otro de sus empleados.

La vasta producción que hoy en día nos ofrece la forja de los Aragón puede satisfacer muchos gustos y necesidades. Se fabrican treinta modelos diferentes de espadas y machetes, y una variedad de ochenta modelos en cuchillería.

*Mi charro de pelo lo hizo Colmenares,
Mi filo es templado por los Aragón.*

Así termina la segunda estrofa de la canción popular oaxaqueña "El Nito", con letra de Enrique Othón Díaz y música de Samuel Mondragón, y que sirviera para immortalizar a estos dos destacadísimos artesanos oaxaqueños. Guillermo Aragón conserva una copia de esta canción que le fuera obsequiada por Conchita Díaz, hermana del poeta autor de la letra.

Guillermo Aragón Guzmán trabaja largas jornadas, en "Casa Aragón", donde además del taller se encuentra su sala de ventas. En la pared de su pequeña oficina se puede admirar una fotografía antigua, de regular tamaño, que en la parte superior tiene un gran óvalo con la efigie de don Hermenegildo Aragón, y se lee la leyenda: "Único especialista en el temple del acero". En la parte inferior presenta la imagen de don Austreberto Aragón García, quien aparece rodeado por una vasta colección de sus armas. En este lugar se pueden admirar piezas que fueron elaboradas por remotas generaciones.

Don Guillermo atiende solícitamente a sus numerosos clientes. Al principio le sorprendía que muchos de los compradores del extranjero le pidieran que les autografiara las fundas de las armas.

Al igual que su padre, él siente gran orgullo por el trabajo que realiza, y su mayor satisfacción, lejos de ambicionar grandes ganancias, es poder complacer a los más exigentes clientes y coleccionistas.

Ya están tomadas las providencias para que en el caso de que Guillermo Aragón Guzmán llegara a desaparecer el “secreto familiar” no se pierda. A través de estas seis generaciones de artífices se han forjado los Aragón, al igual que sus armas, dando a la ciudad de Oaxaca el reconocimiento de sede de la armería mexicana, famosa internacionalmente por su temple.

EL NACIMIENTO DE LA TALLA EN MADERA EN SAN ANTONIO ARRAZOLA

El tallado de madera es una reserva interminable de creatividad en las manos de los artesanos oaxaqueños. Ésta es por ello una de las artesanías de nuestro estado que tienen mayor demanda en el extranjero, especialmente en los Estados Unidos.

Hoy en día hay aproximadamente doscientas familias dedicadas al tallado de madera, localizadas principalmente en tres poblados de los Valles Centrales: San Antonio Arrazola, La Unión Tejalapan y San Martín Tilcajete. En San Martín Tilcajete se esculpen en madera los surrealísticos alebrijes, nacidos hace años —entonces en papel maché— de la imaginación del gran cartonero Pedro Linares (†) en la Ciudad de México, y que no son, como equivocadamente suele pensarse, diseños originales de Oaxaca. Se cae también en el error de llamar *alebrije* a cualquiera de los diseños realmente oaxaqueños tallados en madera. El creador de los alebrijes distinguió con este nombre, también inventado por él, a las fantásticas figuras que además de colores vibrantes y diseños de bestias alucinantes, cuentan con alas y una lengua larga que sale de la boca abierta. Estas figuras reflejan con claridad el tema de la dualidad tan común en nuestra cultura mexicana: nos hablan de la belleza y de la fealdad, del horror y del humorismo.

En San Antonio Arrazola, municipio de Xoxocotlán, —nombre que viene desde la época colonial, al haber sido el primer dueño de la antigua hacienda del lugar un caballero de apellido Arrazola—, encontramos al pionero de la escultura de madera, don Manuel Jiménez, en cuyas mag-

níficas manos tomó vida esta artesanía. Es conveniente destacar que, confirmando el refrán que dice que nadie es profeta en su propia tierra, es desconocida por muchos oaxaqueños su destacada labor cultural y artística, y por ello se consideró importante dedicarle estas líneas, aunque fuera en forma modesta.

Llegó a vivir a San Antonio Arrazola siendo aún un niño de pecho, en compañía de sus padres, Jesús Jiménez, de origen mixteco, e Isabel Ramírez Láscaris, zapoteca. Su infancia transcurrió en este poblado cercano a la zona arqueológica de Monte Albán, en una comunidad agraria del Valle de Oaxaca. En este lugar aún se pueden ver los vestigios de la gran hacienda y trapiche productor de aguardiente, azúcar y panela que existió antes de la Revolución. Esa hacienda perteneció a la distinguida familia de apellido Larrañaga y la administró por muchos años don Avelino Larrazábal, quien por haberse dedicado posteriormente al comercio fue muy conocido y estimado en la ciudad de Oaxaca.

Una fuente obvia de inspiración fue para Jiménez, crecer rodeado de monumentos históricos, de la naturaleza, ver diariamente los bueyes jalando el arado para sembrar la tierra y la gran variedad de animales que hay en el valle. Correr por los montes y veredas descalzo y casi vestido de harapos. Cortar hierbas y cazar chapulines. Toda esta herencia cultural dejó una profunda huella en su vida y carácter, en su extraordinaria creatividad y arte, presentes en sus esculturas de madera.

Manuel creció en circunstancias de extrema pobreza. Su padre era sordo y siendo ya ambos de avanzada edad frecuentemente estaban enfermos. Ellos trabajaban en el trapiche del lugar, donde otros hombres, mujeres y niños que también llegaban de otros poblados

desarrollaban arduas faenas como peones, desde el amanecer hasta el anochecer.

A los ocho años, su padre le solicitó ayuda para el sostenimiento del hogar. Se inició cuidando ganado en el campo, trabajo que era dado a muchos niños campesinos, con sueldo de doce centavos por día. Recuerda que le causaba gran alegría tener a su cuidado borregos, chivos, burros, etc. Por ratos se sentaba a descansar, tiempo que aprovechaba para sacar barro de un arroyito cercano, lo amasaba y le daba forma de pequeños animalitos, que una vez terminados participaron en sus juegos. Así, sin percibirlo, a esa pequeña edad empezó a desarrollar su maravilloso arte.

Aprendió a leer y escribir en forma autodidacta, pues no tuvo oportunidad alguna de asistir a la escuela. En el transcurso de los años llegó a ser cortador de caña, albañil, director de banda de música, peluquero, sacristán de la iglesia del pueblo, donde el sacerdote encargado del templo le prodigó comida y abrigo y una sólida formación espiritual. Más tarde se inició como comerciante abriendo una tienda de abarrotes.

Por tres años fue vigilante en la zona arqueológica de Monte Albán, durante la época de las exploraciones dirigidas por el eminente Alfonso Caso. En ese tiempo le gustaba tallar máscaras, las cuales vendía en ese lugar. Pero abandonó esta actividad después de un año, al sentir que no era ésa la clase de trabajo que quería realizar. En cada escalón de ésta su personal odisea aprendió algo nuevo y tuvo oportunidad de irse descubriendo a sí mismo.

Desde su niñez Manuel Jiménez contó con una fuerte influencia religiosa, que le ha dado un sentido especial de su persona, como un hombre con predestinada vocación. Él dice que la vocación le llegó de dos formas:

“la de artista y la de curandero”. Siente que su historia es hasta cierto punto sagrada. Ha llegado a pensar que no es como cualquier persona, que es un artista con un don especialísimo que Dios le permitió desarrollar, dotándolo de iniciativa e inteligencia y concediéndole además su bendición para lograr el éxito.

Él asegura que pocos han soportado lo que él vivió y sufrió durante ciertas etapas de su vida, pero que finalmente pudo vencer la miseria y lograr lo que consideró era el motivo de su existencia. Antes de empezar a tallar sus primeras esculturas, tuvo un sueño profético: soñó que estaba debajo de un árbol muy grande, allí se le acercaban muchas personas para conocerlo y saludarlo. Hubo un hombre que especialmente le dijo: “Tus manos y tu mente harán labor para tu pueblo. Te morirás viejo y serás respetado. Trabajarás y alcanzarás celebridad en tu trabajo”.

En los años cuarentas, mientras esto llegaba, siendo un anónimo tallador de esculturas, empezó a venderlas en hogares oaxaqueños a diez centavos cada una. (No tenía alternativa, debido a que en esa época Oaxaca no contaba con el turismo ni existían tiendas para venta de artesanías.) Posteriormente, entregó el producto de su trabajo a la Casa Audiffred, que como intermediaria se encargaba de venderlas. Al no tener mercado en esta ciudad, aprovechó la oportunidad de distribuir las durante tres años en la Ciudad de México, a través de museos de artes populares y gracias al apoyo que le brindó el doctor Daniel Rubín de la Borbolla, con quien había hecho amistad siendo vigilante en la zona arqueológica de Monte Albán.

Es hasta 1957 cuando Manuel Jiménez es “descubierto” en San Antonio Arrazola, por un norteamerico-

cano que residía en Oaxaca, el señor Arthur Train, ya fallecido, quien por varios años dirigió su carrera siempre en línea ascendente. Arthur Train decía que “la individualidad de Jiménez era enorme”; que en los años que tenía de estar involucrado en el negocio de artesanías, había encontrado a muy pocas personas como Manuel Jiménez, capaces de expresar realmente algo de ellos mismos como individuos por medio de su trabajo.

En el año de 1978, lleno de caros y legítimos sueños, pero con los bolsillos vacíos, Manuel se vio en la necesidad de emigrar con el fin de que su trabajo fuese conocido y alcanzara reconocimiento. Decidió ir a estudiar por un año a la ciudad de Los Ángeles, California, con el fin de prepararse para concursar con artistas de otros países en la Fiesta de la Raza que tendría lugar en esa ciudad. Obtuvo el primer lugar y el reconocimiento de “Gran Maestro Internacional”, testimonio que conserva con especial cariño pues fue el parteaguas en su trayectoria artística.

En el año 1979 se reintegró a Arrazola, para radicar definitivamente en lo que había sido el centro de su vida. Regresó provisto de buena cantidad de pedidos para exportar sus esculturas a los Estados Unidos.

Al ser pionero —desde el año 1945— de la tradición y el estilo que predomina en la fabricación de esculturas de madera, abrió caminos insospechados para los habitantes de San Antonio Arrazola. Durante muchos años Jiménez fue el único que hacía estas figuras. Más tarde, gracias al éxito artístico y comercial de sus piezas, estableció el mercado nacional e internacional para muchos de los talladores del lugar, quienes siguiendo su iniciativa, aunque sin alcanzar el grado de perfección de sus trabajos, han recibido la oportunidad de estimular su habili-

dad manual y su creatividad, mejorando ciertamente la economía familiar.

A pesar de que los escultores de madera oaxaqueños han tallado juguetes y máscaras para fiestas religiosas durante siglos, fue Manuel Jiménez quien llevó más lejos esta tradición popular. Le dio a sus esculturas un mayor tamaño, unido a una extraordinaria calidad en su ejecución, elaborando ambiciosos y múltiples modelos que le dieron un lugar sobresaliente a esta artesanía. Este camino no fue fácil, ya que por largos años fue uno de los campesinos más pobres de su pueblo.

La totalidad de su producción es tallada a mano y está destinada a usos decorativos. La manera de elaborar las múltiples figuras es casi la misma de los antiguos, aunque como ya se ha dicho él las ha llevado a la perfección en el tallado y pulido fino, y su producción aunque limitada, se mantiene a un ritmo constante.

En este arte popular, la materia prima es la madera de copalillo, descubierta por don Manuel después de haber experimentado con otras muchas. Para trabajos sencillos usa el copalillo y el tzompantle, por ser ambas maderas suaves y blancas; y para trabajos especiales usa el cedro blanco o el palo de águila. Los árboles de copalillo crecen en las sierras de Mitla, Etila y San Pablo Cuatro Venados, más o menos a veinte kilómetros de San Antonio Arrazola. Años atrás Manuel Jiménez realizaba con sus hijos Angélico e Isaías la recolección de la madera. Actualmente cuentan con diversos proveedores que les entregan el material en su domicilio. Estos viajes son largos y cansados, además de frecuentes, debido a que la madera sólo puede ser tallada cuando está verde.

La madera se "pela" y se trabaja cuando está verde y húmeda, para que no se raje ni se astille al tallarla.

CENTRO DE INFORMACION

La herramienta consiste en un filoso machete para el corte de la madera, el trazo y la horma de la figura; un juego de euchillos bien afilados, gurbia, escoplos o formones y barbiquí, para el tallado, y lijas para el terminado fino; así como clavos y martillo para la unión de las partes.

Una vez construidas, las figuras se dejan secar durante varios días, para evitar que se partan o se rajen, y se "curan" para que no se piquen. Las piezas hechas en madera de cedro blanco no se pintan, quedan con su color natural. Las realizadas en maderas sencillas, como el copalillo o el tzompante, que podrían partirse si se quedaran al natural, son pintadas actualmente con pintura acrílica y pincel. Años atrás don Manuel utilizaba colorantes naturales que obtenía de las cortezas de los árboles y de la tierra, o anilinas en polvo. Le gustaba además confeccionar sus propios pinceles con ixtle y bambú.

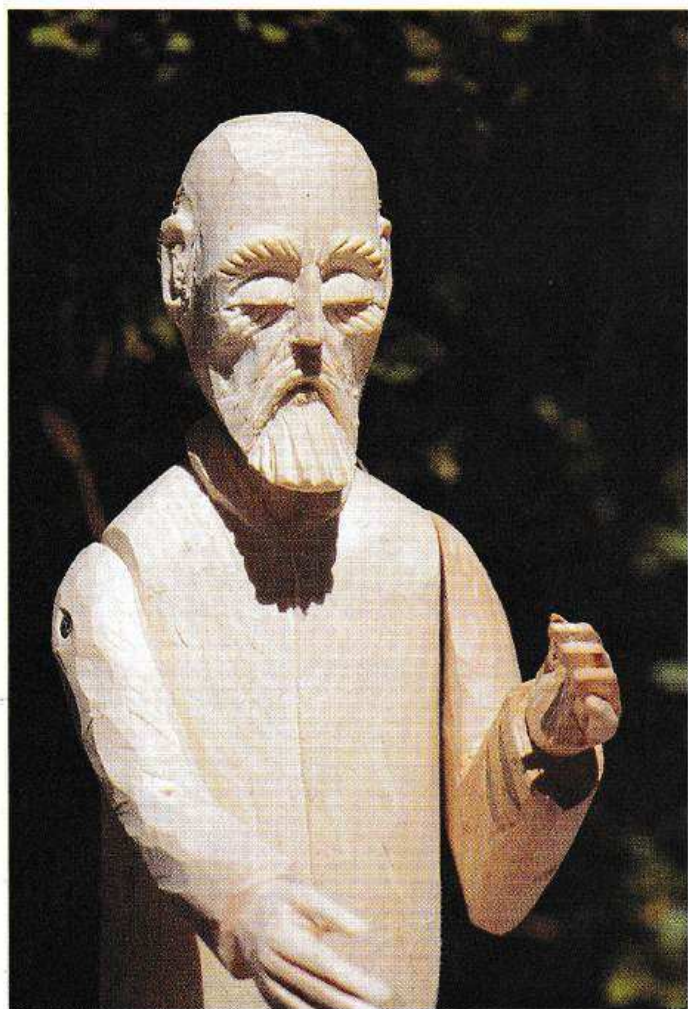
El tiempo para la elaboración y terminado de cada pieza es variable. Puede tomar desde unos días hasta una semana, dependiendo de la complejidad de la pieza y la laboriosidad que requieran su tallado, terminado fino, curado y decorado con pintura. Al iniciar el coloreado de las figuras de animales que tanto llama la atención, el diseño del decorado no está previamente trazado, sino que hasta el momento de realizarlo el artista deja volar su imaginación, logrando el necesario dominio de la proporción para ajustar los dibujos al espacio que debe cubrir. En las figuras humanas se respeta el color carne para todo el cuerpo y así también los colores tradicionales correspondientes a cada prenda de vestir.

En la mayoría de las familias que se dedican a este arte popular, la distribución del trabajo es la siguiente: el padre y los hijos se encargan del tallado de la madera y

del pulido fino, que requiere cierto esfuerzo físico; la madre y las hijas se encargan de pintar las piezas, dándole cada una su sello personal. La familia Jiménez Hernández rompe este esquema, ya que únicamente don Manuel y sus hijos Angélico e Isafas realizan tanto el tallado y el pulido como el decorado de las piezas, dando como resultado un producto único e inconfundible. Sus piezas son muy variadas en sus formas, originalidad y tamaños, por lo que han sido dignas de ser expuestas y admiradas por su impecable presentación en museos de los Estados Unidos, Japón, Australia e Israel, dando fama a la vez al pequeño poblado de San Antonio Arrazola, Xoxocotlán, Oaxaca.

El arte de los Jiménez no tiene fin, vuelcan su fantasía creadora en hermosas carretas tiradas por bueyes, figuras de animales que toman la forma de grandes nahuales, jaguares, leones, tigres..., hechos con gran fantasía y libertad. Mención especial merecen sus esculturas de figuras humanas, personajes bíblicos o históricos, famosas por la expresión que logran en los rostros. Entre ellas destacan los nacimientos completos, de quince piezas, representadas muy formalmente; el bautismo de Jesús en el Jordán por San Juan Bautista; la figura de Emiliano Zapata; los famosos galleros con brazos móviles y sombrero de charro, y los correspondientes gallos de pelea...

La escuela de Manuel Jiménez ha dejado huella en varios rincones de nuestra entidad, entre ellos en el poblado de San Martín Tilcajete, Ocotlán, en donde hace muchos años presentó diversas exposiciones, con el apoyo y entusiasmo de Tonatiuh Gutiérrez, entonces director nacional de FONART, y de la señora María Teresa Pomar, considerados ambos entre los principales concedores de arte popular en el país. Estas exposiciones motivaron el



Don Quijote tallado en madera de cedro blanco.

Página siguiente

(Arriba) Don Manuel en plena creación.

(Abajo) León policromado tallado en madera de copalillo.



surgimiento de otros talladores de madera en San Antonio Arrazola, así como la reproducción de algunos de sus trabajos. Ha surgido además una nueva variedad de diseños propios de San Martín Tilcajete, que han permitido conocer a nuevos artesanos, quienes ocupan actualmente un sitio destacado por la calidad de sus trabajos.

Desde otra perspectiva, podemos decir que, vencidas las dificultades, la prosperidad habita en el hogar de don Manuel Jiménez, situado en la calle de Álvaro Obregón número 1, en San Antonio Arrazola, municipio de Xoxocotlán, Oaxaca. A la edad de setenta y ocho años, goza de cabal salud y vive felizmente casado con doña Viviana Hernández Aguilar, en una casa amplia y confortable. Motivo de orgullo son para ellos sus hijos e hijas, que en número total de cinco son herederos y amantes de la tradición iniciada por don Manuel. Angélico e Isaías, trabajan siempre con él, y son depositarios de toda su experiencia. Alejandro, Lorena y Cirenía lo hacen en sus propios hogares.

El trabajo de Manuel Jiménez lo señala como el más valioso exponente de esta artesanía, que ya es un elemento inconfundible de nuestra cultura. Tiene sus raíces más profundas en el pasado y sobrevive por el espíritu conservador del artesano que, al desarrollar su sentido artístico, hace sus propias aportaciones en forma natural y espontánea, transmitiendo su saber y hacer a otras generaciones. De esta manera se crean las expresiones materiales y tradicionales de la cultura de nuestro pueblo, que además de conformar nuestro patrimonio artístico son una considerable fuente de ingresos para las personas vinculadas con esta actividad.



EL BARRO POLICROMADO DE SANTA MARÍA ATZOMPA

Oaxaca, uno de los estados más ricos en artesanías populares, está densamente poblado por comunidades indígenas y centros mestizos en los que aún persisten las tradiciones culturales prehispánicas o coloniales, mismas que se pueden apreciar en su variada y bella alfarería, la que en nuestros días ha llegado a ocupar un importante renglón en la exportación tanto al resto del país como al extranjero.

Entre los principales centros productores que gozan de bien ganada fama alfarera se encuentra Santa María Atzompa, población ubicada a ocho kilómetros de la ciudad de Oaxaca. Su alfarería tradicional la encontramos en abundancia en los mercados locales, y es fácil reconocerla por su característico vidriado de tonalidades verde esmeralda.

Actualmente la artesana más destacada en este lugar es doña Dolores Porras, quien ha dejado para la posteridad su nueva y peculiar cerámica en color natural, vidriada y decorada con motivos policromados.

Nace esta mujer de imaginación ilimitada el 30 de marzo de 1937, en Santa María Atzompa, Oaxaca, en el hogar de sus padres Pedro Porras Juárez y Natividad Enríquez Monteleón, ambos originarios de Atzompa y de oficio alfareros.

Dolores pasó sus primeros años al lado de su padre y su abuela materna, Petrona Monteleón. Creció en un ambiente de pobreza, el cual contribuyó, además de su sexo, a que su familia no se preocupara por enviarla a la escuela. A la fecha lo único que sabe escribir es su nombre.

Dolores Porras se inició en la alfarería a los trece años de edad, al lado de su padre, su madre adoptiva y su abuela materna. Su producción principal consistía en ollas, cazuelas, jarros, comales, apaxtles, cajetes, etcétera, artículos útiles en el hogar y conocidos como "loza de trabajo", destinados al consumo local.

A pesar del uso doméstico al que se destinaban estos artículos, la familia Porras también fabricaba juguetes y miniaturas en vidriado verde que representaban a los músicos de pueblo, o los típicos venados huecos, con la cabeza vidriada y el cuerpo estriado que hasta la fecha se acostumbra sembrar con semillas de chíá para decorar los altares oaxaqueños del viernes de Dolores, durante las celebraciones de Semana Santa.

Al llegar a los diecisiete años de edad, Dolores se casó con Alfredo Regino Ramírez, quien hasta entonces se inició en el oficio de alfarero. Ambos decidieron trabajar esta artesanía por su cuenta y en su domicilio, lo que continuaron haciendo por un periodo de aproximadamente cuatro años.

Por necesidad económica Dolores se vio forzada a prestar sus servicios en distintos talleres, con su hermano y sus tíos, que también se dedicaban a la alfarería, desarrollando así mayor experiencia y habilidad manual.

A los veintiún años de edad llegó a trabajar al taller de Teodora Blanco Núñez, considerada la primera alfarera oaxaqueña. Creadora de las típicas "monas" o "muñecas" cuyos vestidos ricamente decorados con barro dan la apariencia de una tela de encaje, Teodora fue la que le dio auge a todo un estilo, trabajando la alfarería siempre en color natural y decorándola con "pastillaje" o bordado aplicado en flores, hojas, uvas y guirnaldas.

Dolores recuerda que en un cuarto de la casa de esta gran artesana, fuera de la vista de visitantes, elaboraba ella sola "monas" de diferentes tamaños (desde unos 20 cm de alto hasta 1.25 m), encargándose posteriormente la gran Teodora de la complicada decoración con pastillaje. Dolores permaneció al lado de esta excepcional mujer hasta su fallecimiento, que tuvo lugar el 23 de diciembre de 1980.

A causa de este suceso, regresó a su hogar a trabajar en la fabricación de macetas de barro en color natural, decoradas con tortugas, iguanas, víboras, pescados y rostros humanos.

Un día normal de labores Dolores recibió la visita de una antigua clienta, la señora Layita Chapa de Gutiérrez, procedente de la ciudad de Monterrey, quien siendo una gran admiradora de su trabajo le sugirió darle color al barro, para lo cual le obsequió un juego de pinturas para cerámica. Ella escuchó agradecida la novedosa sugerencia, pero la idea no despertó su interés en ese momento.

En cierta ocasión acudió a visitarla el pintor Roberto Donís, quien le hizo un pedido de veinte macetas decoradas con motivos de animales. De acuerdo con las instrucciones, Dolores y su esposo pasaron a cobrar el importe del pedido al Taller de Artes Plásticas Rufino Tamayo, en donde a su llegada fueron atendidos muy gentilmente por el pintor Atanasio García Tapia, quien en ausencia del señor Donís los invitó a recorrer el taller y admirar las pinturas que estaban en exhibición. Al contemplar ese mosaico de formas, colores y tonalidades, nació en el esposo de Dolores el fuerte deseo de animarla a pintar el barro para darle mayor belleza y expresión artística. Al salir del taller, obsesionado por la idea, trató de convencerla, pero por el momento no dio resultado.

Fue hasta el año de 1984 cuando ella decidió poner en práctica una nueva técnica, al recibir una generosa dotación de pinturas de parte de la señora Chapa de Gutiérrez. El punto de partida fue el decorar pequeñas esferas en relieve, con rostros de personas, realizadas con barro pintado únicamente en color rojo.

Profundamente emocionada, relata la difícil etapa que como artesana innovadora vivió al tratar de vender su nuevo producto. Visitó sin éxito la tienda de FONART y las tiendas de artesanías que existían en la ciudad. Después de cierto tiempo, sin dinero y desconsolada por la falta de aceptación a su nuevo trabajo, se dirigió en un último intento a las oficinas y tiendas de ARIPO, en donde el entonces director Enrique Audiffred Bustamante, gran conocedor de las artesanías del estado de Oaxaca, la escuchó pacientemente y anotó su nombre y dirección. Interesado en la obra, le compró solamente una pieza en la cantidad de 15 viejos pesos, que como dice ella, en ese tiempo era mucho dinero, y le prometió mostrarla al director de Museos y Artes Populares en la Ciudad de México, para conocer su opinión.

Y como también en el arte existe la buena suerte, habiendo obtenido la aprobación correspondiente, le hizo un pedido de seis esferas con caritas en relieve, en barro rojo, con busto femenino y cola de pescado. Su producción, que entonces no era muy abundante, fue entregada en su totalidad a ARIPO.

Dolores guarda desde entonces un profundo agradecimiento y respeto hacia Enrique Audiffred Bustamante, quien supo valorar antes que nadie su creatividad y la alentó a continuar en este nuevo camino, brindándole su colaboración para abrir el mercado a su nuevo producto. Así, Dolores empezó a vivir tiempos mejores. A su casa

llegaban personas enviadas por personal de la tienda de ARIPO que querían conocerla y ordenar sus pedidos. Asimismo, recibió un gran apoyo para la venta de su nueva producción de parte de la señora Chapa de Gutiérrez, fiel admiradora de sus piezas, quien sugería a las personas que visitaban Oaxaca procedentes de Monterrey que acudieran a conocer a Dolores. Gracias a los frecuentes pedidos de esta clientela foránea, su economía mejoró considerablemente.

La manufactura de esta cerámica es completamente primitiva y en su totalidad modelada a mano. Dos clases de barro son necesarias para su fabricación: el barro negro, surtido a domicilio por los proveedores desde San Lorenzo Cacaotepec, Etla, Oaxaca, y el barro blanco que se consigue en los terrenos de Santa María Atzompa.

El barro negro llega húmedo y se “tiende” sobre petates para su secado. Ya seco se pone a remojar en unas tinas llenas de agua, y allí permanece hasta el momento en que se amasa con el barro blanco. El barro blanco se pone a secar y se apalea con “golpeadores” hasta convertirlo en polvo, el cual se cuele a través de una tela para obtener el polvo que se mezcla con el barro negro. Si llegara a quedar en el polvo una pequeña piedrita, ésta reventaría durante la quema en el horno y la pieza quedaría defectuosa.

Cuando se ha homogeneizado perfectamente la mezcla, el barro está listo para la elaboración de cualquier tipo de piezas. Se toman pequeños trozos, los cuales se “tortean” y se van colocando uno a uno sobre el “volteador”. La labor del modelado a mano se inicia con la base del objeto que se vaya a realizar. Después, poco a poco y únicamente a los lados, se van colocando trozos de barro en forma de pequeñas “manos” de metate lla-

madas "longas", las cuales se van uniendo con rapidez y gran habilidad, presionando con los dedos, para ir aumentando la altura, hasta lograr el tamaño deseado, que a veces llega a ser descomunal, como el de algunas ollas, jarrones y macetas.

Con pedazos de jícara llamados "cucharas" se forma la parte abultada de la olla, tabor o platón, y se deja orear por espacio de hora y media. Con la misma cuchara se hace el alisado por la parte exterior. Se usa además un pedazo de sombrero de lana para pulir la "oreja" o boca de la pieza, dejándola orear nuevamente por espacio de una hora.

Éste es el momento de decorarla con pastillaje para hacer las figuras de animales o motivos florales en relieve; realizar el "rayado" con flores o el estriado con pastillaje en forma de listones colocados diagonalmente.

Las piezas se pulen con ayuda de un raspador metálico y después, con una piedra fina llamada alisador, se pulen sus asientos, dejándolas secar por un lapso de ocho días para que puedan ser cocidas o "quemadas".

Antes de la "primera cocida" todas las piezas reciben un baño de barniz caulín, para lograr que resalten los colores que posteriormente les serán aplicados. Asimismo, es necesario tenderlas al sol para que entren calientes al proceso de cocimiento.

El horno se encuentra al exterior, está construido de adobe y ladrillo y se calienta con leña. Las piezas se colocan en su interior sobre tres arcos de ladrillo y se cubren con comales de barro o tepalcates, para que el procedimiento de la quema se desarrolle a alta temperatura.

La "primera cocida" se hace a una temperatura aproximada de 900° C por un periodo de tres horas y media, después del cual deben ser extraídas del horno.



Mona de barro en color natural, con pastillaje o bordado.

Página siguiente

(Arriba) Dolores Porras tomando el barro para decorar.

(Abajo) Detalle de olla calada con grecas de colores.



El decorado con pintura al pincel, en variados colores, se inicia hasta que las piezas estén a temperatura ambiente. Todos los miembros de la familia se dedican a este laborioso trabajo: Dolores, su esposo Alfredo y sus hijos Noberto, Bertín, Rolando y Leticia, al igual que su nuera Rosa García.

Las pinturas son adquiridas en Santa Fe, Nuevo México, en donde también se surte el “polvo de vidrio”, preparado especialmente para mezclarlo con agua en el momento oportuno. Con la ayuda de una jícara se bañan las piezas con esta mezcla, antes de efectuar la “segunda cocida”.

Ésta tiene una duración de cuatro horas, a temperatura aproximada de 1 200° C. Una vez que las piezas “refinaron” —cuando se ven claramente los colores que fueron aplicados— y aunque el horno siga caliente, se sacan con ayuda de los ganchos —palos de madera que tienen un gancho de fierro en un extremo—, dejándolas enfriar al exterior hasta que estén a temperatura ambiente. Finalmente se ha cerrado el círculo después de un largo proceso de aproximadamente veinte días y ha llegado el momento de compartirlas y ponerlas a la venta.

La producción de Dolores es actualmente más evolucionada en cuanto a formas y patrones decorativos, siendo no sólo utilitaria, sino también, y sobre todo, ornamental. Ella rompió los moldes tradicionales, por lo que en sus obras habla el barro con la voz que su imaginación y destreza han sabido darle.

Una variedad de formas, dimensiones y diseños decorativos salen de sus hábiles manos: nacimientos, ánforas y jarrones, macetones y macetas de barro policromado o en color natural, decoradas con pastillaje, combinando diseños florales con animales en miniatura; es-

feras para adornar jardines, decoradas con rostros humanos o figuras de animales; platos de diversas formas y tamaños, platonos, cazuelas, jaboneras, salseras, candelabros, cruces, ángeles, marcos para fotografías, bases para lámparas, servilleteros y medias ollas para la decoración de muros.

Toda esta producción tan diversificada cuenta a su vez con un decorado cuya variedad de dibujos parece no agotarse nunca, ya sean motivos florales, de alcatraces, rositas, margaritas, girasoles, tulipanes o nochebuenas, como también tortugas, iguanas, víboras y pescados. Estos animales los ha usado Dolores desde el inicio de sus trabajos, sin otra razón especial que el considerarlos sus favoritos.

Sus obras engalanan el decorado de cuartos, patios y salones de conocidos hoteles de la ciudad de Oaxaca: Camino Real, Victoria, Gala, Parador Plaza y Las Golondrinas. Las encontramos a la venta en las tiendas de ARIPO, Artesanías Chimalli, Mina's Bazar y Artesanías Taly.

Ha quedado grabado en la mente de Dolores el nombre de un antiguo cliente, don Héctor Perea Mendoza, ya fallecido, a cuya iniciativa se debió el que personalmente se encargara de electrificar jarrones y ánforas de distintos tamaños y formas para convertirlos en bellas lámparas que se vendieron en el establecimiento comercial del mismo Perea Mendoza y de su esposa Minita Fernández Pichardo.

Desde 1989, por invitación del señor Darby McQuade, presidente de Jackalope Folk Art en Santa Fe, Nuevo México, Dolores y Alfredo asisten en intercambio cultural durante el verano para demostrar sus habilidades artesanales, teniendo a la vez la oportunidad de alternar con destacados artistas de todo el país.

Para poder realizar su trabajo en la forma tradicional, el esposo de Dolores construyó un horno de ladrillo y adobe, para el cocido de las piezas en el jardín de esa organización.

Fuera de nuestras fronteras ha realizado exposiciones artesanales en las ciudades de Albuquerque, en Nuevo México, y San Antonio y Brownsville, en Texas. En nuestro país ha obtenido algunos reconocimientos pero no ha llegado a ocupar el sitio que corresponde a su categoría y al sentido altamente innovador y creativo de sus obras.

Dolores Porras Enríquez es la artesana que dio vida a la cerámica de color natural “vidriada” y decorada con motivos policromados, que se produce en Santa María Atzompa. Cerámica conocida y apreciada por su calidad e indiscutible belleza en múltiples lugares de nuestro país y del extranjero.

Este mérito, que para muchas personas es desconocido, lo traemos al presente mediante estas líneas para acortar distancias y poder reconocer en las obras a su autora y darle el justo valor que las distingue, por su legado de creatividad, arte y sensibilidad.

El tiempo no ha pasado en vano, ya que su nueva técnica cuenta con un gran número de seguidores en su poblado natal, quienes alentados por las crecientes corrientes turísticas han copiado sus formas y patrones decorativos, mejorando con ello su propia economía y la de su comunidad. Con toda justicia hay que señalar que no han podido igualar la calidad de los trabajos de Dolores, que no obstante las penurias y los desplomes del mercado, se ha sostenido ininterrumpidamente.

Y como el noble ejercicio de la artesanía se ha venido cultivando por tradición familiar, sus herederas di-

rectas son sus hijas casadas: Irma, Aurelia, Francisca, Matea y Petrona, destacando por su asombrosa disposición las tres primeras, quienes realizan trabajos de excelente calidad.

Dolores Porras es una mujer sencilla y modesta, lleva canas que da la experiencia, y tiene aún la piel firme y la mirada viva. Trabaja jornadas completas en su domicilio ubicado en Hidalgo número 502. Desde muy temprano, al despuntar el día, se le puede encontrar en el taller de su casa, dando forma y vida a sus innumerables vasijas en las que pone su talento e inspiración, sabiendo que por ser de barro también pueden llegar a romperse.

LA HOJALATERÍA ARTÍSTICA DE OAXACA

Tan populares y tan hermosos como los trabajos de cerámica son los artículos de hojalata que se fabrican en Oaxaca con el antiguo sistema de soldadura de estaño y con la elaboración de las piezas a cincel y a mano.

Un digno representante de este arte lo encontramos en Aarón Foster Velasco Pacheco, perteneciente a la cuarta generación de una familia dedicada al artístico trabajo de la hojalatería. Nació el primero de julio de 1939, en el barrio de Xochimilco, sitio tranquilo, muy popular por el gran realce que le da a las festividades de Semana Santa, por el acueducto que data del siglo XVIII y por sus famosos talleres textiles.

Aarón relata que su bisabuelo y su abuelo materno, don Marcial Pacheco y don Juan Pacheco, se dedicaron a la fabricación de artículos utilitarios de hoja de lata. Desde entonces, golpe a golpe, el metal iba adquiriendo bajo sus ojos una forma determinada para convertirse en infinidad de objetos útiles y medidas para diferentes usos: candeleros y mecheros; cazos para la destilación del mezcal, tinas, regaderas de mano, garrafas para cuajar la nieve y moldes para la congelación de los canutos nevados; tinacos, braseros o anafres, botes lecheros, embudos y medidas para líquidos y granos.

A principio de siglo estos objetos se hacían con lámina de fierro y flejes, y muchos años después comenzaron a elaborarse con lámina de hojalata y lámina galvanizada. Con estos materiales se logró prolongar la existencia de los objetos, retardando la oxidación.

Posteriormente, con la producción en serie de estos mismos artículos, la industria colocó a los artesanos en desventaja, al poder ofrecerlos al consumidor a precios más económicos. Como consecuencia de esta invasión comercial los artesanos empezaron a elaborar objetos de hojalata en los que desarrollaron su sentido creativo y estético muy significativamente. Entre éstos tenemos los relativos al culto religioso, como los hermosos faroles, y muchos otros artículos producto de su habilidad, así como los trabajos especiales que se realizaban con los delicados relicarios centrales, generalmente de forma oval, de artísticos contornos, guarnecidos totalmente de figuras de plata (usados para colocar las imágenes de los grandes estandartes de terciopelo azul o rojo que representan a la cofradía de cada templo).

En los templos de Tlalixtac de Cabrera, Los Siete Príncipes, Nuestra Señora de la Merced y en el Templo Parroquial de Santo Tomás Xochimilco podemos encontrar valiosos ejemplos de este arte, un relicario de mesa y cuatro grandísimos faroles, fabricados por don Juan Pacheco, abuelo de Aarón, faroles que se usan todavía para la procesión del Viernes Santo. Otros trabajos especiales en el arte religioso eran las coronas de la Virgen María en sus diversas advocaciones, veneradas en diferentes templos de la ciudad.

Asimismo, se fabricaron ingeniosos juguetes para los niños, como las sonajas, los rodadores, los trompos, las matracas y por último los silbatos que se usan en las posadas. La madre de Aarón, doña Serafina Pacheco, quien tiene en esto una larga e importante trayectoria, pertenece a la tercera generación de esta familia de artesanos. Es hija de don Juan Pacheco y doña María Soriano quienes también se desempeñaron como hojalateros.

Serafina a la edad de diecinueve años se casó con el señor José Velasco de oficio panadero. A los dos años de su matrimonio decidieron abandonar la fabricación y venta del pan y dedicarse formalmente a la hojalatería. Serafina inició su producción con los diseños tradicionales que había aprendido con su padre y con su abuelo, y poco a poco fue creando su gran universo con sus propios diseños.

Serafina se dedicó a asistir, en compañía de su esposo y posteriormente de sus cuatro hijos: Aarón, Herlinda, Ofelia y Esperanza, a visitar las concurridas ferias religiosas en la Villa de Etla, Tlacolula, Ocotlán, San Miguel Peras y Juquila, para vender sus productos.

Persona muy creativa y también muy religiosa, decidió ponerle cristal y marco de hojalata a las estampitas con imágenes que compraba en las ferias de los pueblos. A la más pequeña, llamada "cajillo" (de sólo 4 milímetros de altura) además del marco y el vidrio, le colocaba un hilo para que las personas pudieran colgársela en el cuello. Fabricó también los "cuadros de cajita", con un marco de carrizo decorado con florecitas de hojalata en brillantes colores. Serafina fue la creadora de los artísticos nichos o retablos tan apreciados por los indígenas para guardar la imagen de su devoción, realizando verdaderos primores con el cincel y dándoles un aspecto muy elaborado.

Durante muchos años Serafina entregó para su venta en el Mercado Benito Juárez Maza los juguetes fabricados en hojalata que hoy prácticamente están olvidados. Los *fifts*, que hoy vendrían a ser los yoyos, los tradicionales trompos, sonajas, matracas, silbatos, los variados rodadores y las mecedoras en forma de caballito, elefante o venado. Doña Serafina observa con tristeza que al correr del tiempo nuestros niños ya no juegan con

figuras de hojalata. La invasión del plástico y los juguetes importados —algunos de muy mala calidad— han desplazado del mercado una gran variedad de juguetes tradicionales.

El matrimonio Velasco Pacheco decidió con el tiempo darle un nuevo giro a su producción y empezaron a hacer objetos ornamentales. Entre esos nuevos diseños nacieron las figuras de mariposas, peces y aves, que podían colgarse sobre las paredes o convertirse en móviles; las esferas, las jaulas con pájaros, los faroles, los alhajeros con formas geométricas. Hicieron también las famosas bandas musicales, formadas por doce personajes diferentes hechos de hojalata soldada y pintados con colores brillantes.

A pedido del señor Ernesto Cervantes, entonces propietario de una reconocida tienda de artesanías ubicada en la primera calle de Porfirio Díaz en la ciudad de Oaxaca, Serafina y Juan diseñaron un árbol de la vida, con su base, para darle uso de centro de mesa, y le agregaron más tarde unos pequeños receptáculos para transformarlo en candelabro.

Este matrimonio también dio vida a los bonitos gallos de pelea, al representativo danzante de la pluma y a los diversos y coloridos adornos para la decoración de los árboles navideños. Serafina creó los marcos ondulados y calados con pequeñas flores que sólo ella trabaja, de los cuales conserva en su hogar dos únicos modelos, y los marcos repujados para espejos con dibujos artísticos más comerciales, que son los que encontramos en varios establecimientos.

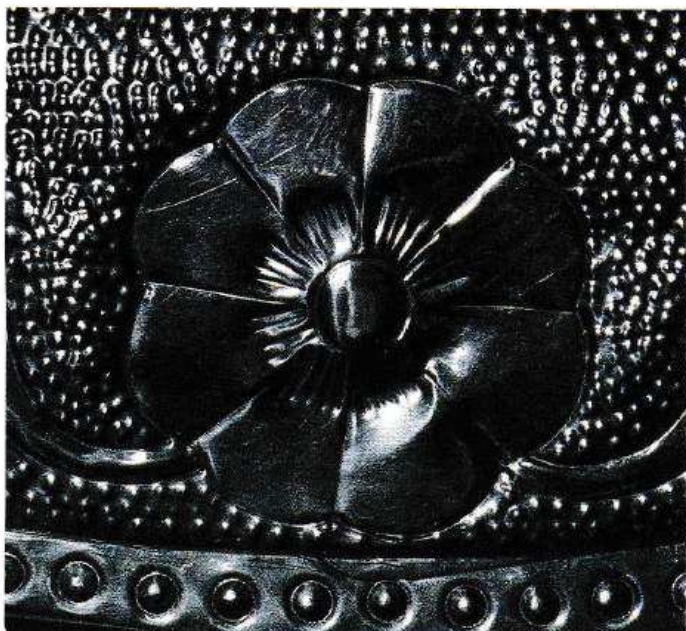
La señora Serafina Pacheco cuenta actualmente con setenta y siete años de edad. Su talento es reconocido por los hojalateros de Oaxaca y se puede afirmar que su



Página siguiente

(Arriba) Detalle de un marco de hojalata con trabajo de repujado.

(Abajo) Mariposa de hojalata policromada.



taller ha sido el semillero de muchos de los artesanos que actualmente trabajan la hojalata, cuyo número no es mayor a quince familias y quienes alguna vez trabajaron con los Velasco, antes de independizarse. La enorme creatividad y amplísima experiencia de doña Serafina deberían aprovecharse en alguna institución para la formación de futuras generaciones de hojalateros.

El maestro Aarón Foster Velasco Pacheco, digno representante de este linaje artístico, fue quien motivó el escribir estas líneas con su historia. Su infancia transcurrió al lado de sus padres, iniciándose desde pequeño en la hojalatería. Se casó el 14 de febrero de 1960 con Estela Aguilar, quien también sabía trabajar esta artesanía, pero esto tampoco despertó especialmente su interés, pues entonces “no encontraba aún el brillo de la hojalata”.

Aarón decidió trabajar como socio en la tienda de artesanías que su cuñado Arthur Train había adquirido como traspaso efectuado por la señora Clotilde Schöndube, de origen alemán, destacada productora de cerámica que radicó hasta su muerte en la ciudad de Oaxaca. El señor Train, de nacionalidad estadounidense, tuvo una gran sensibilidad para descubrir a varios artistas talentosos dentro del ramo artesanal. Personas que hoy son destacadísimos artesanos, como es el caso de Manuel Jiménez, número uno en la talla de madera en San Antonio Arrazola; Teodora Blanco (†), considerada la primera artesana oaxaqueña, originaria de Santa María Atzompa; Isaac Vásquez, reconocido fabricante de tapetes, orgullo de Teotitlán del Valle; Evaristo Jiménez, fabricante de gabanes de la región de Los Mixes, y de su cuñado Aarón Foster Velasco Pacheco, entre otros muchos artesanos.

Hasta su fallecimiento en el año 1992, Arthur Train brindó a todos ellos sus consejos para mejorar la calidad

de sus trabajos, y los impulsó y ayudó a proyectarse en el extranjero.

Por aproximadamente seis años Aarón se dedicó en unión con su cuñado a la atención de la clientela de su tienda de artesanías, y a buscar las mercancías más selectas producidas dentro del país. Recuerda muy especialmente la valiosa ayuda que les brindara Herón Martínez, famoso ceramista de Acatlán, Puebla. Al cabo de varios años, por ciertos factores que les fueron adversos, decidieron clausurar el negocio.

En 1966 Aarón Velasco Pacheco decidió dedicarse a la producción y exportación de la hojalatería. Empezó a trabajar en el taller de sus padres, que al contar con seis ayudantes ofrecía una buena producción. Su cuñado Arthur Train inició la búsqueda de mercado dentro y fuera del país. Con gran éxito se exportaron, por primera vez, a las ciudades norteamericanas de San Antonio y Houston, Texas, las famosas bandas de música de gran belleza y brillante colorido. Poco a poco Arthur y Aarón fueron estudiando y ampliando su mercado con gran entusiasmo.

Durante varios años Aarón se limitó a trabajar los diseños inspirados en el talento de sus antepasados y empezó a darse a conocer en exposiciones de otros estados, especialmente en la ciudad de Guadalajara.

Después empezó a diseñar él mismo y a dibujar sobre cualquier superficie haciendo bosquejos con tintas y colores sobre papel, aún sin un estilo definido. Pero él no se sentía a gusto, bullía algo en su mente y no había encontrado la forma de expresarlo con sus manos. En su búsqueda logró juntar una importante colección de dibujos, pero a pesar de eso persistió en el intento hasta sentirse satisfecho, pues como él mismo dice: "el que

persevera alcanza". Como resultado de su larga e intensa búsqueda, llegó el día en que sentado bajo la sombra de un árbol empezó a dibujar y a dar forma con las herramientas, sin darse cuenta, a unas ramas, luego un tallo, unas varas retorcidas, un pájaro, y de esta manera nacieron los famosos árboles de la vida, hechos de una sola pieza de latón, cobre o alpaca y que cuentan con infinidad de laboriosos detalles.

Estos árboles están elaborados con el material en su color natural, formando el mismo follaje, las flores, los diminutos pájaros y mariposas. Al final se le da un aspecto de tercera dimensión con las ramas entrecruzadas. Estos trabajos son considerados obras de arte y le son solicitados para ocasiones y clientes muy especiales.

Estas piezas únicas en las que el maestro Velasco Pacheco logró encontrar su estilo personal, se conocen hoy con el nombre de "maravillas metálicas". En el año 1989, Aarón Velasco llegó a integrar una exposición con veintidós temas que presentó en el entonces Museo de Oaxaca (hoy Museo de Arte Contemporáneo), promovida por la Dirección de Educación, Cultura y Bienestar Social del estado.

Hombres, hojas, pájaros, mariposas, tentáculos, corazones y enredaderas integran las maravillas metálicas de Aarón Velasco. Son trabajos que contienen un gran mensaje artístico y son resultado de la creatividad de un valioso artesano oaxaqueño. Sus temas preferidos son el sol y la luna porque son dadores de vida y prolongación del ser. Le gusta todo lo que flota en el espacio, todos los astros que se detienen misteriosamente en sus órbitas.

Otra de sus pasiones son las serpientes, por misteriosas y temidas, que han sido y seguirán siendo parte fundamental de su obra. Las representa en los rayos de

sol bienhechores y formando la cabellera y los brazos de sus medusas.

Los trabajos que son considerados más comerciales son cortados a mano con tijeras especiales para lámina, sobre una plantilla con el dibujo de la figura que se vaya a realizar; en algunos casos se recortan a mano libre, o dibujando con punta de acero directamente sobre la hojalata.

Para realizar el repujado y dar volumen y relieve a los diseños, se graban con cincel o uñetas y golpeando la lámina con un martillo sobre una superficie de madera o plomo. Las piezas se unen con soldadura de estaño, manteniendo calientes dos cautines sobre un brasero de carbón, los que se usan alternadamente según las necesidades del trabajo. Antes de aplicar la soldadura se aplica una capa de ácido muriático mezclado con zinc y agua, para que la hojalata no se manche. Luego se soldan todas las partes y después se lavan con agua y jabón y con ayuda de una brocha.

Ya secas, las figuras son pintadas en un lugar soleado con anilinas disueltas en laca o con *thinner*. El secado se lleva a cabo exponiendo las piezas al sol, y por este medio obtienen el brillo y la luminosidad que les son característicos. De esta manera, con simples láminas de hojalata, las magníficas manos de Aarón crean un universo de figuras que tapizan las paredes de su taller. Para prevenir la oxidación de estas piezas en lugares calientes y húmedos, se acostumbra rociar toda la superficie con laca transparente, lo que las mantiene en buen estado por mayor tiempo.

Las herramientas necesarias para este trabajo (el rayador, los cinceles manuales, las uñetas con filo de diferentes tamaños de curvatura, los puntos para repujar,

los tumbadores para hacer los círculos abultados y los embutidores) están hechas de acero o de hierro y usualmente son diseñadas por el mismo artesano, quien las manda forjar con un herrero.

En la región del Istmo de Tehuantepec también se trabaja la hojalatería, con una técnica diferente, elaborando los diseños con líneas punteadas y conservando la hojalata en su color natural plateado, para fabricar preferentemente candeleros y jícaras. La hojalata policromada se produce en las poblaciones de los Valles Centrales de Oaxaca, particularmente en Ocotlán de Morelos y en la ciudad capital, donde un buen número de talleres de esta artesanía se han establecido en el barrio de Xochimilco.

Debido a la fuerte alza de los costos, toda la materia prima que antiguamente era importada de Alemania o Suiza se ha sustituido por material de la mejor calidad fabricado en el país.

El maestro Velasco ha acumulado una larga experiencia de exposiciones individuales y colectivas en Oaxaca y en todo el país, y también en el extranjero. Ha alcanzado destacados premios y, sin embargo, no ha logrado acumular riqueza económica: únicamente las grandes satisfacciones personales por los premios que ha ganado en nombre de Oaxaca. En el año 1975, durante la visita de la reina Isabel de Inglaterra a nuestra ciudad, le obsequió como muestra de su trabajo artesanal un hermoso gallo de hojalata con llamativos colores, que fue recibido por Isabel II con sumo agrado.

En el año 1981, ocho artesanos mexicanos fueron invitados a una visita a la ciudad de Londres, en donde se efectuó una exposición mundial de artesanías. México contó con un pabellón que ostentaba la leyenda "La magia de México". Las piezas que ahí expuso Aarón tuvieron

mucho éxito y recibió amplias felicitaciones por realizar su trabajo a mano, por su variedad de diseños, perfecto acabado y brillante colorido.

Aarón extraña la presencia de su padre, don José Velasco, quien falleció en 1992; fue su mejor amigo y maestro y compartió con él todos sus conocimientos. Al correr de los años Aarón ha valorado esas enseñanzas y siente gran orgullo por lo que le dejó como herencia en el dominio de la hojalata.

Oaxaqueño de origen, con treinta años en el oficio como creador, siente que se encuentra en una etapa ajena al trabajo comercial, aunque también lo desarrolla por serle muy solicitado. Su mayor anhelo es que su producción fuera de piezas únicas que no se pudieran imitar. Animado por esta idea está incursionando en el estilo de una pintura más abstracta. A la fecha cuenta con varios diseños de su inspiración, aunque a veces le es difícil realizarlos, por falta de tiempo.

Este artesano ha destacado por su originalidad en el diseño y su predilección por las miniaturas de una sola pieza. Pareciera que el arte milenario de los japoneses y chinos que hacen maravillas con el papel, el origami, cobrara nueva vida en el metal manejado hábilmente por sus manos.

Aarón es padre de cinco hijos, tres de ellos profesionistas con intereses muy distintos, por lo que siente que con él podría morir esta tradición familiar; únicamente su hija Maribel continúa en el taller pintando las figuras.

Durante varios años su hijo Alfredo trabajó la hojalatería. Decidió abandonarla cuando cierto día, después de terminar una figura de un gallito que le había tomado un mes realizar, su padre la vendió a muy bajo

precio. Esto le hizo pensar que la hojalatería y todo tipo de artesanías, si bien son muy hermosas, requieren mucho trabajo y son muy mal remuneradas, así que decidió cambiar de actividad y dedicarse formalmente al estudio. Actualmente practica con éxito su profesión de técnico químico.

Velasco Pacheco, en su domicilio de Prolongación Porfirio Díaz número 1301, en el barrio de Xochimilco, considera que su vida es gratificante por haberla dedicado a esta actividad, pues le ha dado la oportunidad de viajar y conocer a personas importantes, pero sobre todo de dobligar la hojalata, el latón y el cobre, quitarles lo rígido y frío para transformarlos en objetos maravillosos.

Aarón firma recientemente sus piezas especiales con la figura del diligente colibrí, joya alada de la naturaleza, que para él simboliza el ideal que debe anidar en todo ser humano.



LA FLOR INMORTAL EN LAS DIESTRAS MANOS DE TIMOTEO Y DELFINO LÓPEZ GODÍNEZ

El poblado de San Antonino Castillo Velasco, Ocotlán, Oaxaca, honra en su nombre al Santo Patrono del pueblo, San Antonino Obispo y a don José María Castillo Velasco, originario de Ocotlán, Oaxaca, jurisconsulto y periodista, quien fuera uno de los paladines del Congreso Constituyente de 1856 a 1857. En este sitio se cultiva la *flor inmortal* con la que se elaboran los bellos trabajos artesanales que han dado identidad a este lugar y que han alcanzado fama y reconocimiento tanto dentro de nuestro país como en el extranjero.

En esta pintoresca población viven los mejores y más antiguos trabajadores de esta artesanía, los hermanos Timoteo y Delfino López Godínez, en la segunda calle de Aldama número 4, a donde se llega a pie por ser de difícil acceso a pesar de estar situada más o menos céntricamente. La calle no cuenta con banqueta ni pavimento. El humilde hogar y centro de trabajo está ubicado en un terreno que es herencia materna. Allí viven estos dos seres extraordinarios, acompañados de su sobrino Cristóbal López López.

Don Timoteo, el mayor, nació el 24 de enero de 1918, y don Delfino el 25 de enero de 1928. Su padre, Pablo López, era amante de la música y tocaba el violín; combinaba esta afición con sus trabajos de horticultura. Su madre, Lucía Godínez, apoyó a su esposo en sus diferentes labores.

Don Pablo López era hermano de Tiburcio López, quien cultivó las primeras semillas de la *flor inmortal*, traídas de Holanda, conocida en esa ciudad europea con

el nombre de *Cameye*. Sus hermanos Julio, Pedro y Pablo López, padre de Timoteo y Delfino, se interesaron también en continuar con el cultivo de esa flor, que posteriormente los llevó a desarrollar una artesanía muy propia del lugar.

Siendo muy pequeño, Timoteo aprendió de su progenitor los secretos de ese arte popular. Cursó hasta el cuarto año de primaria y debido a los problemas económicos familiares no pudo continuar sus estudios, por lo que su padre decidió que permaneciera a su lado como ayudante.

En el año de 1935, a sus diecisiete años, la vida de Timoteo sufrió un cambio dramático: al estar regando unas parcelas sembradas de frijol, sintió un frío intenso, después vinieron fuertes dolores que acalambraron sus piernas, resultado de un severo reumatismo que se presentó en forma cruel e inesperada. Este padecimiento le impidió caminar y desarrollar una estatura normal, desarrollando además una artritis deformante que lo obligó, desde esos años mozos, a estar sentado en una silla y a recordar siempre lo importante que era tener ocupadas su mente y sus manos. Sus figuras de flor inmortal han sido su medio de expresión: en ellas vacía sus recuerdos y emociones.

Al igual que su padre, Los hermanos López Godínez también aman la música. Tuvieron una importante participación en el desarrollo musical de San Antonino Castillo Velasco. En el año de 1943 iniciaron sus clases de solfeo y fue hasta el año 1945 cuando ambos decidieron tocar el instrumento de su preferencia: Timoteo el clarinete, y Delfino el trombón de vara.

En las regiones zapotecas hay muchos compositores y ejecutantes que integran conjuntos musicales, y San Antonino Castillo Velasco ha atestiguado la integra-

ción de notables grupos. El ingreso de los López Godínez a la Orquesta Independencia bajo la conducción del maestro Pedro González Maya les brindó valiosas experiencias. Al principio, por contar la orquesta con escaso número de elementos, tuvieron que trabajar arduamente invitando y seleccionando a nuevos ejecutantes. Todos los que llegaron a formar este grupo eran artistas por vocación que brindaron sus audiciones por el placer mismo de la música. La orquesta trabajó intensamente atendiendo las invitaciones que el pueblo le hacía a través del Ayuntamiento, y ofreciendo este servicio en forma gratuita.

Gracias al entusiasmo de sus integrantes y al interés y cariño que despertó en la comunidad, este conjunto musical llegó a contar con treinta y siete elementos. Entre su cúmulo de recuerdos los López Godínez conservan una fotografía de esta destacada orquesta.

Como un reconocimiento a esta labor y para dejar testimonio de los trece primeros integrantes formadores de este desaparecido grupo musical que tuvo un importante papel en la vida cultural y social de la localidad, se citan los nombres de Antonio Aguilar (clarinete), Emilio Ambrosio (trompeta); Genaro González (trompeta); Melitón Cornelio (contrabajo); Tobías Hernández (violín); Justino Hernández (flauta); Fructuoso González (clarinete); Fidel Godínez (batería); Alfonso Aguilar (violín); Porfirio Santiago (saxofón alto); Antonio Canseco (violín) y Timoteo y Delfino López Godínez (clarinete y trombón de vara).

Siendo presidente municipal don Manuel Aguilar, por razones ajenas a su voluntad esta orquesta se disolvió, quedando sus miembros en libertad de continuar con su afición musical en la forma que les fuera más conveniente. Algunos decidieron ser maestros de música en el

lugar, otros prefirieron emigrar e integrarse en alguna orquesta en la ciudad de Oaxaca. Actualmente Tobías Hernández, superviviente de este grupo musical, se desempeña como violín segundo de la Orquesta Sinfónica de Oaxaca, bajo la dirección de su titular, el maestro Javier García Vigil.

En el año 1941, don Timoteo y don Delfino perdieron a su padre, recayendo en ellos mayor responsabilidad en la vida familiar. El año 1952 los hizo vivir otra amarga experiencia al fallecer su madre. Delfino, invadido por una profunda tristeza, decidió salir de San Antonino y radicar en la Ciudad de México, llevando consigo una caja con suficiente dotación de sus artesanías de flor inmortal. Lo animaron sus propósitos de vender su producción al señor Ernesto Cervantes, propietario de una tienda de artesanías en esa ciudad y de otra más en la ciudad de Oaxaca y quien además sabía valorar su trabajo. Tenía, además, el deseo de visitar a don Fidel Vásquez, originario de Ocotlán, Oaxaca, quien desempeñaba un cargo importante en la Secretaría de Educación Pública, a quien recurrió para solicitarle una recomendación y poder integrarse a un conjunto musical.

En espera de esta oportunidad, Delfino se vio en la necesidad de desempeñar el oficio de jardinero y el de músico en una orquesta de cabaret. Después se integró como violinista en la pequeña orquesta de un café. Allí, el azar le tenía deparada una sorpresa que finalmente le daría satisfacciones. Conoció en ese lugar a un violinista de cierta edad que apreció sus aptitudes y su amor a la música y lo ayudó para que ingresara a una orquesta sinfónica, que según sus propias palabras era la perteneciente a la Universidad Nacional Autónoma de México, compuesta por ciento ocho elementos y que ofrecía magníficos conciertos.

Delfino, orgulloso, mandó a Timoteo una fotografía en la que lucía muy bien vestido, con elegante traje negro y corbata; contaba además con un buen abrigo y aunque vivía medianamente podía cubrir todas sus necesidades.

El veleidoso destino le concedió dos años de felicidad fuera de su hogar, pero le tenía preparado un negro suceso que le daría, a la edad de veintiséis años, otro giro a su existencia. En el año de 1954, después de un concierto, sufrió el terrible reumatismo que hoy lo tiene postrado y sin poder moverse, al igual que su hermano Timoteo. Afectado por deformaciones articulares en sus piernas y vencido por la fatalidad, ese mismo año regresó a su pueblo, caminando lentamente y apoyado en su bastón. Así han vivido por decenios estos hermanos apoyándose mutuamente y sobrellevando con entereza un mal que cada día atrofia más su cuerpo.

La labor principal de Delfino es dibujar y pintar rostros de la Virgen María en sus diversas advocaciones, lo mismo que los de santos, ángeles y arcángeles. Si la figura lo requiere, también dibuja y pinta algunos símbolos religiosos.

Timoteo y Delfino, deseosos de compartir sus conocimientos acerca del cultivo de la flor inmortal, llamada así por su larga duración, nos informan que las hay en tres colores y en dos tamaños diferentes: la flor miniatura de color blanco de exquisita belleza, la de color amarillo y la de tonalidad rosa, estas últimas de un mayor tamaño. Su cultivo se hace mediante almácigos que posteriormente son transplantados. Su floración tiene lugar después de tres meses, y se debe cortar cuidadosamente para conservar los tallos. Las flores se ponen a secar al sol por dos o tres días, ensartadas en unos alambres; transcurrido

este tiempo pueden usarse para hacer las figuras que nacen en la imaginación y las manos del artesano.

San Antonino Castillo Velasco, perteneciente al distrito de Ocotlán de Morelos, es un poblado de tierra fértil donde se cultivan gran variedad de flores, frutas y hortalizas, que se venden en los mercados locales. En este vergel nacieron los cultivos del cempasúchitl, hermosa flor de matiz amarillo intenso y de gran simbolismo religioso, y el del almaranto, *cresta de gallo* o *borla de Santa Teresa*, flor aterciopelada de color púrpura que es usada, al igual que el cempasúchitl, para engalanar los altares y sepulcros en las festividades del Día de Muertos.

Los primeros trabajos que elaboraron los López Godínez fueron coronas de 60 cm de diámetro y cruces para decorar sepulcros durante las tradicionales fiestas de difuntos que se celebran en diferentes ciudades del país. Estos arreglos confeccionados con flor inmortal se enviaban para su venta a las ciudades de Tampico, Monterrey y Ciudad Juárez. Sus mejores clientes fueron por largo tiempo los señores Hilario Persiño y Felipe Totozintle Barrios, floristas de la ciudad de Puebla, establecidos en el entonces mercado de La Victoria, hoy desaparecido.

Estos artesanos se hicieron merecedores de varios premios en el tradicional concurso que se efectúa en la oaxaqueñísima Noche de Rábanos, cuya celebración tiene lugar la noche del 23 de diciembre. Iniciaron su participación en esta competencia en el año de 1941 y fue hasta el año de 1947 cuando obtuvieron el primer diploma que avala la calidad de su artesanía con flor inmortal. Estos trabajos han logrado un lugar sobresaliente en esta fiesta a pesar de que las figuras que acaparan la atención son las elaboradas con rábanos.

Desde el año 1966 ya no asisten a este concurso decembrino debido a sus limitaciones físicas y económi-

cas. Timoteo recuerda vagamente que siendo el mayor de los hijos ayudaba a su padre en los preparativos para participar en este certamen desde la edad de nueve años, por el año 1927.

En el año 1963 los López Godínez recibieron instrucciones de la Oficina de Turismo del estado para encargarse de la elaboración de un arco artificial de flor inmortal que se colocó en el Auditorio Nacional durante la celebración de la Feria del Hogar de ese año, inaugurada por el entonces presidente de la República licenciado Adolfo López Mateos (1958-1964).

En el año de 1971 el gobernador interino del estado de Oaxaca, Fernando Gómez Sandoval (1970-1974), les encargó como regalo navideño para el presidente Echeverría la elaboración de un gran ramo de flor inmortal blanca y un centro de mesa. Este último fue un artístico trabajo realizado con una base de carrizo con flecos del mismo material, decorado con palomas hechas de flor inmortal blanca en miniatura.

En el año 1972, atendiendo la invitación que les hiciera el Banco de Fomento de Artesanías, montaron con gran éxito en el Centro Turístico de la capital de la República un típico altar de muertos de San Antonino Castillo Velasco. Ellos partieron llevando consigo todo el material necesario para poder reproducir su altar con la mayor fidelidad y belleza. Como premio a su gran esfuerzo recibieron las felicitaciones y el reconocimientos de las autoridades visitantes.

Durante el año de 1973 tuvieron una destacada participación en la Feria Nacional de Artesanías que tuvo lugar en las tradicionales fiestas de octubre, en la ciudad de Guadalajara. El pabellón de los López Godínez presentó la variada producción de su artesanía con flor inmor-

tal. Lucieron y fueron admirados a plenitud las palomas, las azucenas, las coronas, los ramilletes, los cestos, los corazones, las liras, las medias lunas y las estrellas de flor inmortal. Asimismo, se exhibieron los centros de mesa de flor inmortal con bases de flecos de carrizo, que le dan variedad y mayor belleza.

Mención especial merecieron los estandartes o figuras de calenda usadas en los populares cortejos religiosos, que tuvieron su origen con los dominicos evangelizadores del siglo XVI para solemnizar y dar mayor animación a las festividades, y que eran exhibidas durante la procesión por las calles de ciudades y pueblos.

Los estandartes o figuras de calenda son producto de un trabajo muy creativo en formas y colores, con el cual el artesano reafirma el espíritu de la tradición. Se inicia con la elaboración de un armazón de carrizo, de una altura no menor de un metro y que suele tener la forma de imágenes sagradas o símbolos religiosos. Posteriormente se cubre con hojas de encino cosidas con hilos de corteza de árbol de plátano (hilos que se usan para amarrar los tamales oaxaqueños de mole, envueltos en hoja de plátano). El siguiente paso es forrar el armazón con aserrín de carrizo cosiéndolo con hilo mediano. Se tiñe el aserrín con fuchina del color más adecuado para la figura en cuestión. Posteriormente se decora con flor inmortal alambrada, siguiendo el modelo tradicional o dejando en libertad la creatividad del artesano. Así es como cobran vida las figuras de San José, la Virgen de Guadalupe, la Virgen de la Soledad, la Virgen de Juquila, San Pablo...

Tenemos el privilegio de poder observar esta muestra de arte ritual en San Antonino Castillo Velasco, población situada a 30 kilómetros de la ciudad de Oaxaca. La celebración de sus principales fiestas religiosas nos da



Fragmento de un estandarte o figura de calenda.

Página siguiente

(Arriba) Los artistas con un estandarte de la Virgen de la Soledad en traje de gala.

(Abajo) La flor inmortal durante el proceso de secado.



esta oportunidad. En estas festividades el mayordomo (persona "de posibles" que se encarga de costear las celebraciones del Santo Patrón), o en su defecto los comisionados, alquilan la antevíspera de la fiesta a los López Godínez un gran número de estandartes para acompañar la calenda.

Siempre seremos bienvenidos a estas fiestas del espíritu y la vista, y como México es un país que respira a través de sus tradiciones, este soplo lejano de sabor tradicional lo podemos sentir en la celebración del Señor de la Sacristía, el viernes anterior al martes de Carnaval; en la del Santo Patrono del pueblo San Antonino Obispo, con festejo el 10 de mayo; en la festividad de la Virgen del Rosario, con celebración el primer domingo de octubre, y en las correspondientes a la Inmaculada Concepción, a la Virgen de Guadalupe y a la de San Lázaro, que tienen lugar los días 8, 12 y 17 de diciembre respectivamente.

La antevíspera de la solemnidad, la rumbosa calenda parte de la casa del mayordomo, o del atrio de la iglesia. La encabezan dos largas filas de personas, en su mayoría mujeres. Cada una lleva sobre su cabeza un canasto cuya superficie corona las figuras de los estandartes. Les siguen el presidente municipal y el mayordomo, acompañados por una banda de música, un tambor, una chirimía y los grandes monos de calenda. La gente del pueblo participa en esta procesión llevando farolillos confeccionados en papel de china con los colores del vestido de la virgen o santo que se celebra. Todos con devoción recorren las calles del pueblo paseando en triunfo la galana exhibición de sus ofrendas, para regresar después al atrio de la iglesia y bailar un animado jarabe en señal de cumplimiento.

Estas calendas, que son una convocatoria, una predicación viva, y un motivo de regocijo popular, han sido magníficos escenarios para que don Timoteo y don Delfino den muestra de su destreza y refinado buen gusto en el arte ritual.

Los trabajos de los hermanos López Godínez han alcanzado reconocimiento fuera de nuestras fronteras, como en el caso del McAllen International Museum. En el año 1990 el director de este museo, el señor David Ross, reconoció mediante un diploma la valiosa aportación en información y trabajo de arte popular a través de la artesanía elaborada con flor inmortal. Esta artesanía, propia de San Antonino Castillo Velasco, es de por sí poco común por requerir una labor minuciosa en extremo. La amplia y calificada producción de estos artistas es conocida también en Europa: confeccionaron una hermosa Virgen de la Soledad vestida con traje de gala que fue enviada a España; un bello trabajo artesanal requerido para ser obsequiado al Papa Juan Pablo II en su primera visita a Oaxaca en el año de 1979, y un nacimiento que tuvo como destino la ciudad de Berlín. Los hermanos López Godínez afirman con orgullo que cualquier figura puede ser reproducida por sus imaginativas manos; únicamente hay que expresar el deseo para ser complacido a conformidad.

Los propietarios de la conocida galería La Mano Mágica —situada en pleno centro de la ciudad de Oaxaca—, Mary Jane Gagnier de Mendoza y Arnulfo Mendoza, amantes de compartir sus conocimientos de las variadas expresiones artísticas del estado, venden en su establecimiento los trabajos de Timoteo y Delfino López Godínez.

Estos admirables hermanos vivieron momentos de una intensa felicidad que les hizo brotar una sonrisa

conmovedora durante la ceremonia de premiación a dieciséis destacados artesanos locales que tuvo lugar el 10 de julio de 1996 en la ciudad de Oaxaca. Vivamente emocionados recibieron el estímulo económico correspondiente a la primera entrega a nivel nacional de este premio, por conducto de don Alfredo Harp Helú, presidente del Consejo de Administración de Banamex, por gestión del gobernador del estado, licenciado Diódoro Carrasco Altamirano.

Por inverosímil que parezca, los López Godínez son personas felices. Están dotados de una excelente memoria, son amables y saben sostener una amena conversación. Únicamente lamentan el que su calle no esté pavimentada, pues esto limita aún más su desplazamiento, y el que su artesanía de flor inmortal sólo tenga demanda en determinadas fechas cada año, como son las festividades de Semana Santa, los días de Todos Santos y Muertos, y la temporada navideña.

Hemos visto a través de este relato, como “la flor inmortal” arrancada a la madre naturaleza, y depositada en las diestras manos de estos artesanos, se convirtió en una fecunda aportación al arte popular oaxaqueño. Sirvan estas páginas de gratitud por la experiencia vivida, para intentar plasmar la calidad humana y el maravilloso trabajo de don Timoteo y don Delfino López Godínez



LA HISTORIA DE LOS SOMBREROS DE DON GREGORIO

En la ciudad de Oaxaca, cerca del Mercado Democracia, mejor conocido por su antiguo nombre de Mercado de la Merced, se encuentra la calle de Nicolás del Puerto. En el número 105 de esa calle, junto al templo evangélico El Nazareno, se encuentra una pequeña sombrerería, que al exterior no tiene distintivo alguno. Sin embargo, en su interior se puede observar la licencia que le permite ostentarse como Agencia Autorizada Stetson, cuyo propietario es el señor Gregorio Juárez Carbajal.

Don Gregorio cuenta actualmente con ochenta y tres años de edad. Es un hombre con una salud bien conservada, y muy amable. Pertenece a la segunda generación de una familia que se ha dedicado a la elaboración de sombreros finos, trabajados totalmente a mano. Oficio que prácticamente ha desaparecido en nuestro país por falta de operarios.

El señor Juárez Carbajal nació en la ciudad de Oaxaca el 9 de mayo de 1913. Sus padres fueron Felicitas Carbajal, nativa de esta ciudad, y Aurelio Juárez, de origen poblano. Su progenitor nació —por mero accidente debido al trabajo de su madre— en la fábrica de sombreros de unos caballeros franceses de apellido Couttolenc en la ciudad de Puebla. Este suceso parece, sin embargo, haber marcado su destino. El niño Aurelio creció y su mayor deseo siempre fue llegar a elaborar sombreros con el más fino acabado y con materiales de la mejor calidad.

Al correr de los años este deseo se le hizo realidad cuando tuvo oportunidad de trabajar en la Ciudad de

México, en la fábrica y distribuidora de sombreros Del Castor (que fabricaba sombreros con el pelo de ese roedor), fundada desde 1847 por don Carlos Tardán y con Enrique Cock. En 1976 esta industria cambió su denominación y vino a llamarse Tardán Hermanos, por ser los hermanos Víctor y Augusto Tardán quienes al frente de este negocio iniciaron la tradición que perdura a través de sus descendientes.

Don Gregorio escuchó decir a su padre que los hermanos Tardán eran unos sombrereros franceses reconocidos en el mundo entero por la calidad de sus trabajos. Recuerda varias anécdotas acerca de la clientela que acudía a este comercio centenario, entre la que figuraban personajes como don Porfirio Díaz. Ahí se mandaba a hacer sus bombines, sombreros de seda y finísimos sombreros de charro bordados en oro y plata; también ordenaba los que usaban los miembros de su gabinete y los cocheros de librea de Palacio Nacional. También recuerda haber escuchado que allí se mandaron a hacer sombreros de charro para el rey Jorge V de Inglaterra y para el rey de España Alfonso XIII.

Durante el tiempo que su padre laboró en esta empresa, muchos sombreros fueron a distintas parte del mundo para exposiciones y eran su gran orgullo pues él personalmente se había encargado del planchado a petición expresa de uno de los hermanos Tardán. Don Gregorio recuerda el lema completo que hiciera famosa a esta sombrerería, la más antigua de la Ciudad de México:

*Desde el Bravo hasta el Suchiate
usaban sombreros de petate,
y hoy, desde Sonora a Yucatán,
todos usan sombreros Tardán.*

Con el tiempo sólo sobrevivió la segunda parte de este lema publicitario.

El padre de Gregorio continuó por varios años en la fábrica y distribuidora de sombreros El Castor, hasta que finalmente, por el año de 1931, debido a su precaria salud, se vio forzado a renunciar. Él tuvo el privilegio de vivir en una época de elegancia en la que los señores y señoras de cualquier condición social no podían prescindir del uso del sombrero. Ésta fue la razón por la cual al estar completamente restablecido abrió en la Ciudad de México su propio negocio el 12 de diciembre de 1934. El sitio fue un taller de venta y reparación de sombreros finos, con domicilio en Argentina número 74; Sombrerería El Modelo era su nombre, como consta en la Cédula de Registro que aún obra en poder de nuestro entrevistado.

Gregorio, concluidos sus estudios preparatorios, se había inscrito en la Escuela de Medicina y finalmente cambió de opinión: decidió no ingresar, abandonando sus estudios drásticamente, sin una explicación lógica. Su padre lo convenció de que al no estudiar tendría que iniciarse en algún oficio o poner su propio negocio, para poder ganar así su propio sustento.

Debido al trabajo paterno Gregorio pasó su niñez y su adolescencia rodeado de tijeras, patrones, fieltros, cinta métrica... Ayudaba en varias labores y escuchaba frecuentes comentarios y experiencias gratificantes en relación al trabajo de la sombrerería, razón por la que no tuvo dificultad para decidir cuál sería su oficio.

En poco tiempo estableció su taller de reparación y venta de sombreros, precisamente enfrente del teatro Folies Bergère. Este local, aunque pequeño, estaba ubicado en un sitio estratégico que lo ayudó en poco tiempo a contar con una amplia clientela, compuesta principal-

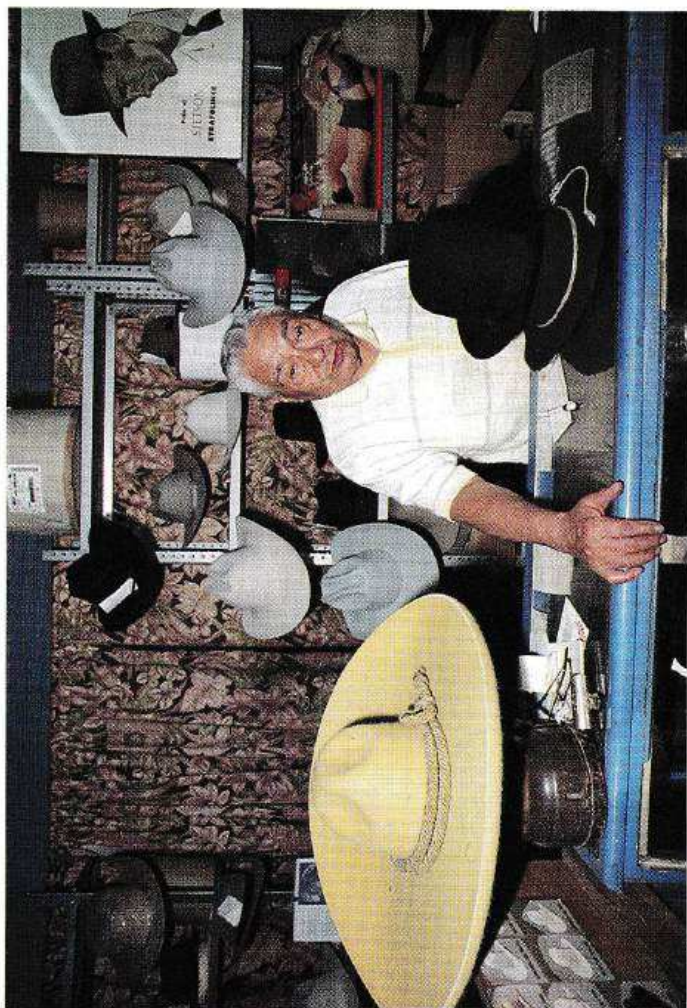
mente por afamados artistas y también gente común. Don Gregorio era motivo de envidia de parte de los propietarios de los negocios cercanos, quienes contemplaban atónitos a las guapísimas y elegantes damas que con frecuencia lo visitaban para ordenar sus pedidos.

En este lugar permaneció más o menos por tres años y después decidió integrarse al taller de su padre. La sombrería El Modelo había alcanzado gran éxito y Gregorio consideró que le sería muy útil trabajar en este sitio, donde bajo la tutela paterna adquiriría mayor experiencia.

De su padre aprendió a escuchar y darle siempre gusto al cliente, que ordenaba sus sombreros a su personal gusto y medida. Fabricaban modelos de fieltro de la mejor calidad, y sombreros texanos en variados estilos y colores. Los había sencillos o laboriosos, caros y baratos, de falda amplia o corta..., para todo tipo de clientela.

Allí, en Argentina 74, por la fama del establecimiento acudían funcionarios, artistas, embajadores y otros personajes destacados, y con absoluta confianza ordenaban sus pedidos. Todos ellos lucieron durante una larga época sombreros manufacturados por esta pequeña empresa plena de estilo y elegancia.

Cierto día, al visitar la tienda Casa Roca de don Segismundo Roca, en la Ciudad de México, en la esquina Isabel la Católica y 5 de Mayo, lugar en donde se vendían artículos para sombreros, don Gregorio se encontró con su paisano y amigo Gonzalo Colmenares, último de la dinastía de los famosísimos Colmenares, los mejores sombrereros que han existido en Oaxaca, nativos de Ejutla de Crespo. Ellos fueron dueños de Casa Colmenares, donde se vendían los famosos charros galoneados y fieltros tan finos que se podían llevar enro-



Don Gregorio Juárez Carbajal y sus sombreros.

Página siguiente

(Arriba) Charro galoneado antiguo de los Colmenares.

(Abajo) Don Gregorio Juárez Carbajal.



llados en el bolsillo sin arrugarse. Esta tienda estuvo muchos años en el antiguo portal de Mercaderes, rebautizado más tarde con el nombre de Benito Juárez García.

Algunos oaxaqueños recuerdan que la fábrica de estos sombreros estuvo ubicada por el barrio de Los Príncipes, concretamente en el sitio que hoy ocupa la escuela Vicente Guerrero. Los Colmenares eran una familia tan destacada que dos distinguidos oaxaqueños, el músico Samuel Mondragón y el poeta Enrique Othón Díaz, les rindieron perenne homenaje reconcociéndolos como símbolo de calidad en la canción popular "El Nito".

Don Gregorio y don Gonzalo Colmenares, conocidos desde muchos años atrás, entablaron al encontrarse una amena conversación. El señor Colmenares le hizo saber que era propietario de una sombrerería en la calle de 16 de septiembre, en la cual se seguía trabajando con la alta calidad que anteriormente distinguió a los Colmenares en la ciudad de Oaxaca.

Años más tarde esta entrevista habría de repetirse: se encontraron una noche en un puesto de comida del céntrico mercado oaxaqueño Benito Juárez Maza. En esta ocasión la plática fue diferente. El señor Colmenares había decidido trasladar toda la mercancía que tenía en existencia en la Ciudad de México para venderla en Oaxaca, y estaba en busca de un local. A raíz de esta plática, sin proponérselo había encontrado en su amigo la persona que podía ayudarle, y le hizo una propuesta en forma muy directa para cambiar su residencia a esta ciudad.

Acondicionaron el local lo mejor que pudieron y abrieron la sombrería en la calle de Independencia, en la casa que hoy lleva el número 800. No tuvieron el éxito que esperaban: siendo el sombrero en ese tiempo un artículo de lujo y por consiguiente algo caro, no se ven-

dió fácilmente. Por esta razón ambos decidieron salir a vender su mercancía en los tianguis que diariamente tienen lugar en los diferentes poblados de los Valles Centrales.

El señor Colmenares tenía amplias relaciones en la región del Istmo de Tehuantepec, por lo que posteriormente los dos dispusieron aprovechar esta oportunidad y se fueron a vender sus mercancías a las ferias de esa región, concurridas por gran cantidad de comerciantes y personas del pueblo. Allí se establecían en cada mercado y se promocionaban colocándose bajo una manta en la que se leía "Sombreros Colmenares", amparándose en la reconocida fama de estos artículos.

Esta ferias eran excelentes plazas para la venta de su mercancía, por lo que decidieron surtirse con otros productos, como suéteres, medias, calcetines, blusas y faldas, y así continuaron trabajando cierto tiempo.

Un día, encontrándose en la ciudad de Matías Romero, don Gregorio recibió de las manos de Amparito, la hija del señor Colmenares una carta en que le informaban que su padre estaba gravemente enfermo, motivo por el cual de inmediato se vio forzado a regresar a la Ciudad de México. Debido a la incertidumbre que vivía en esos momentos no pudo proporcionar la fecha de su regreso, por lo que por largo tiempo no tuvo conocimiento de las actividades que por su propia cuenta realizaba su amigo Colmenares. Algunos años después, lleno de curiosidad, lo visitó en su casa de la Colonia Roma en la Ciudad de México.

El recuerdo que don Gonzalo Colmenares dejó en don Gregorio es muy profundo. Además de un entrañable amigo lo sigue considerando un verdadero artista en su género y una persona fuera de serie que realizaba su trabajo con devoción y amor, lo que hacía posible obte-

ner resultados de una calidad incomparable. En especial don Gregorio recuerda los bellísimos sombreros "Charro 24" que aún a principios de este siglo eran usados por la clase media alta de la región zapoteca del Istmo de Tehuantepec, en mayordomías, velas y otros actos sociales de la comunidad.

Estos sombreros deben su nombre a que debían pesar exactamente veinticuatro onzas, y se dice que durante el porfiriato se pagaba por cada uno de ellos veinticuatro pesos oro. Estaban elaborados con finísimo pelo de conejo, teñidos en colores café, vino, negro o gris, al gusto del cliente. Eran bordados a mano sobre la falda y la copa, con hilo de oro y plata. Algunos clientes pedían el bordado en flores, otros pedían que se bordaran sus iniciales en la copa. Además, ésta llevaba como adorno el calabrote o cordón de seda en color dorado.

Lujo, excelencia, buen gusto y arte eran el resultado de estos bellísimos trabajos que hoy en día pocos se atreven a imitar y no pueden igualar, ya que en lugar del bordado sobre la falda con hilo de oro o plata, colocan un galón francés o un galón bordado. Aún se fabrican en pelo de conejo, pero por su alto costo muchas personas los ordenan en lana. Con este material es difícil que los sombreros cubran el peso requerido, pues resultan más grandes y más pesados.

En la ciudad de Oaxaca, don Gregorio es el único sombrerero que confecciona este charro 24, manteniendo además una alta calidad. A él recurren los conocedores que al ordenar sus pedidos desean obtener un producto con las reglas establecidas de acuerdo al producto original.

Este personaje en el arte de la sombrerería elaborada a mano nos habla también del sombrero corriente

llamado "panza de burro", que efectivamente años atrás se elaboró con este peculiar material y que actualmente se confunde con el sombrero de lana. El pelo se rasuraba muy corto y fino, hasta quedar muy resbaloso. Su producción está prácticamente desaparecida; parece ser que hoy en día únicamente se fabrica en Ejutla de Crespo, Oaxaca.

El señor Juárez Carbajal nos comenta que hoy se producen gran variedad de sombreros, algunos hechos con finísimos materiales y que alcanzan altísimos precios. Además existen sombreros de mediana y menor calidad y se ofrecen a precios moderados, pero para él la mayor diferencia estriba en que son procesados a máquina. La mano humana no tiene contacto con el material; ni siquiera las costuras se hacen a mano, sino mecánicamente, se usan pegamentos para adherir cintas y adornos, y todo esto desmerece el acabado de la prenda.

Nuestro entrevistado siente gran emoción al recordar lo que era el antiguo, largo y minucioso proceso manual para la elaboración del fieltro de los sombreros. Este durable material consiste en una masa de diminutos pelos firmemente soldados entre sí por la presión y el vapor.

Este procedimiento se iniciaba con el cardado de la lana y el arqueado, que se hacía con ayuda de un arco metálico para separar más firmemente el material. A continuación se pesaba en porciones de cien o doscientos gramos, las que se dividían después en dos partes, que se iban tomando poco a poco para hacer el bastido en forma de campana. De estas porciones de lana se tomaba una parte que se humedecía con agua hirviendo hasta apelmazarse. Después se hacía lo mismo con la otra parte, uniéndolas perfectamente para después separarlas, quedando la unión en la parte de enmedio, con una exten-

sión de 80 cm aproximadamente. Estos dos tantos que previamente se habían unido se rociaban con agua caliente tantas veces como fuera necesario para borrar rayas y uniones, y con pedazos de esa misma pasta se llenaban los sitios que pudieran tener algún faltante o error.

El objeto de esto era darle suficiente resistencia al material para que no se abriera en las etapas posteriores de la elaboración del sombrero. Se seguía trabajando así hasta que el bastido quedara totalmente parejo, libre de cualquier imperfección. Se introducía el fieltro en un cazo con agua hirviendo y al sacarlo se enrollaba al instante en un palo redondo de madera, y se aplanaba sobre el tablero, con el fin de hacerlo más compacto y más consistente. Esta operación debía repetirse hasta alcanzar la textura deseada, en la que normalmente el bastido se enjutaba a 50 cm. Ya hecho el fieltro en forma de campana mediante este complicado método, se procedía al engomado con brea y cera de Campeche, y se entallaba en las hormas de madera de diferentes tamaños. Una vez concluida esta labor, se continuaba con el secado del fieltro, después se retiraba de la horma y por fin teníamos el sombrero terminado con su correspondiente falda.

Antiguamente la lana no se teñía con productos químicos. Don Gregorio recuerda que el color negro se obtenía con el humo del ocote mezclado con otros ingredientes que le es imposible recordar. Los colores claros se obtenían con tierra de diferentes colores combinadas con óxido de zinc y que debido a su color blanco permitía subir o bajar los tonos de los colores para dejar satisfecho al cliente. Para fijar el color después del teñido, el fieltro se planchaba varias veces con plancha caliente.

Actualmente don Gregorio se dedica a la reparación de toda clase de sombreros. Ofrece también el lava-

do para el sombrero corriente, ejecutado con agua y detergente especial, y con gas solvente para el sombrero fino, así como el servicio de planchado. Trabaja en el entallado, el engomado, el teñido y la habilitación, que consiste en sustituir cinta, forro y tafilete.

Tiene en existencia algunos de los famosos sombreros llamados de Panamá, que pueden provenir de ese lugar o del Ecuador, los cuales entalla a la medida de acuerdo al modelo que escoja el cliente. Estos sombreros, nos dice, son muy resistentes, y tan livianos que el que los usa apenas nota que lo lleva puesto, a diferencia del sombrero de palma que se teje en el estado de Oaxaca, el cual no es resistente y después de cierto tiempo llega a romperse.

Durante el periodo que radicó en la Ciudad de México, don Gregorio nunca se desarraigó de Oaxaca, ya que le gustaba visitarla con frecuencia y disfrutar de su belleza arquitectónica y su maravilloso clima. Actualmente reside en la casa de su sobrino Miguel Castillo Pacheco, quien le tiene verdadero afecto y le ha cedido un local donde tiene establecido su negocio de sombreros. Su único hijo, de nombre Alejandro Juárez Olivera, permanece en el Distrito Federal y es músico profesional.

Don Gregorio regresó a radicar nuevamente en Oaxaca después de los terremotos de 1985. Por este motivo tuvo que abandonar la sombrería El Modelo, fundada por su padre, después de una larga y exitosa trayectoria de más de cincuenta años. El edificio quedó en muy malas condiciones y ya no ofrecía seguridad para seguir trabajando. El inmueble fue muy conocido como la "Casa colorada", debido a que su fachada era toda de tabique rojo.

Don Gregorio recuerda que durante el tiempo que trabajó en esta casa muchas personas vinculadas con la industria de la televisión, interesadas en dar a conocer los sitios interesantes en donde laboraban personajes que tenían sus negocios en el Centro Histórico, le filmaron un extenso programa; le gustaría saber si aún se conserva esta emisión, ya que ella podría dar testimonio de todo lo que aquí se ha relatado.

Al llegar a la capital oaxaqueña su objetivo era darse un tiempo para descansar, pero no pudo hacerlo porque se sintió invadido de tristeza al no desarrollar ninguna actividad. Por ello mandó pedir su herramienta a la Ciudad de México con el fin de compartir sus conocimientos con jóvenes que quisieran aprender la sombrerería y convertirse en operarios adiestrados capaces de ofrecer un producto de calidad y buen terminado. Después de cierto tiempo de perseverar en el intento, abandonó la idea, pues se convenció de que a sus candidatos esto no les interesaba lo suficiente y todo lo querían hacer con rapidez, y por consiguiente con mala manufactura. Lamenta que en esta época no haya en la ciudad de Oaxaca muchas personas interesadas en aprender el oficio de elaboración del sombrero fino hecho a mano, y teme que por falta de operarios su técnica llegue a perderse.

Además de don Gonzalo Colmenares, Gregorio recuerda muy especialmente, entre sus compañeros de oficio, a don José López "El Chintete", quien tenía su sombrerería en las calles de 20 de Noviembre, exactamente enfrente del céntrico y conocido Hotel Francia.

La opinión que don Gregorio tiene de su propio trabajo, desarrollado durante tantos años, es de agradecimiento a su padre, que lo inició en estos menesteres.

Siente gran amor por su oficio y lo disfruta enormemente, además de que fue éste el medio que le permitió sostener a su familia. Se trata de un trabajo que le ha dado oportunidad de relacionarse con personas que siempre lo han tratado con cortesía y afecto. Don Gregorio es consciente de que cada día es mayor el número de personas que han renunciado al uso del sombrero como prenda habitual. Hace algunos años esta prenda era el detalle básico en el buen vestir, pero aun así el oficio es para él providente, pues cuenta con una amplia clientela, compuesta en gran parte por miembros de la Asociación de Charros de Oaxaca, y muchas otras personas que necesitan el sombrero para protegerse de la lluvia, el frío y los rayos del sol. Ahora ya no son tan elegantes pues se fabrican modelos mucho más prácticos. Las personas que recurren a los servicios de este hombre singular lo hacen confiadas en la calidad de sus trabajos.

Si los sombreros de don Gregorio pudieran hablar y decir cómo los hicieron y cómo eran sus dueños, de seguro que nos contarían historias maravillosas.

LOS LABORIOSOS BORDADOS DE SABINA SÁNCHEZ ALONSO

En el interior del mercado Benito Juárez Maza y Mercado de Artesanías de la Ciudad de Oaxaca, entre el abigarrado conjunto de puestos, suspendidos en diferentes niveles, llaman poderosamente la atención por su atractivo singular los típicos vestidos largos y cortos y las blusas finamente bordadas con caprichosas figuras que se elaboran en San Antonino Castillo Velasco, Ocotlán, Oaxaca.

Estas estampas que se truecan en una sinfonía de luz y colorido nos llevan a admirar la maravillosa intuición y las asombrosas disposiciones que las indígenas oaxaqueñas revelan en sus bordados, tejidos con gancho y deshilados.

Se hace necesaria una visión retrospectiva que nos lleve a conocer el origen de estas obras, con el fin de aquilatar y dejar testimonio de la capacidad creadora de una sencilla artesana, doña Sabina Sánchez Alonso, figura que nos legó estos bordados con su sello especialísimo.

Doña Sabina tuvo por cuna el jardín del sur que es San Antonino Castillo Velasco, perteneciente al distrito de Ocotlán de Morelos. Mujer indígena zapoteca, se inició en el oficio a los siete años. De su tía Cenobia aprendió toda clase de bordados y tejidos, deshilados, bordado en blanco y el "hazme si puedes". Su madre, doña Apolonia, le enseñó a cortar camisas y batas, mangas, puños y cuerpos de blusas y vestidos. Más tarde encontró apoyo y aliento para perfeccionarse en el bordado con una maestra de la escuela primaria del lugar.

A la edad de quince años se casó con el señor Emilio Mateos Pérez, entonces mozo de una panadería. Ese gran día de bodas su madre le obsequió un canasto lleno de hilos y trozos de tela. A su esposo no le agradaba que dedicara su tiempo a las labores domésticas. Prefería verla con su tela, aguja e hilos dedicada exclusivamente al bordado.

Emilio y Sabina pronto pusieron su propia panadería. Iban a vender el pan a las plazas de Ejutla, Ocotlán y Miahuatlán y acostumbraban venir a Oaxaca a vender pan y ajos en un puesto que se localizaba detrás de la Casa Fuerte, en pleno corazón de la ciudad. Todos sus momentos libres los dedicó Sabina a bordar, manteniendo la constante aspiración de la excelencia en su arte.

Doña Sabina y su compañero de toda la vida, Emilio Mateos Pérez, procrearon tres hijos: René Francisco, Amancio Manuel y Humberto Jesús, los cuales son expertos en música autóctona con sonidos de chirimía y flauta de carrizo, que se complementan con el tambor y el clarín heraldo. Humberto Jesús Mateos Sánchez es jefe del grupo de música autóctona de los Valles Centrales. En el presente año de 1997, cumple veintiocho años de estar colaborando con el comité organizador de las fiestas del Lunes del Cerro. Los tres hijos de Sabina se sienten orgullosos de hablar la lengua zapoteca.

En el año de 1929 Sabina empezó a plasmar con la aguja el bordado con hilos de diversos colores, y puede considerarse pionera de esta artesanía. Antes que estos trabajos le dieran fama, las mujeres de San Antonino se vestían con huipiles. Posteriormente usaron como adorno en sus vestidos y blusas el bordado en blanco.

Sabina dibujaba a lápiz sus diseños directamente en la tela, la cual siempre cortó al hilo, aunque esto le



Doña Sabina Sánchez Alonso trabajando en un bordado.

Página siguiente

(Arriba) Detalle de una blusa bordada con hilos de seda.

(Abajo) Bordado con hilos de diversos colores.



significara desperdiciar gran parte del material. Sus blusas tenían una bata bordada y el cuerpo alforjado con "hazme si puedes". Cada una de estas prendas era bordada sobre popelina de la mejor calidad y con hilos de seda o de algodón en tonalidades vibrantes. La imaginativa combinación de colores y diseños en sus trabajos era muy variada, pero todos tenían en común la belleza de su mundo mágico: el paisaje campirano oaxaqueño.

Sus privilegiadas manos bordaron pensamientos, jazmines, rosas, palmas en miniatura, hojas en diferentes tonalidades de verdes, "randas" en las mangas, y el "hazme si puedes" que, como lo expresa su nombre, requiere para su elaboración de mucha paciencia, tiempo y extraordinaria habilidad manual. Por tal motivo este tipo de bordado cuenta cada día con menor número de seguidores, y en consecuencia puede llegar a desaparecer.

El término "hazme si puedes" o "dejálo a las mujeres", considerado uno de los máximos trabajos de aguja, parece venir de la tradición que existía entre las jóvenes para preparar su ajuar de novia. Si eran capaces de hacer este difícil alforjado, quería decir que eran aptas para el matrimonio. Existen variados dibujos de alforjado "hazme si puedes", el cual consiste en un bordado que se hace sobre la alforja ya hecha. El que doña Sabina prefería era el de pequeños muñequitos en diferentes colores, bordados en hilera, como si estuvieran listos para iniciar el jarabe que se baila en el pueblo.

Sabina también era maestra en el delicado trabajo del deshilado. Lo usaba en múltiples diseños en las blusas que elaboraba, algunas de las cuales terminaba con bellas orillas tejidas a gancho.

Un importante complemento para las blusas de Sabina son los tradicionales enredos hechos de lana, te-

ñidos con el tinte natural de la cochinilla y tejidos en primitivos telares de cintura.

El largo lienzo de lana o falda de enredo se ciñe al cuerpo a partir de la cintura, con cierto número de pliegues en la cadera. La ayuda de otra persona es siempre necesaria para sostenerlo y formar los pliegues. Se concluye la tarea sujetándolo al cuerpo con un ceñidor o faja tejida.

En el año de 1978, Sabina se hizo merecedora de varios reconocimientos: el primer lugar en una exposición municipal de artesanías; el segundo lugar de un concurso regional patrocinado por FONART; un premio en Los Ángeles, California, y otro como artesana expositora en la Plaza de la Raza, en la misma ciudad estadounidense, durante la Fiesta de la Familia. Disfrutó además de variados halagos por su bien ganada fama.

El diseño, la calidad y versatilidad de sus vestidos y blusas dieron renombre a las artesanas de San Antonino Castillo Velasco. Las prendas que ella fabricaba se internacionalizaron a partir de 1978, con gran demanda en varias ciudades de los Estados Unidos y posteriormente en Francia.

Al hacer la investigación sobre la vida y obra de esta excepcional maestra en los secretos del bordado y el deshilado, se encontró que era tal el prestigio mundial que había alcanzado que en múltiples ocasiones, para asegurar la compra de su producción de blusas y vestidos, le insistían en hacerle el pago por anticipado, lo cual Sabina nunca aceptó.

Esta artesana murió trágicamente el 24 de septiembre de 1989, once años después de ser reconocida como la mejor artífice de ese bordado. Su fallecimiento ocurrió en un viaje a Ejutla de Crespo, adonde iba a vender el

pan que hacía su esposo. El vehículo en el que viajaba chocó contra un árbol, y aunque fue trasladada de inmediato a una clínica, la gravedad de su estado no le permitió sobrevivir al accidente.

Cuatro años después de su desaparición el gobernador del estado, licenciado Dióforo Carrasco Altamirano, atendió la solicitud (presentada el 17 de octubre de 1993 por sus tres hijos, apoyada con veintisiete testimonios firmados por representantes de asociaciones de artesanos, funcionarios municipales de San Antonino y amigos que alaban su valiosa obra artesanal) para que se autorizara la elaboración de un busto de doña Sabina y se colocara en uno de los corredores de la Casa de la Cultura Oaxaqueña, al lado de las efigies de Teodora Blanco y Rosa Real Mateo, destacadas artesanas oaxaqueñas.

Con fecha del 27 de mayo de 1994, el gobierno del estado, a través del Instituto Oaxaqueño de las Culturas y la Biblioteca Pública Central, en coordinación con las autoridades municipales de San Antonino Castillo Velasco, organizaron un homenaje póstumo a doña Sabina Sánchez Alonso, con la entusiasta participación de la doctora Margarita Dalton Palomo, directora general del IOC, y las profesoras Arcelia Yañiz, directora de la Biblioteca Pública Central, y Gloria Pacheco Álvarez (†), entonces encargada de los eventos especiales de ese instituto.

En dicha ceremonia se descubrió la estatua de esta destacada mujer, realizada por la escultora oaxaqueña Argelia Esperón Flores, y se exhibieron los bellos trabajos confeccionados por doña Sabina, reliquias de inapreciable valor que celosamente guardan sus familiares y antiguos clientes, quienes con gran gentileza los prestaron para esta exhibición.

Dentro del numeroso grupo de asistentes, algunos familiares y miembros de la comunidad de San Antonino Castillo Velasco se presentaron luciendo los trajes lugareños a los que ésta singular matrona dio su nueva identidad. Los presentes fueron obsequiados con olorosas ramas de "poleo" o "hierba de borracho", la deliciosa nieve de canela típica de esa población y variados dulces regionales.

En diciembre de 1994, en una ceremonia organizada por la Casa de la Cultura Oaxaqueña, en honor de Sabina Sánchez Alonso, presidida por el ingeniero Jorge Bueno Sánchez, entonces director de esa institución, con la asistencia de autoridades y miembros de la comunidad de San Antonino Castillo Velasco, familiares y amigos, se colocó su efigie en el corredor oeste de dicha Casa de Cultura, en donde ha quedado como ejemplo para generaciones futuras.

Sabina, al no haber contado en su familia con una descendiente mujer, esperó con ansiedad el día en que se casaran sus hijos. Ella consideró la posibilidad de que alguna de sus nueras se interesara aprender el arte de sus bordados, aprovechando la riqueza de sus conocimientos, sueño que por su trágico fallecimiento, no pudo hacer realidad.

En su natal San Antonino Castillo Velasco, cuenta con el reconocimiento de sus coterráneos, como la más digna representante de esta fina artesanía. Su recuerdo perdura en el arte del bordado, que fue su manera de expresión en el arte popular, semilla que fecundó pródigamente en otras muchas manos artesanas.

LA FAMILIA SANTA ANNA, ORGULLO DE LA TALABARTERÍA OAXAQUEÑA

¿Qué oaxaqueño medianamente informado se atrevería a dudar de la cantidad y calidad artística de las aportaciones en la rama de la talabartería de la destacada familia Santa Anna en nuestra ciudad? Estimo que ninguno. De esta singular familia sobrevive aún uno de sus descendientes, por lo que con el fin de rescatar sus experiencias e historia nos dirigimos al domicilio de don José Justo Santa Anna Mancera, ubicado en la calle de Jesús Carranza número 102, por el rumbo del Carmen Alto.

Al llegar allí nos encontramos con un hombre que está muy cercano a cumplir los noventa y un años de edad, sencillo, con la bondad reflejada en su semblante ameno e instructivo. Comparte su hogar con su esposa Dolores Rodríguez Ruiz y sus hijas Emma y Luisa Rosalba Santa Anna Rodríguez.

Pese a lo avanzado de su edad aún guarda muchos recuerdos. Afirma que en la medida en que se hace anciano más rememora las cosas que le acontecieron de joven. En esta etapa de su vida se considera privilegiado por contar con el gran tesoro de tener una familia que le demuestra su cariño diariamente, y por gozar de buena salud, a pesar del infarto que sufrió en el año de 1980. Lamenta que su capacidad para trabajar se vaya limitando cada día y esto le resta parte de su felicidad. La vida pasa, el tiempo no se detiene y, quiéralo o no, ha tenido que ir aceptando sus propias limitaciones. Ha sido doloroso para él reducir las jornadas de trabajo en lo que antes le proporcionó tantas satisfacciones.

José Justo, quien lleva el nombre de su padre y el de su abuelo, nació el 17 de abril de 1906, en la ciudad de Oaxaca de Juárez, en la casa ubicada en la segunda calle de Díaz Ordaz, marcada en ese entonces con el número once, lugar que hoy ocupa el conocido restaurante La Coronita. Fue el hijo menor del matrimonio formado por el señor José Santa Anna, de origen veracruzano, y la señora Josefa Mancera, de Nochixtlán, Oaxaca. Creció en compañía de su hermana mayor, de nombre Josefina.

Su abuelo, don Justo Santa Anna, con quien se inicia esta tradición familiar, fue un destacado talabartero en su natal Veracruz. Por cierto tiempo estuvo dedicado a las armas y obtuvo el grado de sargento. Cierta día, con el fin de buscar nuevos horizontes, decidió radicar en la ciudad de Oaxaca en compañía de sus hijos José —el padre de nuestro entrevistado—, Luis Guadalupe y Francisco.

El señor Justo Santa Anna fue el primer talabartero que existió en la ciudad de Oaxaca. Su taller y negocio estaba ubicado en una amplia casa de su propiedad, que contaba con dos diferentes accesos. Uno por la entonces segunda calle del 2 de Abril número 3, hoy 20 de Noviembre número 204, y el otro por la sexta calle de Avenida Hidalgo, donde actualmente se encuentra la acreditada Joyería Tere.

La fama del abuelo por sus trabajos de cuero labrado llegó a la Ciudad de México, tanto que el día 6 de julio de 1878 recibió un telegrama de don Porfirio Díaz, procedente de la capital, que dice a la letra:

Señor Justo Santa Anna

Se van a mandar construir cuatrocientas (400) sillas vaqueras timbre oaxaqueño, igual número de

chaparreras vaquetilla. Se abrirá remate: base nueve pesos. ¿Puede Ud. estar aquí y en qué tiempo? Podré retardar remate dos (2) semanas. Contéstemme en el acto. Pago al contado.

Porfirio Díaz

Una vez que el compromiso fue cumplido, el general Díaz envió otro mensaje de felicitación por el excelente trabajo realizado. Ambos originales están en poder de nuestro entrevistado.

Al fallecimiento de don Justo, acaecido el primero de febrero de 1902, tomó la responsabilidad de la talabartería su hijo José Santa Anna, quien se había nutrido de la sabiduría de su progenitor al trabajar por largo tiempo a su lado en el taller familiar.

Durante los años que asumió la gubernatura del estado de Oaxaca el licenciado Emilio Pimentel (1902-1911), le fue concedido a don José el privilegio de disfrutar de una beca para estudiar litografía en la Ciudad de México. Durante su ausencia se hizo cargo de la talabartería don Pastor Santa Anna, también distinguido maestro talabartero, hijo del matrimonio en segundas nupcias de don Justo.

Al regresar a Oaxaca con nuevos bríos, don José decidió establecer una imprenta y un taller de litografía en el interior de su domicilio, y continuar con el trabajo de las pieles.

En este lugar se imprimieron, a precios muy reducidos, tarjetas de visita y de negocio, participaciones de nacimiento, bautizo y matrimonio, esquelas, circulares, recibos y libranzas, pagarés, papeles y cubiertas timbradas. De la misma manera se encargaban muy especialmente del diseño de monogramas calados y graba-

dos para la elaboración de prendedores, dijes, mancuernas y sombreros.

Don José Santa Anna fue el primer impresor de los billetes que circularon en nuestra ciudad durante la época denominada de la "Soberanía". Su hijo, don José Justo, conservó por muchos años el sello con la efigie de don Benito Juárez que se imprimía en los billetes de \$1.00. Después estos billetes se imprimieron en la casa de Julián S. Soto, quien a diferencia de don José, sí les puso el pie de imprenta.

El Señor Santa Anna fue también el encargado de imprimir los bonos expedidos en serie, por valor de \$100.00 amortizables por sorteo en el plazo de 15 años y sin causa de réditos, con los cuales el licenciado Pimentel, según decreto No. 7 del quince de noviembre de 1906, pagó a la sociedad que legalmente se había constituido un adelanto para la construcción de un teatro-casino. Al haberse agotado su capital no pudo continuar con la construcción del edificio, por lo que, para alcanzar el objetivo, se hizo necesaria la intervención del Estado con fondos del erario.

Este teatro-casino es el que en su apertura el 5 de septiembre de 1909 oficialmente llevó el nombre de "Gral. Luis Mier y Terán", en honor del que fuera gobernador del estado de 1884 a 1887. Durante el movimiento revolucionario, en 1916, se le conoció como teatro "Jesús Carranza", nombre que conservó hasta 1921, cuando recobró su nombre original. En 1933, a instancias del gobernador Anastasio García Toledo se le nombró Teatro Macedonio Alcalá, para honrar la memoria de ese gran músico oaxaqueño autor del "Dios nunca muere".

Hombre polifacético, don José Santa Anna, impartió además la cátedra de dibujo en la Escuela Normal

para Maestros y posteriormente en la escuela municipal "Miguel Cabrera", en unión con los también profesores José Irigoyen y Ernesto Scheleske.

Don José Justo, después de recordar los logros de su padre, continúa con sus evocaciones y hace esfuerzos para revivir algo de su niñez. Sus ojos se vuelven brillantes, se muestra vital y nos dice que sus estudios primarios los cursó en la Escuela Normal para Maestros. Posteriormente, animado por su padre, continuó instruyéndose en el entonces Instituto de Ciencias y Artes del estado (hoy Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca) en la carrera de tenedor de libros. Al pasar el tiempo y no demostrar interés en las materias, en su hogar se le recriminó su falta de aprovechamiento y se le exigió definir el camino que deseaba seguir. Sin dudarlo, a la edad aproximada de trece años, renunció a los estudios y decidió trabajar formalmente al lado de su padre en el arte de la talabartería.

En el taller se inició ayudando a los operarios que colaboraban con su padre y con don Pastor Santa Anna. Este establecimiento fue adquiriendo cada día más fama por el buen gusto en la distribución de los motivos ornamentales, el diseño de los mismos, el uso de los mejores materiales y la impecable ejecución del trabajo.

Al ir acrecentando diariamente su fantasía y creatividad, José Justo empezó a desarrollar excelentes obras. Promovió para el taller una nueva clientela, compartiendo a la vez con su padre muchas experiencias, éxitos y buenos momentos.

Los notables labrados y repujados fueron un valioso exponente de esta rama de la artesanía oaxaqueña, que obtuvieron la medalla de plata en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, España, de 1929-1930. Este

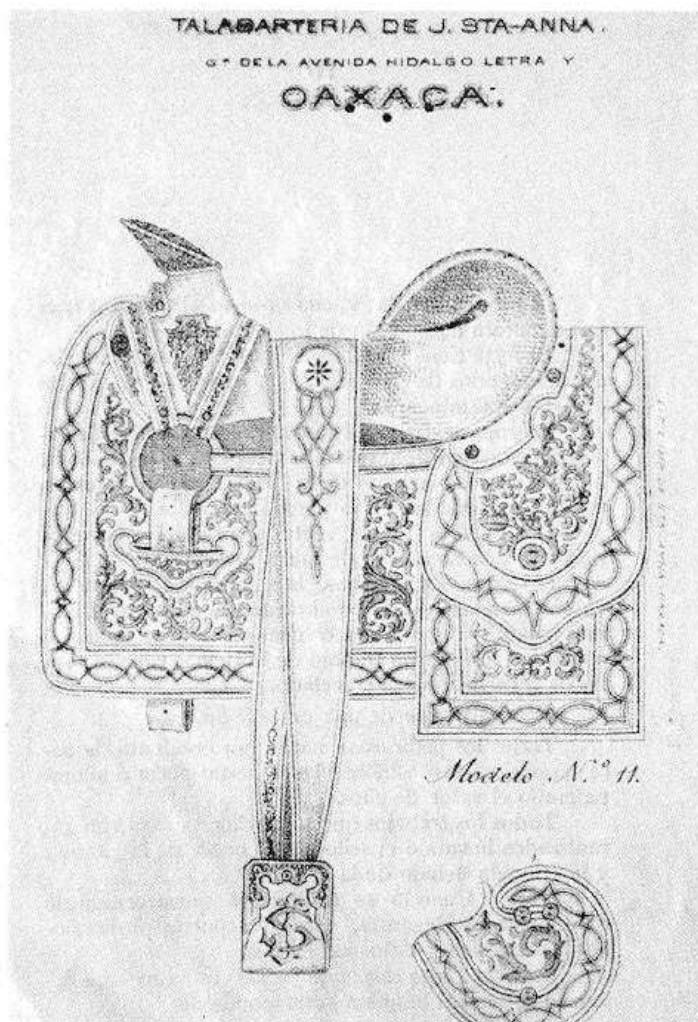
reconocimiento le fue enviado por el Jurado Superior de Recompensas de esa ciudad europea a don José Santa Anna y a la fecha puede observarse suspendido en una de las paredes del taller.

Don José Justo disfruta de recordar las épocas lejanas en que la ciudad de Oaxaca no contaba con carreteras y todos los viajes se hacían a caballo. Su padre y él fabricaban entonces gran cantidad de monturas de muy diversos modelos y precios, que iban desde la montura más sencilla propia para camino, con bordado de pita, hasta los modelos de gala, con precios desde catorce hasta ochenta pesos.

Los señores hacendados de ese tiempo solicitaban las polainas enteras o ligeras de vaquetilla engrasada con hebillas y broches; las mitazas, más largas que las polainas, con un puño adornado y con un fuelle que permitía flexionar libremente las rodillas, así como las chaparreras de vaquetilla engrasada adornadas con hebillas.

Se fabricaban también las guarniciones de carro con buen herraje, para uno o dos animales, o las guarniciones finas de tronco para paseo, con riendas, cinta y herraje niquelado, al igual que los repujados cabezales para los frenos de los caballos. También elaboraban notables cubiertas y fundas bordadas para guardar los machetes y las pistolas, y las elegantes monturas bordadas con hilo de plata, con aplicaciones de acero pavonado o incrustado con plata; las chaquetillas con alamares, usadas por los aficionados a la charrería. Ayer y hoy, las generaciones de la familia Santa Anna han estado ligadas por su trabajo a la charrería oaxaqueña.

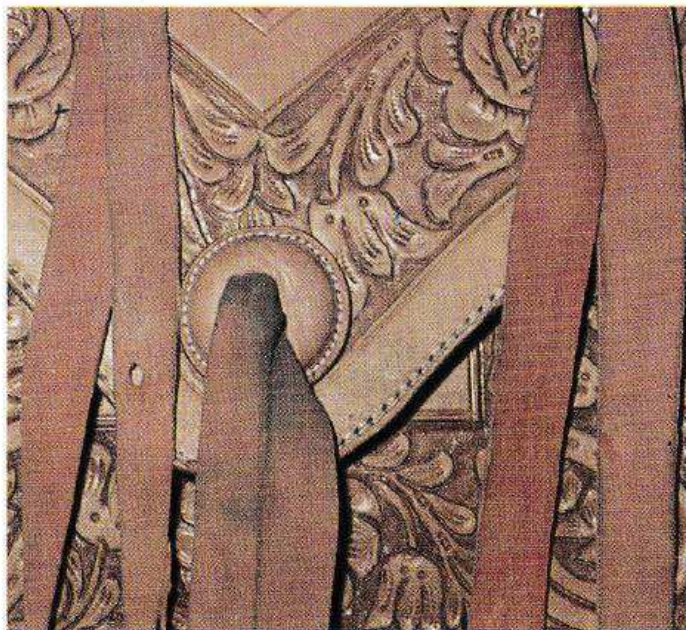
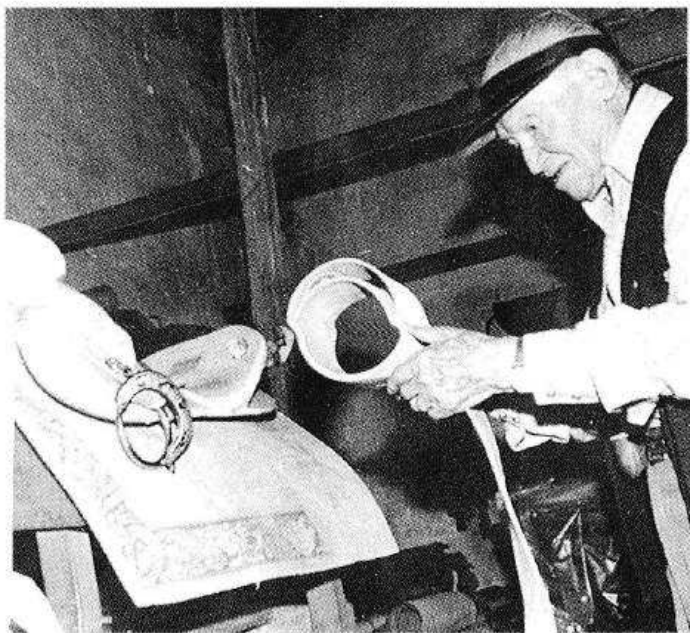
Los generales, coroneles y mayores de la Revolución eran excelentes clientes por su gran demanda de artículos de piel. José Justo recuerda de manera especial



Montura cincelada en piel y plata, del catálogo de 1896, marcada con precio de ochenta pesos al menudeo.

Página siguiente

(Arriba) Don José justo fabricando su última montura, aún en venta.
(Abajo) Detalle del cincelado en piel de la montura terminada.



los trabajos que se le hicieron en este taller al temido y respetado general Pánfilo Natera, leyenda y realidad de la Revolución Mexicana, oriundo de San Juan Guadalupe, Durango., y quien desempeñó en la ciudad de Oaxaca una comisión relacionada con sus funciones de Inspector General del Ejército. Asimismo confeccionó las monturas que en gran número encargaba el general Higinio Aguilar, militar oaxaqueño de nefasta memoria por los atropellos que cometió en nuestra ciudad provocando los incendios de la estación del ferrocarril y del Palacio de los Poderes.

Con los señores Santa Anna también se hicieron diferentes trabajos para el señor Delfín Sánchez Juárez, nieto de don Benito Juárez. José Justo recuerda que cierto día desde la puerta de su taller y acompañado de un grupo de personas, Delfín Sánchez le dijo a voz en cuello: "¡Pepe, quiero que me hagas monturas y chaparreras para estos canijos así como sólo tú sabes hacerlas!"

Nuestro informante, con orgullo reflejado en el rostro, nos muestra el primer catálogo de productos de talabartería, impreso en 1896 en esta ciudad, en la imprenta y taller de litografía de su padre. Este folleto nos muestra la vasta y elegante producción artística que se elaboraba en este establecimiento.

La redacción de los textos, clasificación e ilustración de los artículos fue concebida por don José Santa Anna a fin de proporcionar a los clientes de fuera de la capital oaxaqueña la información necesaria para hacer sus pedidos sin temor a equivocaciones. Las descripciones y las ilustraciones de los diferentes modelos eran tan minuciosas que bastaba con indicar el número del modelo deseado para hacer el pedido. Este repertorio proporcionaba también la información relativa al precio uni-

tario y al precio de mayoreo por docena. Los propietarios de la talabartería, con el fin de lograr un mayor mercado, tenían además el cuidado de repartir esta comunicación a todas las casas comisionistas establecidas en Oaxaca.

Don José Santa Anna, hombre de larga y brillante trayectoria que se prodigó con generosidad en sus trabajos, dejó de existir el día 22 de enero de 1943, en esta ciudad. Sus restos mortales reposan, al igual que los de su padre don Justo, en el antiguo panteón de San Miguel, hoy Panteón General.

Emulando la imagen paterna y a pesar de su avanzada edad, don José Justo es un hombre productivo que acude todas las mañanas a su taller. Allí lo podemos ver cortando y cincelando las variadas pieles de timbre y de vaquetilla curtidas en las tenerías oaxaqueñas de las que escasamente continúan vigentes en el que fue el tradicional barrio de los curtidores en Jalatlaco. Además, se provee con pieles que provienen de las tenerías de Ejutla de Crespo y Ocotlán de Morelos.

Los materiales que selecciona para sus trabajos son de diversos colores, empleando preferentemente el color natural, el tanino, el café oscuro y el café claro, y evitando usar el color negro, ya que en este tono no luce la labor del cincelado.

Los dibujos que utiliza para estas tareas (singulares entrelazamientos de flores y arabescos artísticamente combinados) llevan su sello personal y son producto de su propia imaginación. De cada uno de ellos hace un patrón que posteriormente traslada a la piel. Para algunos trabajos se auxilia con el fierro de golpe y variados relieves de grecas —usualmente los talabarteros modernos trabajan más mecánicamente, usando placas grabadas que se meten a la troqueladora.

Con el paso de los años se han ido acumulando en cajas colocadas en los anaqueles del taller gran cantidad de utensilios que tienen su propia historia de generaciones anteriores.

Los instrumentos con los que don José Justo realiza sus labores artesanales son muy numerosos, por lo que sólo mencionaremos los más comunes: los cuchillos para cortar y preparar la piel, la cuña de madera y el asentador para el correspondiente estirado y cuando sea necesario el secado del agua; la maceta, instrumento de madera que sirve para asentar la piel; los martillos, para el claveteado; la chaira, para el afilado de los cuchillos; fierros para cincelar, que sirven tanto para delinear la silueta como para dar sombra y adornar las figuras; abundantes fierros de golpe con diferentes dibujos de grecas y golpes con los glifos del calendario azteca, y diferentes cabezas de caballo.

Don José Justo sigue fiel a su trabajo de talabartero, flanqueado por sus dos viejas máquinas de coser que lo han acompañado en su larga vida. Su muy antiquísima máquina Singer le sirve para coser cuero delgado, y usa otra de mayor tamaño, cuya marca ha desaparecido, para unir dos pieles más gruesas.

En este taller ocupa un sitio destacado la última montura bellamente cincelada —que este experimentado maestro no ha vendido aún—, con el fuste, la cantina, el estribo y los arzones, el basto cuadrado, el látigo y el contralátigo; están esperando al cliente propicio que sepa valorar esta obra de arte, orgullo de la talabartería oaxaqueña.

La producción actual también es muy rica y diversa: portafolios, petacas, bolsas de mano, cinturones, carteras, monederos, fundas, cubiertas. Igualmente se ofre-

cen en esta talabartería todo tipo de reparaciones. Esta diversificación es una de las razones que han permitido que este taller, fundado por el abuelo José hace aproximadamente ciento treinta años, siga en operación. La experiencia y habilidad de las distintas generaciones de la familia Santa Anna avalan la calidad de estas importantes piezas artesanales de cuero.

Con ansias de ser oído, José Justo, más conocido como don Pepe, nos habla con gran entusiasmo de los trabajos especiales que él ha realizado para distinguidos personajes, como el excepcional oaxaqueño José Vasconcelos, las singulares obras realizadas atendiendo pedidos del licenciado Pedro Vásquez Colmenares, así como del C.P. Jesús Martínez Álvarez, el Dr. Jaime Larumbe Reimers, el Lic. Ildelfonso Zorrilla Cuevas, Alberto Rojas Calvo, Jaime Hamilton Castellanos, Alfonso Rule Doorman, José Kuri Kuri y tantas otras personalidades que dándole el justo valor a su manufactura han querido conservar un testimonio de estas privilegiadas manos artesanas.

Entre sus recuerdos de cazador, siente gran nostalgia por los viajes que emprendía con un grupo de amigos hacia diversas regiones del estado. El Istmo, la Costa, la Sierra y Tuxtepec fueron remotos testigos de sus correrías, en las que tuvo que sortear variados peligros y vencer incomodidades con el fin de capturar una presa.

Pese a su avanzada edad, con paso lento y firme, don José Justo acude todas las tardes, como lo ha hecho desde hace dieciséis años, a impartir su clase de talabartería en la Escuela Municipal de Capacitación Artesanal e Industrial.

Esta escuela ha sido el semillero que ha permitido al señor Santa Anna seleccionar a sus mejores discípulos

(Leobardo, Jesús, Luis, el Güero y Zenén), a quienes invita regularmente a practicar en su acreditada talabartería. Entre ellos destaca por su fidelidad, interés y laboriosidad, Zenén Jiménez. Este joven fue su alumno en la citada escuela durante tres años y desde hace cinco ha permanecido a su lado en el taller, nutriéndose de sus conocimientos y habilidades.

El señor Santa Anna señala que sería ingrato no citar a otros antiguos y hábiles talabarteros ya fallecidos que desgraciadamente quedaron en el olvido y que también llegaron a ocupar un lugar relevante en este oficio. Es así que salieron a la luz los nombres de los señores Manuel y Francisco Vera, que tenían ubicado su taller por las calles de la Avenida Hidalgo; y don Manuel Castellanos, cuyo sitio de trabajo se encontraba localizado también en la Avenida Hidalgo, cerca de la esquina con la calle Díaz Ordaz.

El día 22 de mayo de 1996, el H. Ayuntamiento de la ciudad de Oaxaca, presidido por el alcalde Pablo Arnaud Carreño, rindió un merecido homenaje a tres veteranos y destacados representantes de este oficio, que en la actualidad corre el riesgo de perderse.

Don José Justo Santa Anna Mancera recibió emocionado el reconocimiento por sus setenta y siete años de ejercicio en esta artesanía, y por ser el último exponente del linaje de los Santa Anna, cuyos trabajos, a través de las diferentes generaciones, han dado renombre a la ciudad de Oaxaca. Los otros homenajeados fueron don Agustín Guzmán Osorio, nacido en 1921 en Putla de Guerrero, Oaxaca, y don Jacinto Saavedra, productivo trabajador que ha dejado un importante legado en sus obras.

Don José Justo, artista indiscutible, con amor a su trabajo y fecunda labor ha dejado huellas perdurables por donde ha pasado, habiendo escrito brillantes páginas en el libro de los personajes de Oaxaca. Él será quien cierre con broche de oro las generaciones de la singular familia Santa Anna. La honradez y la sencillez han sido otras de las características sobresalientes de su extraordinaria condición humana. Él exhorta a los jóvenes a interesarse por el arte y el oficio de la talabartería, pidiéndoles que entreguen su continuo esfuerzo con máxima responsabilidad y conciencia, para que éste nunca llegue a perderse.

CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION / D.G.C.P.I. U.R.H.

Este libro se terminó de imprimir en
noviembre de 1997 en los talleres gráficos
de Imprenta de Juan Pablos, S.A.
México D.F.
Se tiraron 2000 ejemplares.

CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION / D.G.C.P.I. U.R.H.



Ministerstwo
Kultury i Dziedzictwa
Narodowego



Narodowa Biblioteka
i Archiwum



Organizacja
Krajowa Bibliotek i Archiwów

OXAXAGA OXAXAGA OXAXAGA OXAXAGA OXAXAGA